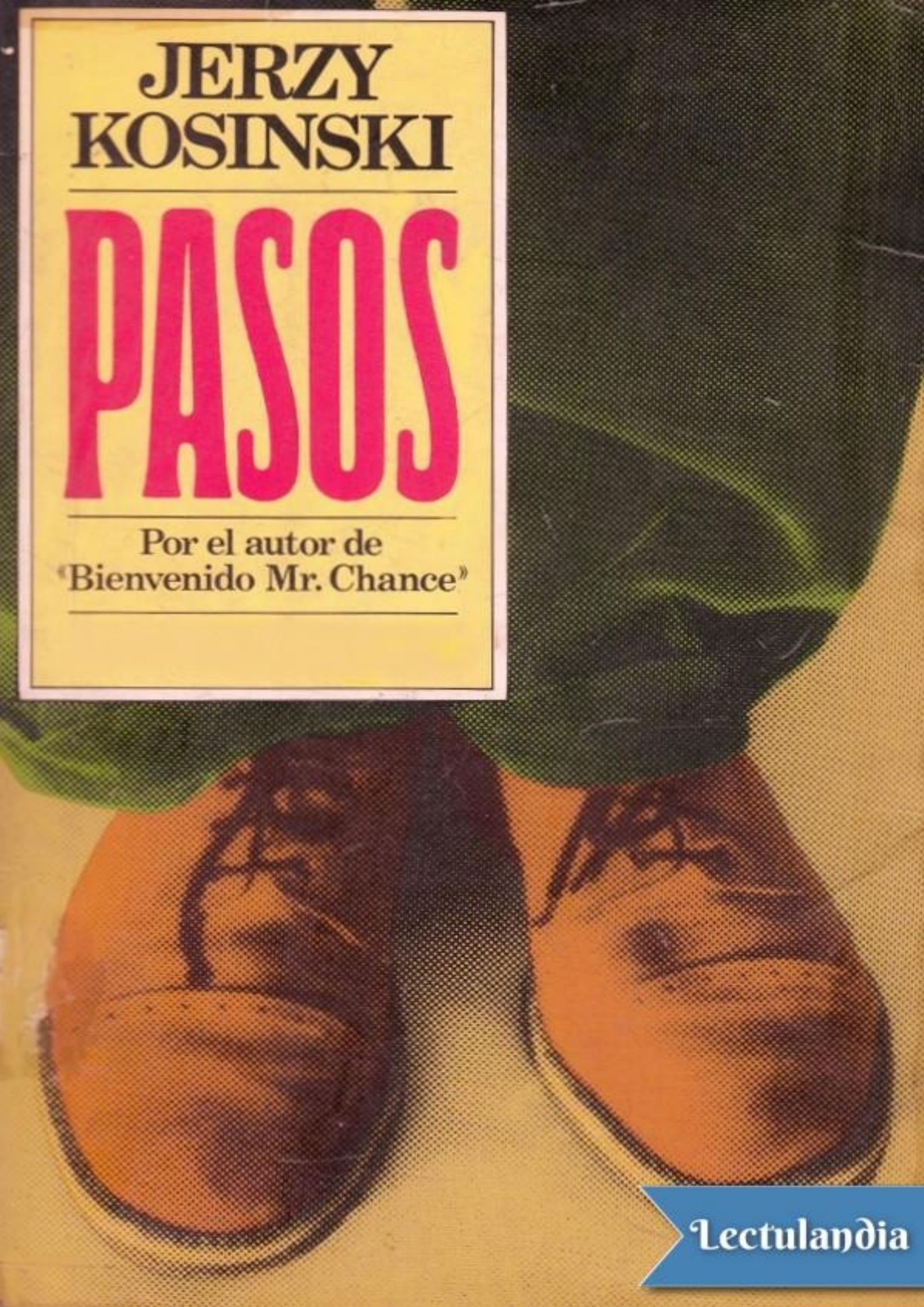


**JERZY
KOSINSKI**

PASOS

Por el autor de
«Bienvenido Mr. Chance»



Lectulandia

Esta obra, una novela construida a partir de fragmentos de fuerte contenido autobiográfico, ha sido calificada por el *New York Times* como “una de las más destacadas novelas que se han escrito en inglés”. En ella, el héroe de Kosinski comparte con su compañera recuerdos de guerras, de revoluciones, de amantes, de amigos y enemigos. El relato se desarrolla a lo largo de una serie de encuentros de esa pareja, encuentros extraordinariamente densos que sólo sus palabras rompen.

Libro bellamente escrito, preciso, justo y poético, *Pasos* probablemente su novela de mayor prestigio fue galardonada con el National Book Award en 1969. Pocos son los escritores que, de un modo tan convincente como Kosinski, son capaces de describir un suceso, recrear un ambiente, comunicar una emoción.

Lectulandia

Jerzy Kosinski

Pasos

ePub r1.0

German25 01.02.17

Título original: *Steps*
Jerzy Kosinski, 1968
Traducción: León Mirlas
Diseño de cubierta: Víctor Viano

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A MI PADRE, un hombre moderado

Para el que no se domina a sí mismo, no hay sabiduría ni poder de concentración; y para el que no tiene concentración, no hay paz. Y, para el que no tiene paz, ¿cómo podría haber felicidad?

EL BHAGAVADGITA

Yo viajaba hacia el sur. Las aldeas eran pequeñas y pobres; cuando me detenía en ellas, alrededor de mi automóvil se congregaba una multitud y los niños seguían todos mis movimientos.

Decidí pasar un par de días en una aldea desnuda, enjalbegada, para descansar y hacerme lavar y remendar la ropa. La mujer que se encargó de esa tarea explicó que podía hacerlo con rapidez y eficacia porque tenía una ayudante: una joven huérfana que necesitaba ganarse la vida. Señaló a una muchacha que nos miraba desde una ventana.

Cuando volví al día siguiente para retirar mi ropa, encontré a la muchacha en la habitación de enfrente. Sólo ocasionalmente levantó la vista hacia mí. Cuando nuestros ojos se encontraban, trataba de disimular su interés por mí inclinando cada vez más la cabeza sobre su costura.

Mientras yo transfería algunos de mis documentos al bolsillo de mi chaqueta recién planchada, noté la curiosidad con que miraba la muchacha las tarjetas de crédito que yo había dejado momentáneamente sobre la mesa. Le pregunté si sabía qué eran: me respondió que nunca había visto algo parecido. Le dije que con cualquiera de esas tarjetas se podía comprar muebles, ropa de cama, una batería de cocina, alimentos, ropa, medias, zapatos, bolsos, perfumes y casi todo lo demás que uno podía necesitar, sin pagarlo con dinero.

Con aire negligente, le seguí explicando que yo podía usar también mis tarjetas en las tiendas más caras de la ciudad vecina, que bastaría con mostrarlas para que me sirvieran comida en cualquier restaurante, que podía alojarme en los mejores hoteles y lograr esto tanto para mí como para cualquier otra persona que se me antojara. Agregué que, como yo simpatizaba con ella y me parecía buena y adivinaba que su patrona la maltrataba, estaba dispuesto a llevármela. Si ella lo deseaba, podía quedarse conmigo durante todo el tiempo que quisiera.

Sin mirarme aún, la muchacha me preguntó, como si quisiera que la tranquilizaran, si tendría que llevar algún dinero. Volví a decirle que ni ella ni yo necesitábamos dinero; nos bastaba con tener las tarjetas y querer usarlas. Le prometí que viajaríamos por distintas ciudades y aun por distintos países; ella no tendría que trabajar ni hacer otra cosa que cuidar de sí misma, yo le compraría todo lo que me pidiera, podría usar hermosos vestidos y embellecerse para mí y cambiar de peinado y aun variar el color de su cabello con toda la frecuencia que deseara. Para conseguir todo esto, dije, lo único que debía hacer era marcharse ese mismo día, muy entrada la noche, sin decirle una sola palabra a nadie y encontrarse conmigo junto al letrero de la carretera enclavado en los accesos de la aldea. Al llegar a la gran ciudad, le aseguré, se le mandaría una carta a su patrona explicándole que, como tantas otras, ella se había ido a buscar trabajo allí. Finalmente, le dije que la esperaría esa noche y que confiaba en que vendría.

Las tarjetas de crédito estaban sobre la mesa. La muchacha se levantó y las miró absorta, con un respeto aliado a la incredulidad; luego, tendió la mano derecha como

para tocarlas, pero la retiró rápidamente. Tomé una de ellas y se la tendí. La asió cautelosamente entre los dedos como si fuera una hostia, alzándola a la luz para examinar los números y las letras impresos en ella.

Esa noche, estacioné mi automóvil entre unos arbustos, a pocos metros del letrero de la carretera. Antes de que oscureciese por completo, pasaron muchos carros que iban del mercado a la aldea, pero nadie notó mi presencia.

De pronto, la muchacha apareció detrás de mí, sin aliento y asustada, aferrando un hatillo de cosas suyas. Abrí la portezuela del automóvil y, sin una sola palabra, le señalé el asiento de atrás. Puse en marcha rápidamente el motor y sólo cuando habíamos abandonado la aldea, disminuí la velocidad y le dije que ahora ella era libre y sus días de pobreza habían pasado. Guardó silencio durante algún tiempo y luego, con tono vacilante, me preguntó si yo tenía aún las tarjetas de crédito. Las saqué del bolsillo y se las tendí. A los pocos minutos, ya no pude ver su cabeza en el espejo retrovisor: se había quedado dormida.

Llegamos a la ciudad a la mañana siguiente, casi al mediodía. La muchacha se despertó y apoyó su rostro contra la ventanilla, observando el tránsito. De pronto, me tocó el brazo, señalando el edificio de grandes tiendas ante el cual pasábamos. Quería comprobar, dijo, si era cierto que mis tarjetas tenían más poder que el dinero. Estacioné el automóvil.

Cuando entramos en aquel establecimiento, me asió del brazo: la palma de su mano estaba húmeda de excitación. Confesó que nunca había estado en la ciudad y le costaba creer que se pudiese reunir tanta gente en un mismo sitio y que quedaran sin embargo tantas cosas que podían comprarse. Señaló los vestidos que le gustaban y aceptó las pocas insinuaciones que le hice sobre las cosas que le sentarían mejor. Con la ayuda de dos vendedoras que la miraban con evidente envidia, elegimos varios pares de zapatos, guantes, medias, algo de ropa interior, varios vestidos y bolsos y un abrigo.

Ahora, la muchacha estaba más asustada aún. Cuando le pregunté si temía que, con mis tarjetas, yo no pudiera pagar todo lo que habíamos elegido, procuró negar su temor, pero, finalmente, lo admitió. Me preguntó por qué tanta gente de la aldea trabajaba durante toda su vida a fin de ganar dinero suficiente para pagar todo lo que habíamos comprado, si yo, que no era un jugador de fútbol famoso ni un astro de cine y ni siquiera un prelado, no necesitaba al parecer dinero para comprar todo lo que quería.

Cuando empaquetaron nuestras compras, le tendí a la cajera una de las tarjetas de crédito; me dio las gracias cortésmente, desapareció por unos instantes y luego regresó y me devolvió la tarjeta con la factura. Mi amiga estaba de pie detrás de mí, ansiosa de aferrar la caja, pero temiendo aún hacerlo.

Salimos de allí. Cuando subimos al automóvil, la muchacha abrió el paquete y examinó sus cosas, tocándolas, husmeándolas, volviéndolas a tocar, cerrando y abriendo la caja. Mientras el coche emprendía la marcha, empezó a probarse los

zapatos y los guantes. Nos detuvimos ante un pequeño hotel y entramos. Haciendo caso omiso de la mirada cómplice del empleado de la administración, pedí un apartamento de dos habitaciones contiguas. Me llevaron al primer piso el equipaje, pero ella insistió en subir la caja personalmente, como si temiera que se la arrebataran.

En el apartamento, fue a su cuarto a cambiarse y volvió luciendo uno de los vestidos nuevos. Se pavoneó ante mí, caminando torpemente con sus zapatos flamantes de tacón alto, mirándose en el espejo, regresando a su cuarto varias veces para probarse las demás prendas.

Los otros paquetes, que contenían diversos artículos de ropa interior, nos fueron enviados en las últimas horas de la tarde. En esos momentos, la muchacha estaba algo mareada por el vino que habíamos bebido durante el almuerzo y, como si tratara de impresionarme con su flamante aire mundano, que debía de haber aprendido en las revistas de cine y de hechizo femenino, se plantó ante mí, con las manos sobre las caderas, pasándose la lengua por los labios y la mirada vacilante buscando la mía.

Éramos varios los asistentes de arqueólogo que trabajábamos en una de las islas con un profesor que, durante años, había estado excavando y desenterrando los restos de una antigua civilización que había florecido quince siglos antes de la Era Cristiana.

Se trataba de una civilización avanzada, afirmaba el profesor, pero, en cierto momento, la había destruido una catástrofe masiva. Cuestionaba la teoría predominante de que un catastrófico terremoto, seguido por un maremoto, había sacudido la isla. Recogíamos fragmentos de alfarería, cerníamos cenizas buscando restos de artefactos y desenterrábamos materiales de construcción, todo lo cual era catalogado por el profesor como una prueba para respaldar su labor, inédita aún.

Al cabo de un mes, decidí abandonar las excavaciones y visitar una isla vecina. En mi prisa por alcanzar la balsa me fui sin mi sueldo, pero me prometieron que me lo enviarían con la primera lancha correo. Yo podía vivir un día con el dinero que llevaba encima.

Al llegar, me pasé la jornada viendo las cosas que valía la pena conocer allí. Un volcán dormido, de anchas laderas cubiertas por una porosa roca de lava, que los vientos y las lluvias trocaban en tierra pobre pero cultivable, señoreaba la isla.

Fui al puerto; una hora antes de la puesta del sol, cuando refrescaba, los botes pesqueros partían para la labor nocturna. Observé cómo se deslizaban por las aguas serenas y casi sin oleaje hasta que sus formas alargadas y bajas desaparecieron. De pronto, las islas perdieron la luz reflejada por sus espigas dorsales de rocas y se tornaron desnudas y negras. Luego, como si se ahogaran silenciosamente bajo la superficie, desaparecieron una por una.

En la mañana del segundo día, fui hasta el muelle al encuentro de mi lancha correo. Con consternación, comprobé que mi sueldo no había llegado. Me quedé parado en el muelle, preguntándome qué haría para vivir y si podría abandonar la isla algún día. Varios pescadores estaban sentados junto a sus redes, observándome; adivinaban que me pasaba algo. Tres de ellos se acercaron y me hablaron. Como no los comprendí, contesté en los dos idiomas que conocía: sus semblantes se tornaron hoscos y hostiles y me volvieron bruscamente la espalda. Esa noche, traje a la playa mi saco de dormir y me tendí sobre la arena.

Por la mañana, gasté el resto de mi dinero en una taza de café. Después de haberme paseado por las serpenteantes calles que se extendían detrás del puerto, eché a andar por los achaparrados campos, rumbo a la aldea más próxima. Los nativos estaban sentados en la sombra, observándome de soslayo. Con hambre y sed, volví a la playa, bajo un calcinante sol. No tenía nada que permutar por comida o dinero: ni un reloj, ni una estilográfica, ni gemelos de camisa, ni una cámara fotográfica, ni una billetera. A mediodía, cuando el sol estaba alto y la gente de la aldea se refugió en sus casas, fui a la comisaría. Encontré al único policía de la isla dormitando junto al teléfono. Lo desperté, pero, al parecer, le costaba comprender hasta el más simple de mis gestos. Le señalé el teléfono, volviendo del revés mis bolsillos vacíos; hice señales y tracé dibujos y hasta le representé con una pantomima la sed y el hambre. Todo esto no surtió efecto: el policía no mostró interés ni comprensión y el teléfono siguió cerrado. Era el único de la isla: la guía de turismo que yo leyerá hasta se había molestado en anotar el hecho.

Por la tarde me paseé por la aldea, sonriéndoles a sus habitantes, confiando en que me ofrecerían un trago o me invitarían a comer. Nadie contestó a mi saludo: la gente me volvía la espalda y los comerciantes, simplemente, hacían caso omiso de mi existencia. La iglesia estaba en la isla más grande del grupo y yo no tenía ningún medio de llegar allí para pedir comida y alojamiento. Volví a la playa, como si esperase que surgiera ayuda del mar, hambriento y exhausto. El sol me había causado una jaqueca que me martilleaba la cabeza, sentía oleadas de mareos. De pronto, oí hablar en un idioma extranjero. Me volví y vi a dos mujeres sentadas cerca del agua. Sobre sus muslos y antebrazos, pendían gruesos pliegues de grasa surcados por venas: sus grandes senos colgantes estaban comprimidos en exagerados corpiños.

Tomaban el sol, tendidas sobre sus toallas de playa y rodeadas por un equipo de picnic: cestos con comida, termos, sombrillas y bolsos de red llenos de frutas. Una pila de libros, junto a ellas, exhibía en forma visible los números de la biblioteca. Evidentemente, eran turistas que paraban en casa de una familia local. Me acerqué a ellas, lenta pero directamente, cuidando de no alarmarlas. Dejaron de hablar y las saludé con una sonrisa, usando mi idioma esta vez. Me contestaron en otro. No teníamos un idioma común, pero adiviné que la comida se acercaba. Me senté a su lado, como si comprendiese que me habían invitado. Cuando empezaron a comer, miré los comestibles: ellas no lo notaron o hicieron caso omiso de mi ávida mirada. A

los pocos minutos, la mujer que me parecía más madura me ofreció una manzana. La comí lentamente, tratando de disimular mi hambre y confiando en obtener algo más sólido. Ambas me observaban atentamente.

En la playa hacía calor y dormité. Pero desperté cuando ambas mujeres se levantaron, con los hombros y las espaldas enrojecidos por el sol. Arroyos de sudor veteaban la arena adherida a sus flácidos muslos y la grasa se escurría bajo la piel de sus caderas cuando se inclinaron con esfuerzo para recoger sus cosas. Les ayudé. Con gesto de asentimiento que denotaba un estado de ánimo propicio al flirteo, echaron a andar por el lado interior de la playa; las seguí.

Llegamos a la casa donde se alojaban. Al entrar, volví a sentirme mareado; tropecé con un peldaño de la escalinata y me desplomé. Riendo y parloteando, ambas me desnudaron y me llevaron a una cama grande y baja. Aturdido aún, señalé mi estómago. Sin demora, las dos mujeres corrieron a traerme carne, frutas y leche. Antes de que pudiese terminar de comer, corrieron las cortinas y se quitaron los trajes de baño. Desnudas, se dejaron caer sobre mí. Quedé sepultado bajo sus gruesos vientres y sus anchas espaldas; me sujetaron los brazos y me manosearon, oprimieron, estrujaron y golpearon el cuerpo.

Por la mañana, fui al muelle. La lancha correo llegó, pero no traía el cheque ni ninguna carta para mí. Me quedé observando a la embarcación que se alejaba bajo el ardiente sol que disipaba la niebla matinal, revelando una por una las lejanas islas.

Me contraté para enseñar a esquiar y viví en un lugar de veraneo de las montañas adonde enviaban a los tuberculosos. Desde mi apartamento se podía ver el sanatorio y distinguir los pálidos rostros de los recién llegados de los bronceados semblantes de los pacientes a largo plazo que se soleaban en las terrazas.

Al fin de cada tarde, mis cansados esquiadores volvían a sus hosterías y yo a mi solitaria cena. Me pasaba la mayor parte del tiempo solo. Después de cenar, el gong del sanatorio anunciaba la rutina nocturna y pocos minutos después, apagaban las luces, como si las arrancaran de una ventana tras otra.

Un perro aulló en una cabaña enclavada a lo lejos, sobre una pendiente. En alguna parte, se oyó un portazo. Luego, advertí a figuras humanas que avanzaban trabajosamente por la densa capa de nieve que cubría un campo cercano: los instructores de esquí de las hosterías vecinas acudían cautelosamente a sus citas nocturnas. Desde la compacta negrura que rodeaba el sanatorio, otras figuras se adelantaron presurosamente hacia los hombres que esperaban abajo: las pacientes salían furtivamente al encuentro de sus amantes. Las siluetas se rozaron y confundieron, como si fuesen los fragmentos de una sombra que estaban remendando. Cada una de las parejas partió por separado. A la luz de la luna, parecían pinos de la montaña que habían bajado de las laderas para aventurarse por

los campos sin viento. Pronto, todos desaparecieron.

En las semanas siguientes, noté que a algunos de los pacientes más vigorosos les permitían pasar parte del día al aire libre. Se encontraban en el café, al pie de las pendientes y muchos de ellos formaban alianzas con los turistas y la gente del personal. Muy a menudo, desde el refugio que me brindaba un bosquecillo de abetos, yo los miraba salir en parejas, notando a veces cambios en los compañeros y confiándole a la memoria los especialmente buscados y los abandonados. Luego, cuando los últimos vestigios de luz se esfumaban y reinaba de pronto un frío glacial hasta en mi protegido refugio, yo volvía a mi apartamento.

En particular, observaba a una mujer. No era un caso grave y decían que se estaba reponiendo muy bien: la darían de alta a fin de mes. Dos hombres se disputaban su amor: el joven instructor de esquí de un hotel vecino y un turista que decía a menudo que se quedaría en ese lugar de veraneo hasta que dieran de alta a la mujer.

Ésta dividía su atención por igual entre ambos. Todas las tardes, el turista salía presurosamente del hotel, mientras el instructor esquiaba, después de haber despachado a sus alumnos. La mujer se sentaba en el café, al pie de las pendientes. Desde allí, podía observar a ambos pretendientes mientras trataban de ganarse su preferencia.

El instructor aprovechaba su destreza esquiando con la mayor velocidad posible y, cuando ya parecía casi demasiado tarde, se apartaba violentamente de la balaustrada de la terraza y patinaba sobre la sábana de nieve, junto a la mesa de la mujer. Su rival, un esquiador mediocre, merodeaba al pie de las pendientes, obligando al instructor a aminorar su velocidad o a detenerse y estropeando usualmente la rapidez y maestría de su descenso.

Una tarde, llegué al café antes de que hubiesen terminado las clases de esquí. El turista ya estaba allí, sin querer continuar aparentemente sus torpes maniobras en las laderas. El instructor había llevado a sus discípulos a las pendientes donde les brindaba sus enseñanzas y que bajaban hasta el café. Cuando el sol comenzó a ponerse los despidió, pero no descendió de lo alto de la pendiente, como de costumbre, hasta el café, sino que comenzó a desplazarse por un cerro cubierto de nieve. El cerro, señalado siempre con banderas de peligro, les estaba vedado a todos los que no tuvieran medallas nacionales de esquí. La gente abandonó sus mesas y se agolpó junto a la balaustrada de la terraza para observar su lento descenso. La mujer se levantó de un salto y salió corriendo del restaurante a fin de esperarlo al pie de la pendiente. El turista la siguió.

El instructor se lanzó, precipitándose al principio hacia abajo en largas y graciosas curvas, eludiendo las salientes de roca desnuda que afloraban en la nieve y le daban al sendero su reputación de peligro. Cobraba velocidad sin cesar, esquiando con la elasticidad y precisión de un maestro. Me pregunté si se detendría junio ni pilar que señalaba el fin del sendero o terminaría con una vuelta espectacular ante la muchacha. Todos guardaban silencio. Los rayos largos y horizontales del sol

iluminaban de lleno a la mujer y al turista, parados al pie de la pendiente.

El instructor acometió el último centenar de metros con rapidez y en línea recta. La muchacha se liberó de la mano del turista, que se posara sobre la suya, y se adelantó levantando los brazos y gritando el nombre del instructor. El turista se abalanzó hacia ella y la asió del hombro. En un segundo, el instructor llegó a lo alto de la pendiente y se concentró como para comenzar un salto, pero, en vez de lanzarse hacia arriba, pareció desplazarse a la izquierda, en un giro forzado y repentino. No pudiendo ya girar o disminuir la rapidez del descenso, sus esquíes se levantaron y cobró altura, y toda la fuerza e ímpetu que la larga pendiente había acumulado en él, hundieron repentinamente su hombro en el pecho sin protección del turista. Ambos cuerpos resbalaron por la pendiente y se detuvieron finalmente junto a la terraza. La multitud se lanzó hacia ellos: la sangre goteaba de la boca del turista y lo llevaron inconsciente al café. El instructor se quedó sentado unos minutos sobre los peldaños de la escalinata, con la cabeza entre las manos, mientras la mujer le aflojaba la *parka*. Luego, se acercó la ambulancia y tendieron al turista, inconsciente aún, sobre la camilla. Cuando los camilleros lo levantaron, miré la escalinata. Ya no se veía al instructor ni a la mujer.

Sólo volví a ver al instructor mucho después. Una noche, con una mujer.

Estaban refugiados en un hueco de la pared del hotel. A su alrededor, bramaba la tormenta y la nieve de los campos saltaba como el agua en una bahía presa de frenesí. Se formaban y rugían espumosas avalanchas blancas, sólo para desmoronarse como montículos de plumas de ganso en grietas insondables. Recostado contra la pared e iluminado ocasionalmente por la vacilante luz de la linterna que se balanceaba sobre un sendero, el hombre estaba de pie más abajo que la mujer y la atraía hacia él. Ella se inclinaba hacia el hombre, aferrándose a su pecho, rindiéndose tiernamente. Sus brazos asían de los hombros a aquél. El torbellino de nieve le tiraba del chaquetón al hombre, entreabriéndolo. Por un momento, pareció que ambos habían criado repentinamente unas alas que los alejarían de ese hueco, de ese campo espolvoreado de blanco y de mi vista. Tomé mi decisión.

A la tarde siguiente, encontré un pretexto para visitar el sanatorio. Por los corredores se paseaban pacientes con pullovers de llamativos dibujos y ajustados pantalones. Otros dormían acurrucados en frazadas. Tenues sombras se filtraban a través de las abandonadas sillas plegables de la soleada terraza y la lona crujía con la fuerte brisa que llegaba de las cumbres.

Vi a una mujer recostada sobre una silla. Su chal, negligentemente echado sobre los hombros, dejaba al descubierto el largo cuello bronceado por el sol. Mientras yo la miraba, me miró a su vez pensativamente y sonrió. Mi sombra se proyectó sobre ella cuando me presenté.

Las normas para los visitantes eran muy severas y sólo me dejaban pasar dos horas diarias en su habitación. Yo no podía acercarme demasiado a ella: no me lo permitía. Estaba muy enferma y tosía sin cesar. A menudo, escupía sangre. Tiritaba,

solía tener fiebre; se le sonrojaban las mejillas. Le sudaban las manos y los pies.

Durante una de mis visitas, me pidió que le hiciera el amor. Cerré la puerta con llave. Cuando me hube desnudado, dijo que me mirase en el gran espejo del rincón. La vi en él y nuestros ojos se encontraron. Luego, se levantó de la cama, se quitó la bata y se acercó al espejo. Se detuvo muy cerca de él, tocando mi imagen con una mano y oprimiéndose el cuerpo con la otra. Pude ver sus senos y sus flancos. Me esperó, mientras yo me concentraba cada vez más en el pensamiento de que era yo quien estaba allí, dentro del espejo y de que eran mis carnes lo que tocaban sus manos y sus labios.

Pero con voz baja aunque apremiante, me detenía cada vez que daba un paso hacia ella. Nos haríamos el amor de nuevo: ella de pie como antes delante del espejo, y yo, a un paso de distancia, con los ojos fijos en ella.

Su vida era medida y fiscalizada sin cesar por diversos instrumentos, registrada en negativos, anotada y archivada por un desfile de médicos y enfermeras, reforzada por agujas que le perforaban el pecho y las venas, insuflada por tubos de oxígeno. Mis breves visitas se veían interrumpidas con creciente frecuencia por la intrusión de médicos, enfermeras o empleados del sanatorio que venían a cambiar los tubos de oxígeno o a darle nuevos medicamentos.

Un día, una vieja monja me detuvo en el corredor. Me preguntó si yo sabía qué estaba haciendo y cuando le dije que no la comprendía, respondió que el personal tenía un nombre para la gente como yo: *hyaenidae*. Como yo no comprendía aún, la monja dijo: hienas. Los hombres como yo, declaró, merodeaban alrededor de los cuerpos que se estaban muriendo: cada vez que yo me alimentaba de esa mujer, aceleraba su muerte.

Con el tiempo, el estado de ésta empeoró visiblemente. Me quedé sentado en su cuarto, contemplando absorto su pálido rostro, que sólo iluminaba a ratos un sonrojo. Sus manos, apoyadas sobre el cobertor, eran magras, con una delicada red de venas azulencas. Sus frágiles hombros se levantaban cada vez que respiraba y se secaba furtivamente el sudor que perlaba sin cesar su frente. Yo seguía sentado en silencio y miraba fijamente el espejo mientras ella dormía; el azogue reflejaba los fríos rectángulos blancos de los muros y el cielo raso.

Las monjas entraban y salían silenciosamente de la habitación, pero yo lograba rehuir sus ojos. Se inclinaban sobre la paciente, secándole la frente, mojándole los labios con trocitos de algodón, murmurándole en algún lenguaje secreto. Su incómoda indumentaria se agitaba como las alas de unos pájaros inquietos.

Salí a la terraza, cerrando rápidamente la puerta detrás de mí. El viento empujaba la nieve sin cesar sobre los campos endurecidos, llenando con ella las profundas huellas de las pisadas de la víspera. Aferré el suave almohadón de nieve fresca que cubría la balaustrada helada. Por un momento, la nieve brilló en mi tibia palma antes de trocarse en goteante cieno.

Con creciente frecuencia, no me dejaban entrar a su cuarto y yo pasaba horas a

solas en mi apartamento. Antes de dormir, sacaba de la gaveta del escritorio varios álbumes llenos de fotografías de ella, cuidadosamente ampliadas y adheridas a conciencia al duro cartón. Ponía esas ampliaciones en un rincón de mi alcoba y me sentaba frente a ellas, recordando lo sucedido en la habitación del sanatorio y las imágenes vistas en el espejo. En algunas de las fotografías, estaba desnuda: ahora, yo las tenía ante mí, para mí solamente. Las miraba como si fueran espejos donde podía ver flotar en cualquier momento mi rostro, de una manera espectral, sobre sus carnes.

Luego, salía al balcón. En torno del sanatorio, las luces de las ventanas se proyectaban sobre la nieve, que ya no parecía fresca. Yo miraba esas tenues luces hasta que empezaban a desaparecer. Más allá de los valles y colinas, veteadas por laderas boscosas, la claridad lunar iluminaba las heladas cumbres y los haces de vaporosas nubes atraídas desde las sombras de angostos desfiladeros.

Se cerraba una puerta con estridente sonido: a lo lejos, se oía la bocina de un automóvil. De pronto, aparecían figuras entre los torbellinos de nieve y avanzaban trabajosamente por los campos hacia el sanatorio, desapareciendo por momentos, como si lucharan contra la asfixiante tormenta de polvo de una planicie castigada por la sequía.

Bajé del tren en una estación pequeña. Cuando el tren se alejó, yo era la única persona que comía en el restaurante de la estación. Detuve al camarero y le pregunté si en aquel pueblo había algo de interés. Me miró y dijo que esa tarde se realizaría una función privada en otro cercano.

Insinuó que la representación sería bastante insólita y que, si yo estaba dispuesto a pagar el precio, él podría pedir que me permitiesen verla. Acepté y salimos de la estación. Media hora después, llegamos a una dehesa, en uno de cuyos extremos se veía una gran casa. Unos cincuenta campesinos de edad madura se habían reunido bajo los árboles, cerca del edificio y se paseaban, fumando y bromeando.

Un hombre que vestía ropa de ciudad salió de la casa y comenzó a percibir dinero de todos nosotros. El precio equivalía a dos semanas de ingresos de un campesino, pero todos estaban dispuestos a pagarlo.

Luego, el organizador desapareció en el interior de la casa y formamos un círculo protegido por los árboles. Los campesinos esperaban, murmurando y riendo. Transcurrieron unos minutos; la puerta se abrió y salieron cuatro mujeres de pintorescos vestidos. El organizador las siguió, conduciendo a un animal de grandes dimensiones. Los campesinos, repentinamente, callaron. Ahora, las mujeres estaban de pie la una junto a la otra, volviéndose de modo que los hombres pudieran verlas, mientras que el organizador exhibía al animal.

Las mujeres representaban, aparentemente, determinados tipos: una de ellas era muy alta y de vigorosa complexión y otra una muchacha frágil y esbelta que parecía

provenir de la ciudad. Todas estaban maquilladas y lucían una falda corta ajustada. Los campesinos empezaron a discutir sobre las mujeres en voz alta, argumentando con excitación. A los pocos minutos, el organizador pidió silencio y explicó que se votaría para elegir a una de ellas. Mientras las mujeres se paseaban por allí, desperezándose, inclinándose y acariciando sus cuerpos, la muchedumbre se animaba cada vez más. El organizador llamó sucesivamente a todos para votar.

El cómputo final reveló claramente que la mayoría había elegido a la muchacha. Las otras tres mujeres se unieron al público, riendo y murmurando con los hombres.

La elegida se sentó, sola, en el círculo. Escudriñé los rostros de los hombres; revelaban curiosidad, parecían temer que la muchacha fuese demasiado frágil y débil para sobrevivir a la prueba.

El organizador condujo al animal al centro de la pista, hostigando sus partes pudendas con un palo. Dos campesinos corrieron y lo aferraron para mantenerlo quieto. Entonces, la muchacha se adelantó y comenzó a jugar con el animal, abrazándolo, acariciando sus genitales. Lentamente, empezó a desnudarse. Ahora, el animal estaba excitado e inquieto. Parecía inconcebible que ella pudiese darle cabida.

Los hombres se volvieron frenéticos, incitándola a desnudarse por completo y a aparearse con el animal. El organizador ató varias cintas al órgano de éste, con cada moño de color a una pulgada de distancia del otro. La muchacha se acercó al animal, frotándose con aceite los muslos y el vientre y procurando con zalamerías que le lamiera el cuerpo. Luego, mientras la gente profería gritos de estímulo, se tendió debajo de aquél, ciñéndolo con las piernas. Alzando su vientre y adelantándolo, lo obligó a introducirle su órgano hasta el primer moño. El organizador volvió a entrar en acción, pidiéndole al público que pagara un extra por cada pulgada adicional que penetraba el animal. Los campesinos, que se negaban aún a creer que la muchacha pudiera sobrevivir a su violación, pagaron ansiosamente repetidas veces. Por fin, la muchacha comenzó a gritar. Pero no estoy seguro de si sufría realmente o sólo lo hacía para complacer al público.

Fui al zoológico para ver a un pulpo sobre el cual había leído. Estaba alojado en un acuario y se alimentaba de cangrejos y peces vivos, de almejas... y de sí mismo. Mordisqueaba sus propios tentáculos, consumiendo uno tras otro.

Evidentemente, el pulpo se suicidaba poco a poco. Un empleado del zoológico explicó que, en la región donde lo habían capturado, se le creía un dios de la guerra, que profetizaba la derrota cuando miraba hacia tierra y la victoria cuando miraba hacia el mar; ese ejemplar, afirmaban los nativos, sólo había mirado hacia tierra cuando lo capturaron. Un hombre observó festivamente que, al comerse a sí mismo, el pulpo reconocía presuntamente su derrota.

Cada vez que se mordía, algunos espectadores se estremecían, como si les

devoraran sus propias carnes. Otros, permanecían impasibles. Cuando me disponía a alejarme, noté a una joven que miraba fijamente al pulpo sin ninguna reacción aparente, con los labios relajados. Emanaba de ella una serenidad que excedía la mera despreocupación.

Me acerqué y trabé conversación con esa joven. Resultó ser la esposa de un conocido funcionario público cuya familia vivía en la ciudad. Antes de que concluyera la tarde, me invitó a una cena que ofrecía en su casa.

Era una residencia imponente y la cena fue impecable. La dueña de casa se portaba con mucha naturalidad, atendiendo por igual a su familia y a sus invitados y, con todo, parecía en cierto modo retraída. Me pareció que me había mirado fugazmente con cierto interés íntimo y quise una prueba de ello. Me proponía marcharme de la ciudad al día siguiente. Ésa sería mi única oportunidad.

La joven acababa de volverle la espalda a una pareja que se iba y estaba de pie, con el vaso en la mano, cerca de una de las estanterías con libros. Con fingida indiferencia, le dije que quería verla a solas, porque no lograba liberarme de las imágenes que suscitaba en mí.

Le propuse una cita. Sugerí la capital del país vecino, a la cual yo iría al día siguiente. Ella se disponía a contestar cuando se nos acercaron varios invitados. Se volvió hacia ellos, pero antes me tendió su vaso como si fuera el mío, diciéndome en voz baja el nombre del hotel donde nos encontraríamos.

Durante los días siguientes, pensé en ella sin cesar, recordando todos los momentos que pasara a su lado. Cavilé sobre los demás hombres de la velada, preguntándome cuáles podían haber sido sus amantes y meditando sobre las diversas situaciones en que ella había hecho el amor. Cuanto más pensaba en ella, más me inquietaba nuestra primera cita.

... Ambos nos hallábamos desnudos. Yo no deseaba nada tan ansiosamente como estar a mis anchas con ella. Pero la sola idea de lo que podía esperar ella de mí atenuaba mi excitación. Parecía, casi, que mis pensamientos debían apaciguarse para que mi cuerpo pudiera obrar.

Sin embargo, yo no podía ocultar mi ineptitud, ya que, para ella, al parecer, mi deseo sólo se reflejaba en una parte de mi persona, una parte que, repentinamente, se había vuelto muy pequeña. Ella se culpó a sí misma de lo que, insistió, era su falta de sagacidad para complacerme. La noté cada vez más frustrada y contrariada. Me vestí y la abandoné, recorriendo las calles y procurando comprender lo sucedido. Traté de decidir cómo le explicaría en adelante mi difícil trance: temía que ella rechazara toda discusión como un simple pretexto para una segunda tentativa inútil de intimidad física.

En la calle, me acerqué a una mujer; su rostro estaba densamente maquillado y la forma de su cuerpo se perdía en un vestido hartamente holgado. Después de una breve conversación, consintió en acompañarme.

En la habitación, me ayudó a desnudarme y luego, vestida aún, comenzó a

acariciarme. En su contacto había familiaridad, como si sus manos fueran guiadas sobre mi piel por la corriente que esa mujer sentía vibrar debajo de ella; si yo hubiese deseado usar mis manos sobre mi cuerpo, las habría guiado por la misma trayectoria.

Volví a mirar su vestido y, de pronto, advertí que mi acompañante era un hombre. Mi estado de ánimo cambió bruscamente. Sentía en mí el anhelo de placer y abandono, pero adivinaba que me habían aceptado con demasiada facilidad, que todo se había vuelto de pronto muy pronosticable. Lo único que podíamos hacer, era existir el uno para el otro, exclusivamente, como un recuerdo del yo.

Cuando yo estaba en el ejército, muchos de los soldados solían practicar un juego en el cual unos veinte o veinticinco hombres se sentaban alrededor de una mesa, cada uno con una larga cuerda atada a su órgano. A los jugadores, los llamaban «Los Caballeros de la Mesa Redonda». Un hombre, a quien llamaremos el rey Arturo, sujetaba los extremos de todas las cuerdas sin saber quién estaba en el otro extremo.

Con intervalos, el rey Arturo elegía una cuerda y tiraba de ella, pulgada tras pulgada, por sobre las muescas marcadas sobre la tapa de la mesa. Los soldados se escudriñaban mutuamente los rostros, sabiendo que uno de ellos sufría. La víctima hacía todo lo posible por ocultar su dolor y mantener su actitud normal. Se decía que los pocos hombres que estaban circuncidados no podían jugar a aquello tan bien como los que no lo estaban y cuyo miembro protegía un prepucio. Se hacían apuestas sobre cuántas muescas pasaría la cuerda antes de que la víctima de la tortura gritara. Algunos soldados se arruinaban para toda la vida quedándose sentados hasta el final del juego nada más que para ganar el premio en efectivo.

Recuerdo una oportunidad en que los soldados descubrieron que el rey Arturo se había conchabado con uno de los hombres, atándole la cuerda alrededor de la pierna. Naturalmente, ese soldado podía soportar más el dolor que los demás y así el rey Arturo y él lograron embolsarse grandes sumas de dinero. Los caballeros engañados eligieron en secreto el castigo que consideraron adecuado. Los culpables fueron atados de manos, les vendaron los ojos y los llevaron al bosque. Allí, los desnudaron y amarraron a sendos árboles. Los caballeros, uno tras otro, aplastaron lentamente los genitales de las víctimas entre dos piedras hasta que sus carnes se convirtieron en una pulpa irreconocible.

Más tarde, en el ejército, doce de nosotros formábamos un grupo y de noche, en nuestra tienda de campaña, acostumbábamos hablar de mujeres. Uno de los hombres del grupo se quejó de que nunca podía hacer realmente todo lo que quería —o, por lo menos, durante suficiente tiempo— mientras le hacía el amor a su mujer. Otros

parecían tener problemas análogos. Yo no estaba seguro de haber comprendido, pero se me ocurrió que quizás todos ellos padecieran de algo curable y les aconsejé que visitasen a un médico. Me aseguraron que ningún médico podría ayudarles: aquello era, a su entender, el veredicto de la naturaleza. Lo único que uno podía hacer, afirmaban, era dominarse mientras hacía el amor, tratar de no pensar en la mujer, de no concentrarse en lo que hacía, sentía o quería sentir.

Se quejaron de que una mujer rara vez le dice a un hombre cómo es él, comparado con los demás con quienes ha tenido relaciones íntimas, si es que alguna vez se lo dice: teme denunciarse a sí misma. Esto, argüyeron, es una barrera. Un hombre está condenado a no conocerse jamás como amante.

Recordé a la muchacha que había sido mi amiga cuando yo estaba en el colegio secundario. Acostumbrábamos hacer el amor cuando mis padres salían. Cierta día, el teléfono sonó mientras nos hacíamos el amor; como estaba sobre la mesa de noche, lo atendí sin dejar de hacerlo y hablé unos instantes con el amigo que había llamado. Cuando colgué el receptor, la muchacha me dijo que nunca volvería a hacer el amor conmigo.

La contrariaba, dijo, el que yo pudiese tener una erección con un simple acto de voluntad... como si sólo tuviera que estirar la pierna o doblar un dedo. Subrayó la idea de la espontaneidad, afirmando que yo debía sentir necesidad, un repentino deseo. Le dije que eso no tenía importancia, pero insistió en que la tenía, afirmando que si yo me decidía conscientemente a una erección, ello reducía el acto de hacer el amor a algo muy mecánico y usual.

En los primeros días del mes, el regimiento inició sus preparativos para el desfile del Día Nacional y varios centenares de hombres, elegidos por nuestra estatura uniforme y nuestra familiaridad con los ejercicios necesarios, comenzamos nuestros ensayos cotidianos.

Acostumbrábamos reunirnos al amanecer sobre la tierra aterronada y calcinada por el sol del campo de desfiles, rodeada por el bosque. A pesar del calor estival, los ejercicios duraban todo el día y marchábamos en una sola columna, de a cuatro en fondo, cruzando con paso de ganso toda la extensión del campo, las seis unidades girando y volviendo, cruzando y volviendo a cruzar cada cual las huellas de la otra, como vagones ferroviarios que van al apartadero.

Al mes de ese difícil adiestramiento, nos habíamos convertido en un solo organismo, marchábamos como un solo hombre. Respirábamos al unísono y hacíamos el saludo militar con un solo ademán: nos echábamos al hombro nuestros fusiles, que se habían convertido en una prolongación de nuestros huesos y músculos. Durante esos días agotadores, sólo podíamos pensar en el dolor de nuestros pies hinchados y que ardían y en los uniformes abrigados y ordinarios que se frotaban

contra nuestra piel sudorosa. Parecíamos marchar sin cesar hacia el bosque inmóvil, pero, invariablemente, la columna volvía sobre sus pasos antes de llegar a la sombra de los árboles.

El Día Nacional, la diana sonó antes que de costumbre. El desfile debía efectuarse a cierta distancia del campamento. Entonces, comprendí que echaría de menos toda esa aburrida jornada. Si cuatro de nosotros, los tres hombres que marchaban a la par de mí y yo, desaparecíamos silenciosamente y pasábamos el resto del día en el bosque, era muy improbable que nuestros hartos ansiosos oficiales descubrieran esa ausencia. Al anochecer, podíamos volver fácilmente al campamento y confundirnos con los soldados que dormían.

Se lo dije a mis camaradas; aceptaron el plan y decidimos abandonar el campamento antes de que pasaran lista por primera vez. En vez de ir a desayunar a la cantina, fuimos al vertedero de basuras, como si fuéramos los hombres asignados al destacamento sanitario. Luego, nos bastó simplemente con situarnos en el andén de carga y con hacerles señales a los camiones que entraban y salían, hasta que se presentó un momento adecuado para internarnos en el bosque. Nadie nos gritó nada y apenas penetramos entre los primeros arbustos, echamos a correr, arrastrando nuestros fusiles. Los grajos chillaban y, de vez en cuando, de rama en rama, delante de nosotros, saltaban las golondrinas. Nos internamos bastante en el bosque antes de detenernos. Luego nos desnudamos y nos tendimos en el suelo.

Cuando el sol estuvo más alto, del suelo del bosque se desprendieron vaharadas de vapor. Un solo toque de clarín lejano irrumpió entre la miríada de gorjeos y zumbidos que flotaban hacia el claro. Nos quedamos dormidos.

Cuando desperté, me sentí pesado, me ardía la garganta; ya más en guardia, me levanté. El sol rozaba las copas de los árboles, la luz del claro era vaga. Mis compañeros de evasión dormían aún, y sus uniformes pendían de los arbustos próximos. Desde las profundidades del bosque se acercaba un sonido, cada vez más fuerte y próximo. De pronto, comprendí que era la banda. Miré en la dirección del sonido. Lo que vi, me pareció chocante: a menos de doscientos metros de allí, la banda de nuestro regimiento avanzaba entre los árboles hacia nosotros, la dorada batuta del director centelleaba al posarse la luz sobre ella y los mandiles blancos de los tamborileros se destacaban nítidamente entre el verdor del follaje.

Salté hacia mi uniforme, pensando solamente, por el momento, en huir para ocultarme. Luego, me precipité hacia mis compañeros, perezosamente tendidos y los desperté zamarreándolos, mientras me murmuraban insultos. Cuando comprendieron por fin qué iba a suceder, les invadió el mismo pánico. Asieron sus uniformes, botas y fusiles y se lanzaron hacia la espesura.

Impulsivamente, los precedí y, de inmediato, me avasalló un temblor paralizante. A los pocos segundos, aquel impulso pasó, pero yo no podía huir aún. Simplemente, estaba de pie en el claro, desnudo, con mi fusil y mi uniforme a mis pies, como si hubiese resuelto conscientemente mantenerme firme allí y esperar la llegada de la

columna.

Las filas que iban a la cabeza sólo estaban a unos metros de distancia. Ya me habían visto, porque la banda dejó de tocar y varios oficiales a caballo se separaron de los soldados y galoparon hacia el claro.

En la columna, reinaba un pandemonio; varios soldados se habían salido de las filas y otros gritaban y me hacían gestos. Vi a un abanderado del regimiento y un reflejo me indujo a hacerle el saludo militar. Un grito burlón surgió de los labios de los soldados más próximos; un trompeta alzó su instrumento y ejecutó un llamado de caza, rompiendo la sucesión de mis movimientos. Me miré a mí mismo con horror: no podía hacer nada... me habían tomado de sorpresa.

Resonaron órdenes: la columna se detuvo y aunque los sargentos les ordenaron a los soldados que no rompieran filas, no pudieron impedir que rieran. Dos de ellos avanzaron hacia mí, seguidos por un oficial a caballo. Un segundo oficial desmontó y me gritó con voz tonante que estaba arrestado. Dieron otras órdenes: la columna se reorganizó y siguió la marcha por su atajo a través del claro para regresar al campamento. Me vestí y los guardias me llevaron allí.

Me acusaron de haberme ausentado sin licencia y de haber desertado del lugar donde cumplía con mi deber. Me ordenaron que revelara los nombres de mis compañeros, pero afirmé que había obrado totalmente solo, sosteniendo que, seguramente, los demás habían llegado al claro por su cuenta mientras yo dormía. Insistí en que yo sólo era culpable del delito de menor cuantía de no haber obtenido un permiso por escrito para ausentarme, afirmando que uno de los oficiales me había autorizado a alejarme del desfile durante un ejercicio; y, aunque ése oficial ya no quisiera recordarlo, mi ausencia no debía ser considerada un cargo contra mí. Ante la acusación de que mi saludo militar, cuando estaba desnudo, era un estudiado insulto a la bandera, hice notar que, en muchas ocasiones, cuando a los soldados los había hallado desnudos un ataque por sorpresa, se habían visto obligados a combatir en esas condiciones.

¿Está usted circunciso? Siempre me lo he preguntado. De todos modos, no estoy seguro de si notaría la diferencia entre estarlo y no estarlo.

¿Por qué no me lo preguntó antes?

En realidad, no se trata de algo importante y yo temía formular la pregunta. Usted podía haberla interpretado como una especie de expectativa de mi parte, hasta de desaprobación. ¿No son muy sensibles los hombres sobre cosas así?

No lo sé: los hombres varían.

¿Es realmente necesaria la circuncisión? ¿Como hacerse extirpar el apéndice, por ejemplo?

No, no lo es.

Hoy, parece algo tan cruel y superfluo; ¿se le saca al niño una parte de su cuerpo sin su consentimiento! ¿No es posible que, a consecuencia de haber sido mutilado, el hombre se vuelva menos sensible y reaccione menos? Después de todo, un órgano delicado que la naturaleza se ha propuesto esté cubierto y se conserve delicado queda al descubierto y, casi como las rodillas y los codos, es rozado sin cesar por el lino, la lana y el algodón que uno usa...

Me ordenaron que me camuflara en un bosque situado a varios kilómetros de toda población. Elegí un árbol de frondoso ramaje y me preparé una cómoda alcándara, quedándome allí varias horas durante las maniobras. Al inspeccionar los alrededores con mis prismáticos de campaña, descubrí a otro soldado camuflado de mi regimentó, que se había apostado a un kilómetro de distancia. Como no me habían ordenado revelar mi posición, me conservé oculto, observándolo ocasionalmente, con mis prismáticos. De pronto, uno de sus movimientos me puso en guardia y noté el arco del caño de su fusil: en el linde de un campo lejano, al franquear apenas el perímetro del territorio del regimiento, dos hombres caminaban lentamente. El fusil del soldado tuvo dos retrocesos y retumbaron en el silencio dos detonaciones ahogadas. Cuando volví a mirar a la pareja, la vi tendida entre la ondulante hierba, como dos seres que viajan en sendos acuaplanos y se ven arrancados de pronto de sus tablas por una ola imprevisible.

Observé de más cerca al tirador apostado. Aunque no podía ver su cara, se me ocurrió pensar que él sí podría ver y reconocer la mía, y sentí que el corazón se me encogía; pero su fusil descansaba sobre sus rodillas y él estaba apaciblemente recostado contra las ramas que se movían con el soñoliento balanceo del bosque. Le espí cautelosamente hasta que el aire azulado se dejó caer sobre los árboles escuálidos y la oscuridad brotó como si emanase del rocío que cubría el suelo.

Al día siguiente, el ayudante anunció que dos civiles habían resultado muertos por unas balas perdidas. La investigación no produjo ningún fruto, ya que todos pudimos responder de las municiones que nos habían asignado.

Más tarde, dos camiones llenos de jugadores de fútbol del regimiento atajaron a través de un terreno reservado para las prácticas de artillería. El terreno tenía que haber estado señalizado como zona peligrosa, pero o bien los conductores no vieron las señales de aviso o bien algún soldado del regimiento las había quitado; sea como fuere, los jugadores jamás llegaron a su destino. Los camiones habrían recorrido la mitad de camino sobre aquel terreno cuando la artillería abrió fuego: no quedó más que un par de zapatos blancos de tenis sorprendentemente limpios.

Supongamos que él llegara a ser mi amante. Para extirpar esa idea tendrías que destruirle, ¿no?

No lo sé. No estoy seguro.

En una ocasión en que fuimos juntos a comprar un abrigo para mí, el vendedor se me acercó para ayudarme a probarlo. Cuando puso su mano en mi nuca para ajustarme el cuello, tú te aproximaste a él y, sin decir palabra, tomaste su mano y se la retiraste; como si no fuera más que un simple objeto. Debiste apretarla con una fuerza tremenda, porque quedó petrificado. Su rostro se tornó casi purpúreo y su boca se abrió como pronta a gritar.

Retiré su mano de tu nuca porque no quería que te tocara.

Ciertamente, él no se proponía nada personal.

No sé qué se proponía y tú tampoco lo sabes. Estaba pensando en lo que podías sentir cuando él te tocara.

Para matar ese pensamiento... ¿tuviste que retirar su mano de mi nuca?

Sí.

¿Podrías matar a un hombre? Quiero decir... ¿podrías hacerlo por alguna razón importante?

No lo sé.

El trabajo escaseaba durante la guerra: yo estaba demasiado flaco para trabajar en los campos y los campesinos preferían emplear a sus propios hijos o parientes en las labores. Por ser un vagabundo, yo era la víctima de todo el mundo. Para divertirse, el campesino en cuya casa me alojé finalmente me asía del cuello de la chaqueta, me acercaba a sí y me golpeaba. A veces, llamaba a su hermano o a sus amigos para que compartieran con él un juego en el cual yo tenía que permanecer inmóvil —mirando adelante con los ojos muy abiertos— mientras ellos se paraban a pocos pasos de mí y me escupían en la cara, haciendo apuestas sobre las veces que lograrían acertarme en el ojo.

Este juego llegó a ser muy popular en la aldea. Yo era el blanco de todos: los niños y las niñas, los campesinos y sus esposas, los borrachos y los abstemios.

Cierto día, asistí a los funerales de un niño que había muerto por haber comido hongos venenosos: era hijo de uno de los propietarios más ricos de la aldea. Todos los que vinieron al entierro vestían sus mejores galas dominicales y su aire era manso y humilde.

Observé al dolorido padre, parado junto a la tumba abierta. Su rostro estaba amarillo ante la tierra recién removida, sus ojos enrojecidos e hinchados. Se apoyaba sobre su mujer, con las piernas vacilantes, logrando apenas soportar su propio peso. Cuando trajeron el ataúd, se abalanzó sobre la lustrosa tapa, balbuciendo y besándola como si fuera su hijo. Sus gritos y los de su mujer rompieron el silencio, como un coro en un escenario vacío.

Comprendí claramente que el afecto de los campesinos por sus hijos era tan difícil de dominar como un brote de fiebre entre las vacas. A menudo, yo veía a una madre

que tocaba el suave cabello de su hijo, las manos de un padre que lanzaban al aire al niño y volvían a atraparlo. Más de una vez, observaba cómo caminaban los niños, tambaleándose sobre sus regordetas piernas, tropezando, cayendo, volviendo a levantarse, como sostenidos por la misma fuerza que mantiene a los girasoles golpeados por el viento.

Luego, cierto día, vi a una oveja que se retorció convulsivamente en lenta agonía, mientras sus desesperados balidos propagaban el terror entre la majada. Los campesinos dijeron que el animal debía de haberse tragado un anzuelo o un fragmento de vidrio con la comida.

Transcurrieron meses. Una mañana, una vaca del rebaño a mi cargo se extravió y fue a parar a la finca de un vecino, dañando sus siembras. Se lo comunicaron a mi amo. Cuando volví de los campos, me esperaba. Me empujó al establo y me azotó hasta que de mis piernas brotó sangre. Bramando de ira, me tiró finalmente a la cara la correa.

Comencé a reunir los anzuelos desechados y a ocultarlos detrás del establo. Cuando el campesino y su mujer se marcharon a la iglesia, fui furtivamente a mi escondite y metí un par de anzuelos y vidrio molido en bolas de pan fresco que sacara de las hogazas horneadas ese día.

Me gustaba jugar con la menor de las tres hijas del campesino. Nos encontrábamos a menudo, y ella reía ruidosamente cuando yo imitaba a una rana o una cigüeña.

Una noche, la niña me abrazó. Humedecí una bola de pan con mi saliva y le pedí que la tragara entera. Como vacilaba, tomé un trozo de manzana, me lo puse en el fondo de la boca y, empujándolo con el dedo índice, lo tragué instantáneamente. La niña me imitó, engullendo las bolas de pan, una tras otra. Aparté los ojos de su rostro, forzándome a pensar solamente en la sensación de quemadura que me causara el látigo de su padre.

Desde entonces, miré audazmente en los ojos a mi perseguidor, provocando su agresión y sus malos tratos. No sentía dolor. Por cada latigazo que recibía, mis torturadores estaban condenados a sufrir cien veces más que yo. Ahora, yo no era ya su víctima: me había convertido en su juez y su verdugo.

En la zona no había médicos ni hospitales: por las vías férreas más próximas, sólo pasaba ocasionalmente un tren de carga. Al amanecer, los llorosos padres llevaban a sus niños jadeantes a la iglesia para que el sacerdote los purificase con agua bendita. Pero al anochecer, en un estado de ánimo más desesperado, llevaban a los moribundos a las cabañas lejanas de las brujas locales, que practicaban la hechicería y oficiaban de curanderas.

Con todo, la muerte seguía cobrando su tributo y los niños seguían muriendo. Algunos de los campesinos blasfemaban, murmurando que era Dios quien había enviado a Su único hijo, Jesús, a una crucifixión inevitable, a fin de redimir Su propio pecado de crear un mundo tan cruel. Otros, insistían en que la Muerte había venido a

vivir a las aldeas para eludir las ciudades bombardeadas y la guerra y los campos donde humeaban día y noche los hornos.

En la Universidad, había un hombre que me causaba todo el daño posible. Descubrí que era de familia campesina y por ello gozaba de privilegios entre aquéllos a quienes el partido empujara a la Universidad por razones políticas. Yo no podía modificar, el clima que lo favorecía y por eso no veía la manera de contrarrestar su enemistad. Se me ocurrió que culpar al sistema era simplemente un pretexto que me permitía no afrontarlo.

En esa época, nos exigían a todos ingresar en los cuerpos paramilitares de defensa estudiantil. Cada unidad, por turno, debía custodiar el arsenal de la Universidad, que estaba bajo la jurisdicción de la guarnición de la ciudad. Teníamos que montar guardia periódicamente durante dos días, lo cual se organizaba de acuerdo con líneas militares; los alojamientos de los guardias ocupaban un ala de la Universidad y los gobernaban como un cuartel. Nosotros debíamos tomar nota de los mensajes telefónicos y obrar de acuerdo con ellos, tal cual lo explicaban los manuales militares: había que seguir las instrucciones con la mayor precisión, ya que, como nos lo advertían a menudo, el comandante militar de la ciudad podía anunciar en cualquier momento un estado de alerta en escala total para poner a prueba la eficiencia del cuerpo de defensa estudiantil.

Cierto día, yo observaba a aquel hombre, que recibía con aire respetuoso instrucciones del cuartel general del arsenal de la Universidad, los nudillos tensos y blancos al aferrar el receptor telefónico. Volví a mirarlo de cerca. Ahora, yo tenía un plan.

Cuando lo nombraron comandante de la guardia por un fin de semana, yo me había pasado muchas horas practicando una voz militar áspera, de cortante altanería. En su primer día de guardia, le telefoneé a medianoche y, con el tono más apremiante y autoritario imaginable, le anuncié que era el oficial a cargo de la guarnición de la ciudad y que quería hablar con el comandante de la guardia. Con mi voz fingida, le comuniqué que había empezado un ejercicio del ejército y que, de acuerdo con ese plan, él debía reunir a aquella unidad universitaria y cruzar el parque para llevar un ataque por sorpresa al arsenal. Al llegar allí, su unidad debía desarmar a los guardias permanentes, entra por la fuerza y apoderarse del edificio, custodiándolo hasta que concluyera el ejercicio. Le pedí que me repitiese las instrucciones: enunció con excitación mis órdenes, sin notar evidentemente la omisión del santo y seña diario, que yo no podía darle.

Cuando, media hora después, volví a telefonear al puesto, no obtuve respuesta: su unidad había partido, probablemente, para tomar por asalto el arsenal.

El lunes, todos nos enteramos de lo sucedido. Como me lo proponía, su unidad

había avanzado, y tomado el arsenal. En la guarnición habían lanzado un alerta en escala total, pues se suponía que se trataba de una invasión causada por un motín o una contrarrevolución o un ejercicio regional secreto. La unidad universitaria fue cercada y arrestada rápidamente: a su comandante, lo acusaron de insurrección armada.

Durante el consejo de guerra insistió en que, apoyado por el santo y seña, había obrado de acuerdo con órdenes directas recibidas de la guarnición. Se aferró patéticamente a su relato.

Ella me dijo que era la única muchacha de la familia, pero que tenía un hermano mayor. Él la quería mucho, afirmó, y casi nunca reñían. Pero a él sólo le gustaban al parecer los muchachos que no le interesaban a ella y se ponía muy difícil cuando ella estaba con alguien que le gustaba realmente. Entonces, él la seguía y era evidente que no se proponía dejarla a solas con ningún hombre. Provocaba peleas con los jóvenes que bailaban con ella o la abrazaban o intentaban besarla. A menudo, obraba como si fuera su galán. Pero ella, dijo la muchacha, se enorgullecía de él. Era muy guapo y el mejor estudiante del curso. Y muchas jóvenes se enamoraban de él.

En cierta ocasión, un admirador de la muchacha le dijo que, a su entender, su hermano y ella estaban hechos de la misma madera y que el temperamento de ambos lo atraía poderosamente. Su hermano, dijo, era una prolongación de ella y ella una prolongación de él. Añadió que estar enamorado de ella implicaba estar enredado sentimentalmente con su hermano.

La muchacha comprendió que ella y su hermano podían aliarse contra el resto del mundo. Debían elegirse mutuamente, dijo, debían sentirse ligados y comprometidos el uno con el otro y podían, con todo, tratar su relación como un experimento; si eso no daba resultado, declaró, podrían atribuir su fracaso al hecho de que eran hermanos. Pero si daba resultado, aquello sería tan cómodo, tan conveniente... Ella no veía nada de artificial en semejante relación: ciertamente, había más diferencia entre su hermano y ella que, pongamos por caso, entre dos mujeres que se enamoran la una de la otra y tienen la relación física con que ella se había topado tan a menudo en la Universidad. Aquella alianza sería distinta de la que ella pudiera tener con cualquier otro. Ambos podrían hacer o decir lo que se les antojara; ella nunca sería tan libre, o tan ella misma, con otra persona.

La telefoneé al volver, pero no estaba en casa. Finalmente, logré dar con ella y convenimos en almorzar juntos. Me acosó con todas las preguntas usuales: ¿Cómo me había ido el viaje? ¿Qué había hecho? ¿Dónde me había alojado? ¿Con quién me

había encontrado...? La informé plenamente y luego le pregunté qué había estado haciendo en la ciudad durante los últimos días.

Me dijo que había ido a los baños a la hora convenida por mí para ella. Esperaba a una masajista, pero le dijeron que el masajista que yo había enviado estaba esperando. Se sintió muy incómoda, declaró, pero no quiso causarme una situación embarazosa rechazándolo.

Pero... ¿por qué mandaste a un hombre? ¿Tenías algún motivo especial?

Ninguno, fuera del masaje. ¿Te gustó?

Era un hombre muy eficaz. Parecía saber con toda exactitud lo que hacía.

¿Conque no tienes quejas?

Ninguna.

¿Por qué te sentiste tan incómoda?

Él hacía algo que yo no sabía cómo aceptar.

Pero... ¿lo aceptaste?

No tenía otra alternativa. Lo único que podía hacer, de lo contrario, era marcharme.

¿Te marchaste?

No, me quedé durante toda la sesión.

¿Le dijiste algo? No, dejaste que sus manos hicieran lo que hacían.

Lo dices de un modo que me hace creer que sabías por anticipado qué trataría de hacer. Si es así... ¿por qué lo elegiste?

Quería saber qué harías: cómo te comportarías en esa situación.

¿Cómo me comportaría? ¿No crees que era mucho más importante para ti impedir que se portara como lo hizo? Después de todo, me conoces muy bien.

Te lo mandé deliberadamente, porque conozco sus manos. Dime... ¿Lograste algún alivio?

Ya no eran sus manos. En cierto modo, durante el masaje, se me ocurrió la idea de que eran las tuyas. Supongo que eso era lo que querías, en realidad.

Mientras tomábamos el café, le hice de pronto una pregunta: pregunté si ella había conocido a alguien que fuese interesante durante mi ausencia. Me miró en los ojos, sin responder y se limitó a fruncir los labios. Luego, admitió, sin turbarse, que se había estado viendo con un hombre.

¿De veras? ¿Cómo era?

No hay nada que decir sobre él. Pasé algún tiempo en su compañía. Por eso, no estaba en casa cuando me telefoneaste.

Comprendo. Pero me escribiste que habías pasado la noche con tus amigos.

Mentía.

De modo que te veías con un hombre. ¿Durante cuánto tiempo?

Sólo durante dos semanas.

¿Todos los días?

Prácticamente, todos los días.

¿Lo conociste antes de que yo me marchara?

No. Lo conocí inmediatamente después de la última vez que me telefoneaste, cuando dijiste que querías que viviéramos juntos. Fui a una fiesta. Alguien me lo presentó. Lo vi la noche siguiente y la otra y la otra.

¿Por qué me cuentas eso?

Me molestaría ocultártelo. No quiero verme separada de ti por una experiencia de la cual nada sepas. Mira... Cuando me dijiste que querías que viviéramos juntos, tuve que averiguar si podía interesarme aún algún otro y si ese otro me apreciaría tanto como tú. Sentí que tenía el deber de conocerme mejor... aparte del yo que me has hecho conocer. Sabía que quizás estuviese ligada totalmente a ti por la simple razón de que habías influido tanto sobre mí. Luego, cuando te fuiste, me pareció que tenía a un juez y un jurado dentro de mí y que debía contestarles a fin de justificar mi elección de un hombre con quien vivir y el género de amor que yo podía dar y recibir.

¿De manera que, para averiguar si me amabas, tuviste que dormir con otro hombre?

No dormí con él.

Pero si querías averiguar cómo te sentías sin mí... ¿por qué rechazaste una prueba tan decisiva?

No la rechacé: él no me la pidió. Dijo que me amaba y que quería casarse conmigo. Quizás haya pensado que, si me pedía que yo me acostara con él, me negaría debido a mi situación contigo. Le hablé de ti... ¿comprendes?... y de lo que había entre nosotros.

Pero pasasteis mucho tiempo juntos. Debe de haberte besado. Lo tocaste.

Sí.

Y su lengua estuvo en tu boca y acarició tu cuerpo. Dime... ¿Te habrías acostado con él si él lo hubiese querido?

Estaba dispuesta a hacerlo.

¿Cuál es el fallo de tu juez y jurado?

El fallo es que soy capaz de juzgar con independencia y que quiero quedarme contigo.

¿Y él?

Le dije que no te abandonaría. Me gusta: es un hombre bueno; pero la vida sería distinta con él. Prefiero la vida que vivimos juntos tú y yo. Preferí la parte de mi persona que te necesita al yo en que me convertiría con él. Sobre todo, sé que yo sola he decidido esto.

A propósito, hay algo que te he ocultado.

¿De qué se trata?

Es algo simple... Bueno, no tan simple. Hace algunas semanas, yo hablaba con el

director de una agencia de detectives que investiga y protege a los clientes de la empresa para la cual trabajo. Le pregunté cómo vigilaban ellos a la gente y con qué procedimiento. ¿Era realmente eficaz su vigilancia o sólo una especie de falso operativo de capa y espada? Acepté su oferta de poner a prueba los servicios de su agencia permitiendo que me siguieran. Él, a su vez, puso a prueba a sus empleados comparando los informes de sus detectives con los míos. Los resultados fueron satisfactorios para ambos: se verificaron todos mis encuentros contigo, el tiempo, el lugar, la duración. Y además, cuando me fui, a ti, como mi primer contacto, te vigilaron, y con mucha eficacia por cierto. Todos tus encuentros con ese hombre fueron registrados. Sin embargo, niegas aún que dormiste con él, que pasasteis las noches juntos.

El solo hecho de que yo haya pasado una noche en su apartamento no significa que haya dormido con él.

Pero como pasaste varias noches allí, no es suponer demasiado creer que te hizo el amor o —si lo prefieres— que te entregaste a él.

No lo niego, pero un acto de comercio sexual no es un compromiso, a menos que provenga de determinado sentimiento y de cierto estado de ánimo. No fue un acto basado en el amor; pero yo tenía que cerciorarme, para descubrirme a mí misma, de si llevaría al amor.

Hablas de tu amor con él como si fuese una especie de programa planeado.

Eso no es así... Él tenía que gustarme.

Comprendo. Ambos os necesitabais, y estaban la cordialidad usual y las caricias íntimas, cada una de las cuales esperaba que viniera la otra.

Sí, pero eso no podía ser planeado. Él me gustó: eso fue algo espontáneo. Y como lo era, llegó a ser una buena piedra de toque: respondía a las preguntas que me formulé a mí misma.

Gané un premio en un concurso de fotografía patrocinado por una asociación para la ayuda a los viejos y achacosos y me encargaron que le proporcionara a la asociación una colección de retratos. Se suponía que esas fotografías pintaban la serenidad y la paz de la vejez. Me pidieron que formara un álbum de sesenta retratos, pero me costó mucho encontrar sujetos adecuados. En las ciudades quedaban pocas personas de edad, ya que el gobierno les había instalado hogares en los distritos rurales.

Para llegar al más próximo, yo tenía que hacer un viaje difícil, cargado de focos, películas, cables, transformadores y pantallas. También llevé una cámara oscura portátil para poder determinar sobre el terreno los resultados de mi labor. Cuando llegué, el director del hogar me mostró la casa. Era una vieja y enorme mansión convertida en una veintena de pabellones, con ocho camas en cada uno. Todos los

pupilos eran gente de edad y en su mayoría enfermizos, lisiados o seniles. Se me ocurrió inmediatamente que la tarea que me disponía a abordar era mucho más difícil de lo que imaginara. Algunos de esos viejos me rodearon, empujaron, zamarrearon, escupieron y maldijeron y, en ocasiones, me ensuciaron físicamente. Los pabellones con retretes públicos eran oscuros y mal ventilados. Había un opresivo hedor a sudor y orina, contra el cual ningún desinfectante resultaba eficaz.

Al día siguiente, volví con mis cámaras y mi equipo. Algunos de los pupilos que elegí se negaron a posar, afirmando que los cegaban los focos; otros, temblando y escupiendo, se agolpaban frente a mi cámara fotográfica para lucir sus cuerpos arrugados, flácidos, retrayendo su labios y babeándose con sus encías contraídas y desdentadas. Otros más, trataban de cortar los cables que unían las tomas de la electricidad a las luces: me pisaban el equipo, me pateaban el trípode o tiraban de mí con manos sucias de excrementos. No logré tomar bien una sola fotografía y me rompieron una de las cámaras. Cuando me iba a retirar a mi vivienda, hice un alto en la oficina del director.

Mientras esperaba, entró allí una enfermera. Después de haber bebido un vaso de agua se dejó caer con laxitud sobre una silla y aunque yo la había estado mirando fijamente, hizo caso omiso de mí por completo. Sentí el impulso de tocar su rostro y su cabello y de oler su piel. No me preocupaba si era o no hermosa: bastaba con que fuese limpia y sana. Yo necesitaba, desesperadamente, tranquilizarme con la idea de que nada tenía en común con los asilados allí. Sabía que, si ella estaba dispuesta a ayudarme, yo podría terminar mi trabajo.

Repentinamente, se fijó en mí y me preguntó si visitaba a un pariente. Cuando le hablé de mi proyecto, aceptó de mala gana trabajar conmigo si el director no tenía inconveniente.

El director consintió en asignármela durante los días siguientes, añadiendo con aire negligente que era una estudiante de psicología. A la muchacha le interesaban especialmente los problemas psicológicos de los viejos y retardados, a tal punto que había necesitado un año de adiestramiento adicional para graduarse. Habían pasado casi tres años y ella seguía allí, trabajando como enfermera principal. Según él, les era absolutamente devota a los pupilos.

A la mañana siguiente, empezamos a fotografiar temprano. Nuestra presencia en los pabellones siguió creando dificultades. Muchos de los hombres internados trataban de llamar la atención de la enfermera con gestos invitantes: las mujeres, en cambio, procuraban contrariarla con observaciones ofensivas. La enfermera me dijo que cabía esperarlo.

Cuando las interrupciones hacían imposible el trabajo, yo me acercaba a ella y ponía mi brazo sobre su hombro o rozaba con mi mano su cabello al inclinarme para sacar una lente de su estuche. Ella no daba señales de turbación. Yo la seguía tocando siempre que nuestra tarea me proporcionaba la oportunidad de hacerlo.

No había nada que hacer fuera del hogar: la aldea local era pequeña y la ciudad

más próxima estaba a sesenta kilómetros de allí. No teníamos cine ni teatro ni restaurante.

Aparentemente, mi acompañante carecía de amigos. El resto del personal estaba formado por personas de edad madura, casadas, o, desde su punto de vista, inadecuadas. Ella me mencionó a un joven amigo que tenía en la marina y al cual escribía con regularidad.

Era una persona reservada, que no explicaba por qué se había quedado tanto tiempo en la institución ni tampoco por qué no volvía a la Universidad a terminar sus estudios. Lo único que afirmaba era que su vida le pertenecía. Su complacencia consigo misma me irritaba. Comenzó a causarme resentimiento el hecho de que mi presencia le fuese indiferente, de que pudiese soportar durante años un medio que me resultara insoportable hasta durante unos pocos días. Quizás no notara nada de distinto ni de insólito en mí. Acaso yo fuese simplemente un internado más, sólo algo más joven, menos decrepito que los demás.

Comencé a hallar ciertos puntos de analogía entre mi persona y los pupilos del establecimiento. Por lo demás, no podía dejar de comprender que un buen día me convertiría en lo que eran ellos ahora, que las fuerzas que los habían reducido a su estado actual me aprisionarían también. Observé a los enfermos en su interminable tortura, arrastrándose como cangrejos de río destrozados. Mientras trabajaba en los pabellones vi a los internados moribundos, de ojos acatarrados y semblantes enflaquecidos, con los cuerpos encogidos por la enfermedad, tendidos sobre sus angostas camas y mirando con apatía los ajados retratos de los santos o los crucifijos de madera punteados de picaduras de gusanos. Algunos, aferraban fotografías de sus hijos.

En aquellos momentos, yo me volvía para mirar fijamente, durante largo rato, a la muchacha. Mi ilusión de poseerla era tan completa que yo experimentaba el éxtasis más intenso en medio de las distracciones más vulgares.

Siempre sucedía lo mismo. Ella me ayudaba a retirar mi equipo y a guardarlo para el día siguiente; luego, se iba. Pero una tarde salí del pabellón y bajé al sótano. Sabía que ella estaba allí. El sótano era frío y húmedo y me detuve en las tinieblas. Ella me llamó por mi nombre; avancé hacia su voz.

Le toqué el uniforme y me arrodillé ante ella. Le levanté la falda. La almidonada tela crujió. Debajo, estaba desnuda: oprimí mi rostro contra ella, mientras mi cuerpo vibraba con la fuerza que estira hacia arriba a los árboles para hacer brotar flores de los capullos pequeños y arrugados. Yo era joven.

Una noche, decidí sorprenderla con una visita. Cuando llegué a su cuarto, la otra ocupante me dijo que ella estaba en el cuarto piso. Sólo cuando me alejé de su habitación, se me ocurrió que yo nunca había estado en ese piso, que se usaba más que nada como depósito. Cuando llegué a la escalera, reinaba el silencio. En guardia, subí cautelosamente y, cuando salí al pasillo, me encontré ante una puerta revestida de hierro que llevaba a un corredor angosto y sin ventanas. Dentro, reinaba la

tiniebla. Por un momento, tanteé las paredes. A ambos lados del corredor había rejas, pero todas ellas cerradas con pasadores. Luego, noté que un solo rayo de luz se escapaba por debajo de una puerta, en el otro extremo del corredor. Antes de que pudiese acercarme, oí su voz. Cuando ya me aproximaba, tropecé con una pequeña bolsa de arena y choqué con la puerta. Al aferrarme al dintel, ya había penetrado en la habitación.

Ella yacía desnuda sobre la cama, cubierta a medias por el velludo cuerpo de un ser de cabeza humana, con manos que parecían garras y con el tórax corto, a modo de barril, de un gorila. Mi entrada rápida y tambaleante los asustó: aquel ser se volvió y sus ojillos pardos brillaron malignamente. De un solo salto llegó a su camita y, gimoteando y aullando, comenzó a ocultarse bajo los cobertores.

La muchacha se inclinó hacia delante y sus muslos se cerraron como para protegerse. Sus manos trémulas buscaron sobre su cuerpo como las patas de un pollo moribundo; asió su vestido y comenzó a cubrirse el vientre. Por un momento, creí que se arrastraría adentro de la pared o atravesaría los listones del piso. Sus ojos parecían de piedra y miraban fijamente: a sus labios asomó una palabra desgarrada, pero no pudo proferirla. Miré fijamente la camita y noté que el que estaba allí era un ser humano. Le volví la espalda y apagué la luz.

Me fui de prisa a mi casa de la aldea y comencé de inmediato a llenar la bañera. Al sentarme en el agua caliente, sólo pude oír el isócrono gotear del agua desde el grifo.

No puedo hacerte el amor ahora. ¿Por qué insistes?

Quiero hacerte el amor cuando estás con la menstruación. Es como si una parte de mi ser quedara atrapada en ti y como si tu sangre fuera mía, brotando de una vena que nos perteneciera a ambos. ¿Qué sientes, entonces?

Siento que la sangre mancha nuestros cuerpos como si tu dureza me hiciese sangrar, como si me hubieses flagelado la piel y devorado y como si me hubieran drenado.

La muchacha y yo conversábamos bajo los sombríos arbustos del parque cuando nos cerraron el paso cuatro hombres. Nos apartamos rápidamente, pero oímos que otros irrumpían a través de la espesura, a pocos pasos, detrás de nosotros. Se llamaban entre sí y comprendí que estaban combinados con los que viéramos en el sendero. Tuve la convicción de que nos atacarían y robarían a menos que lográramos encontrar a otros paseantes o un lugar donde escondernos. Yo sabía dónde estábamos: delante de nosotros había un arroyo y recordé un pabellón abandonado, antaño lugar

de cita de los amantes, situado detrás de los arbustos que flanqueaban la orilla. Nos inclinamos para abrirnos paso entre los puntiagudos pinos enanos, protegiendo nuestros rostros de las ásperas ramas. Por un momento, creí que habíamos eludido a nuestros perseguidores, pero, de pronto, volví a oír sus voces. Sólo habían hecho un alto junto al pinar.

Llegamos a la casita abandonada y nos arrastramos hacia el angosto espacio que mediaba entre sus cimientos y una pila de bancos. Pero nuestros perseguidores irrumpieron entre los pinos y nos encontraron. Inmediatamente, nos asió una docena de manos. Nos obligaron a levantarnos. La muchacha lanzó un grito de desesperación; cuando yo me volvía, un golpe me aturdió.

Cuando recobré el conocimiento, pude ver que los hombres le arrancaban la ropa a la muchacha. Ella forcejeaba, pataleando y mordiendo. Cobré fuerzas y casi había logrado ponerme de pie, pero los hombres volvieron a sujetarme la cabeza contra el suelo. Miré a la muchacha: la habían obligado a tenderse de espaldas y sus piernas se agitaban; se las levantaron y separaron, como remos en suspenso sobre el agua antes de descargar el golpe.

Los hombres la atacaron, con los pantalones enredados en torno de los tobillos, después de arrojar las chaquetas entre los arbustos vecinos. Se turnaban. Los que esperaban, enfocaban con sus linternas el cuerpo de la muchacha, que se retorció. Luego, empezaron a obrar concertadamente: varios de ellos se inclinaban sobre ella a un tiempo, aferrando y sobando sus carnes, sujetando la cabeza de la muchacha entre sus muslos. Ella no gritaba ya; yo sólo oía su jadear entrecortado y sus ocasionales sollozos. Luego, vomitó y quedó en silencio.

Cuando los hombres concluyeron, me dejaron en libertad y huyeron. Reían estúpidamente y se gritaban obscenidades, mientras sus voces se extinguían entre los árboles y los oscuros caminitos y senderos. Finalmente, logré ponerme de pie; mis únicas lesiones eran un mareo y el dolor que sentía al respirar. Me acerqué a mi amiga y recogí los restos de su ropa. Le ayudé a llegar a un banco próximo al arroyo. Se desplomó sobre él tiritando, el aliento cálido y acre. Recorrí con las manos su cuerpo, buscando con los dedos los rasguños y magulladuras que le causarían. Encendí un fósforo y vi su rostro ojeroso, los hematomas de su pecho, los hilos de sangre que cruzaban sus muslos y caderas.

Caminamos con lentos pasos a lo largo del arroyo hasta llegar a un claro y a la salida del parque y doblamos por un sendero vagamente iluminado. Un policía que pasaba en bicicleta se detuvo ante nosotros. Mi amiga me murmuró premiosamente que no dijese nada y, aferrando su desgarrado vestido, saltó a las sombras. El policía nos comunicó que el parque se cerraba al anochecer y que violábamos las disposiciones legales quedándonos allí.

Mientras proseguíamos la marcha, sentí una creciente aprensión, adivinando que la muchacha esperaba pasar la noche conmigo. Me pregunté si habría algún cambio en ella cuando nos hiciéramos el amor en el futuro. Desde luego, yo lamentaba

muchísimo lo que le había sucedido, pero comenzaba a sentir asco. La veía aún aplastada sobre la tierra húmeda, con las piernas separadas, el cuerpo penetrado y mancillado por otros. Yo sólo podía pensar en ella como en un cuerpo al cual hacerle el amor.

A la mañana siguiente, temprano, ella fue a la clínica para someterse a un examen. Yo confiaba en que se repondría pronto, para que pudiéramos volver a hacernos el amor. Me dije que debía mostrarme tierno y amable con ella, pero me costaba aceptar esta idea. Recordé a una bailarina cuya destreza y sentido del equilibrio admiraba: al descubrir que estaba grávida, imaginé forzosamente a su hijo por nacer dando vueltas dentro de su cuerpo con cada uno de sus saltos.

La muchacha pasó dos días en la clínica y cuando le dieron de alta, vino inmediatamente a verme. Se desnudó para mostrarme que las magulladuras casi habían desaparecido y luego tomó una ducha mientras yo preparaba la cama.

Temiendo mostrarme reacio, la poseí con rapidez, antes de que estuviera pronta. Gimió y luego se repuso, rogándome que yo hiciese lo que hiciéramos tantas veces antes, cosas a que yo no podía forzarme ahora. Después, me preguntó por qué había sido tan violento. Le dije la verdad. Nuestras relaciones habían cambiado.

Sus estados de ánimo eran inestables: tan pronto estaba pensativa y silenciosa como exuberante y excitada, asegurándome repetidas veces que los médicos le habían dado un certificado de buena salud. Subrayó la frase —«como si no hubiese sucedido nada»— tratando dificultosamente de anular la violación durante la cual, insistió, había estado como envarada y no había sentido nada.

En sueños, la vi emerger de una cáscara, retorciéndose y tiritando, arrastrándose hacia mí hasta tocarme. Luego, de pronto, ambos nos volvíamos macho y hembra a un tiempo, buscándonos nuestros orificios e irguiéndonos espalda contra espalda, hiriéndonos mutuamente con nuestros órganos, cayendo a tierra para expulsar sangre en rápidas culminaciones.

Mi curiosidad por su cuerpo se acentuó. De pronto, violentamente, la sometí a diversos experimentos, estimulando sus respuestas, explorándola y violándola a pesar de sus súplicas y protestas. Se convirtió en un objeto que yo podía fiscalizar o aparear con otros objetos. No vacilé en usar medios artificiales para excitarla o mantener su excitación. Ella atribuyó el cambio de mi conducta a la violación y quiso saber si yo la odiaba y castigaba o si me castigaba a mí mismo por lo sucedido. Preguntó si mi nuevo apremio era un disfraz del amor que, aseguraba, me avergonzaba ahora exhibir.

Una noche, mencionó a una vecina suya, una muchacha que se sentía atraída por ella y había hecho varias tentativas para intimar. Le dije que la invitara a compartir nuestra intimidad cuando nos hacíamos el amor. Le expliqué que su vecina no me interesaba como mujer, sino, simplemente, como un objeto de otra clase con el cual podía excitarla y excitarme así a mí más aún. Por más extraño que ello parezca, no protestó y la llamó.

Pocos días después, aparecieron ambas: noté que su vecina traía un bolso de

noche. Le di a entender claramente a nuestra invitada que estaba en libertad de usar cualquier medio para excitar a mi amiga, pero que yo me entremetería entre ambas siempre que quisiera hacerlo. Le señalé que yo había hecho posible la intimidad de ambas en mi favor y que ella debía complacer mi deseo. Consintió en pasar el fin de semana con nosotros.

En las semanas siguientes, mi amiga empezó a beber y decidí no disuadirla de ello: el alcohol la hacía reaccionar más aún. Ahora, su pasividad me obligaba a preocuparme activamente de ella.

Uno de mis amigos proyectaba una fiesta para algunos de sus colegas masculinos. La noche de la fiesta mi amiga empezó a beber, evidentemente resentida porque yo me proponía ir sin ella. Por fin, ofrecí llevarla.

La fiesta había empezado mucho antes cuando llegamos. Ella brindó sin vacilar por cada uno de los invitados. Noté la fácil familiaridad con que abrazaba a mis amigos y sus observaciones provocativas, casi ostentosas. Adiviné que no tardaría en convertirse en un estorbo para mí; me sentí atrapado.

En la media hora siguiente, me acerqué sucesivamente a todos los hombres y les murmuré que la muchacha era un regalo que yo les traía al anfitrión y a sus invitados; si ellos querían encarar así la situación, podían disfrutarla.

La excitación creció: la muchacha comenzó a rodearse de los invitados más turbulentos. Entre un estallido de risas, vi que la levantaban en andas, con el vestido torcido y las piernas ciñéndole el cuello al hombre cuya cabeza aferraba. Mientras yo miraba, una docena de manos se tendieron junto a sus muslos para tantearle el vientre y los senos. Profirió un repentino grito. El collar de perlas que yo le regalara en otros tiempos se rompió y sus diminutas piezas tornasoladas cayeron como una catarata, perdiéndose en el ondulante y vibrante tropel que la llevaba al dormitorio. Me fui.

Esas muchachas reclinadas tan cuidadosamente sobre las ventanas son prostitutas... ¿verdad?

Sí.

En otros barrios, las prostitutas se pasean por las calles y usan los cuartos de hotel, pero tienen sus propios apartamentos.

Esas muchachas no son dueñas de los apartamentos; simplemente, los alquilan. A menudo, dos o tres de ellas usan el mismo lugar, turnándose de día o de noche.

¿Les gusta trabajar así?

Sí, agradan al hombre al cual molesta la grosería de la mujercuela y la necesidad de acercársele en la calle y de seguirla a un hotel a la vista de todo el mundo. Pero esas mujeres de las ventanas sugieren otra cosa: sus apartamentos implican intimidad y comodidad; se puede cerrar las puertas con llave, correr las cortinas. Un hombre puede considerarse huésped de un hogar y pensar que la muchacha es la

dueña de casa. Viene para descansar y sin ningún motivo especial. Entonces, cualquier cosa que pueda suceder parece más natural.

¿Has estado alguna vez con una prostituta?

Sí.

¿Antes de conocerme o después?

Eso, tanto da.

Pero... ¿para qué necesitas a una prostituta? ¿Qué puede hacer ella que no pueda hacer yo? ¿Está más dispuesta ella que yo?

Hago con ella lo que tú considerarías inaceptable.

¿Cómo sabes que yo lo consideraría así?

Porque sólo me conoces en cierto modo. Y porque nuestras relaciones se basan en tu aceptación de lo que he sido contigo.

De modo que lo que tengo entendido sobre ti apenas es un lado de tu persona.

También tú me ofreces solamente el lado de ti misma que crees más aceptable para mí. Hasta ahora, ninguno de nosotros ha revelado algo que contradiga lo que siempre tuvimos por entendido ambos.

Cuando estás con una prostituta, todo lo que ella hace o dice es simulación: quiere tu dinero, no a ti.

El dinero aumenta mi potencia; sin él, yo no podría ser lo que soy. No podría encontrarme contigo donde me encuentro y en la forma como lo hago. No viviría como vivo ni podría permitirme las experiencias que necesito.

Pero todo lo que hace una prostituta contigo lo hace también con los demás... ¿no es así? ¿No te inspira ello celos?

Eso no me preocupa: el saber que otros hombres la poseen no me perturba en su caso. La poseen tantos que no resultan rivales. En cierto modo, uno hasta siente solidaridad con ellos, porque la elección de una prostituta que hace uno es confirmada por los que la han poseído antes. Como ningún hombre es excluido del hecho de poseerla, la prostituta, más que una mujer, parece un deseo que todos los hombres comparten en común.

Pero cuando la dejas, ella ni siquiera se entera de que existes.

Cuando la dejas, el saber lo sucedido se va conmigo; ese conocimiento es mío, no de ella.

Me pareció atrayente y encantador. Hablaba con un acento curioso; creo que es extranjero.

Lo es. Llegó a este país hace varios años. Pero ahora está permanentemente aquí.

¿Lo conoces bien?

Sí.

¿A qué se dedica?

Es arquitecto. Diseña edificios altamente funcionales, donde el estilo apenas es secundario: hospitales, escuelas, cárceles, funerarias, clínicas para animales.

¿Funerarias?

Ciertamente. Hay que construirlas, también, como las maternidades... ¿sabes?

Pero son algo tan poco usual...

En realidad, no. Una vez, él me dijo que, a fines de la década 1930-40, cuando acababa de salir de la Universidad, trabajó para una firma de arquitectos. Su primera misión fue diseñar planos para un campo de concentración.

Se negó.

No, no se negó. Aunque aquello era difícil, porque había muy pocos precedentes, hacía más excitante aún el pedido. Me dijo que, en esa época, muchos arquitectos competían para realizar proyectos patrocinados por el gobierno. Desde luego, cuando diseñaban una escuela o un hospital y aun una cárcel, él y sus colegas podían imaginarse fácilmente a sí mismos en ese recinto, pero un campo de concentración era algo totalmente distinto: exigía una visión excepcional. Con todo, tenía algo de escuela, de hospital, de sala de espera de edificio público y también de funeraria; sólo que el sector para eliminar los cadáveres era más eficiente. Sobre todo, tenía que ser funcional: tal era la filosofía subyacente en él. Aquel hombre había tomado en cuenta cuidadosamente el terreno: un estilo de campamento para una franja desgarrada de ondulantes laderas y otro para un territorio sin árboles semejante a una estepa. Como abundaban el dinero y la tierra, los diseños de mi amigo pronto fueron aceptados. Sin embargo, aquello sólo era un proyecto. Uno podía mirarlo desde muchos puntos de vista: en una maternidad, por ejemplo, se va más gente que la que llega; en un campo de concentración, sucede todo lo contrario. Su finalidad principal es la higiene.

¿La higiene? ¿Qué quieres decir?

¿Has visto alguna vez cómo exterminan a las ratas? O, mejor dicho... ¿Te gustan los animales?

Naturalmente.

Bueno. Pues las ratas también son animales.

No, en realidad. Quiero decir que no son animales domésticos. Son peligrosas y por eso hay que exterminarlas.

Precisamente: hay que exterminarlas; es un problema de higiene. Hay que eliminar a las ratas. Las exterminamos, pero eso nada tiene que ver con nuestras actitudes con los gatos, los perros o cualquier otro animal. A las ratas no se las mata... nos desembarazamos de ellas; o, para usar una palabra mejor, las eliminamos; ese acto de eliminación carece de todo sentido. No contiene un ritual ni un simbolismo; el derecho del verdugo no se discute jamás. Por eso, en los campos de concentración diseñados por mi amigo, las víctimas nunca siguieron siendo individuos; se convirtieron en seres tan idénticos como las ratas. Sólo existían para

que las mataran.

Seguí el curso del río para visitar a mi amigo. Habían transcurrido años desde nuestro último encuentro y me había enterado por mera casualidad de que vivía en la ciudad. Unos pocos edificios rodeaban lo que pasaba por ser una plaza; otros, estaban dispersos a lo largo de los canales y de las vías del ferrocarril. Más allá de la casa de mi amigo, un cementerio lindaba con el río.

Yo iba hacia el cementerio, sabiendo que lo vería volver a su casa. Ya me parecía sentir el abandono cerniéndose sobre las tumbas.

A los pocos minutos, oí que me llamaban por mi nombre y vi llegar precipitadamente por la calle a mi amigo. Parecía divertirlo el hecho de que yo hubiese preferido esperarlo en el cementerio, añadiendo que su aspecto abandonado se debía a que no lo usaban desde hacía tantos años. Las inscripciones de las lápidas eran casi ilegibles y muchas de las piedras se habían hundido a la buena de Dios en la tierra. La gente sepultada allí, me dijo mi amigo, formaba una minoría religiosa a la cual, durante largo tiempo, no le habían permitido enterrar a sus muertos dentro de los límites de la ciudad, ya que sus procesiones fúnebres incitaban a la gente a atacarlos. Por eso, transportaban hasta allí a los cadáveres en bote.

Pero, continuó, lo interesante no eran las tumbas: era el hombre de la funeraria. Mi amigo dijo que había hablado con él muchas veces, pero sin llegar más allá de unas breves respuestas. Suscitada su curiosidad, le había preguntado por él a la gente de la ciudad.

Según ellos, el hombre de la funeraria había estado internado en un campo de concentración durante la guerra. Antes, había sido un pugilista de peso pesado; sin ser un campeón, lo conocían muy bien en los círculos boxísticos por su extraordinaria fuerza. Pocos *managers* querían correr el riesgo de representarlo, ya que había lesionado y reducido a la invalidez a varios de sus adversarios. El comandante del campo de concentración se había fijado en aquel hombre mientras elegía víctimas para las cámaras de gas y había resuelto reservárselo como *sparring partner* particular para sí y para los guardias aficionados al boxeo.

El comandante invitó a un pugilista profesional a enfrentarse al prisionero. Llegó a la conclusión de que ambos boxeadores tendrían que luchar con tanto tesón como si se tratara de una pelea por un campeonato. Si el prisionero-campeón vencía, se ejecutaría a un prisionero extra. Si le ganaban por puntos o por *knock out*, podría pedir que dejaran en libertad a un prisionero destinado a la cámara de gas. Pero debía luchar honestamente, sin exponerse cuando ello fuera innecesario y sin fingir que perdía fuerzas o quedaba *groggy*.

Si sospechaban que se había dejado vencer, lo ajusticiarían.

El comandante, que se enorgullecía de su sagacidad con respecto a la mentalidad

de la cárcel y al instinto de supervivencia, suponía evidentemente que su prisionero-campeón pelearía bien para salvar su vida y con todo no se sentiría demasiado ávido de obtener una victoria que condenara a sus compañeros de cautiverio a los hornos. Privado de la voluntad de vencer, tendría que luchar, con todo, para ganar.

Cuando llegó el profesional, pareció probable la derrota del prisionero. Por desgracia para el comandante, el pugilista visitante, enfrentado con la alternativa de perder la pelea con un prisionero enemigo de su raza o de ganarla sólo para liberar a ese enemigo de la muerte, se negó a combatir. El prisionero sobrevivió, sin poder salvar a nadie fuera de sí mismo.

Ahora vivía solo, observando cómo se hundían cada vez más las lápidas en el fétido barro.

Cuando yo iba a la Universidad, se realizaban a menudo reuniones obligatorias de las numerosas organizaciones políticas estudiantiles. Durante las largas sesiones, el partido les exigía a los estudiantes que se valoraran entre sí y se valoraran a sí mismos. Esas reuniones eran tensas y a menudo dramáticas: si el progreso o la conducta de un estudiante era considerados desfavorables, el partido podía eliminarlo de la Universidad y asignarle un cargo en alguna provincia lejana. Todos parecíamos una piedra colocada sobre una honda: nunca sabíamos quién nos dispararía o adónde.

En vísperas de una de esas reuniones, fui a los retretes. Allí, me encontré con otro estudiante, a quien apodaban El Filósofo, de aspecto ojeroso y que empezó a vomitar en espasmos imposibles de dominar. Cuando me vio, trató de disculparse y hasta ensayó una sonrisa.

Esas reuniones le parecían insoportables: estaba demasiado nervioso para aguantar la tensión. Me dijo que una habitación atestada de personas provocaba en él una suerte de pánico y a menudo se pasaba horas a solas en los corredores, tratando de serenarse antes de volver al aula.

Cierto día, llegué tarde a una cita con él. Le expliqué que me había retrasado una visita a un nuevo banco oficial que acababa de inaugurar una sucursal en el centro de la ciudad. Con aire displicente, le dije que en el piso bajo de esa sucursal existían unos retretes imponentes, muy limpios y apenas usados. Agregué que yo los había visitado.

Mi amigo se mostró muy interesado y me preguntó dónde estaba ese banco. Cuando se lo dije, sacó del bolsillo un pequeño mapa y marcó cuidadosamente en él su situación. Noté allí otras marcas y le pregunté qué significaban. Respondió que había marcado las situaciones de sus «templos». No comprendí. Me preguntó si yo sabía por qué nuestros compañeros lo habían apodado El Filósofo. Sus palabras me intrigaron. Me dijo que lo siguiera.

Llegamos a uno de los museos étnicos de la ciudad. Me hizo entrar allí y fuimos

directamente a los retretes. Estaban desiertos: eran las primeras horas de la tarde y todo aquello estaba silencioso y limpio. Mi compañero se volvió hacia mí y, con un dejo de orgullo, declaró:

—¡Puedes encerrarte en uno de esos compartimientos y no te molestarán durante horas! Ya sabes que rara vez logramos huir de las reuniones. Pues bien: aquí, tu intimidad es absoluta: puedes contemplar tu propio mundo y disfrutar de él.

Exhibió orgullosamente su mapa y continuó:

—He descubierto más de treinta edificios públicos en distintos sitios de la ciudad con templos como éste, todos los cuales me esperan.

Comenzó a describirlos con meticulosos detalles. Algunos de ellos, sobre todo los contruidos poco antes, eran grandiosos: llenos de mármoles blancos, con accesorios de bronce, mosaicos floridos en el suelo, arañas de cristal, refinados sistemas de ventilación.

—Te sientas en tu compartimiento... y piensas —prosiguió—. Y oyes revolotear a tu alrededor a tus pensamientos como dioses griegos escapados de pronto de los libros de texto. Pero no te alcanzan a oír. ¡Qué alegría ver que te dejan solo, por fin, y no tienes que preocuparte de lo que dicen los demás o de cómo te miran o de lo que les parecen, o mirar más allá de los blancos muros de tu santuario privado!

Un hombre de edad se acercó y entró a uno de los retretes. Momentos después, salió: escuchamos los murmullos del agua que terminaba de caer en el inodoro.

—Pero debes hacer una cosa si te propones quedarte sentado ahí dentro durante algún tiempo —dijo mi amigo.

Sacó del bolsillo un pedazo de algodón, en el cual había un pequeño frasco de líquido limpiador.

—Ahí dentro hay toda clase de marcas —explicó—. Mensajes y lemas garabateados sobre las paredes del retrete. Muchos de ellos son, evidentemente, obra de contrarrevolucionarios. Los templos son, al parecer, el único sitio donde pueden desahogar sin peligro su resentimiento contra el régimen, contra las granjas colectivas, los procesos de depuración y la política extranjera, y aun contra el culto de nuestro omnipotente caudillo.

»Verás —continuó mi amigo—. Tengo que estar dispuesto a afrontar a cualquiera que me acuse de haber garabateado esas herejías mientras estoy sentado aquí durante más tiempo que el normal. Por lo tanto, empiezo por borrar todas las palabras de las paredes. Luego, si un policía o un detective me preguntan por qué me paso tanto tiempo en el retrete, tengo una respuesta valedera e inocente. Después de todo, un filósofo escribió en cierta ocasión: «Los dioses y los templos no se crean con facilidad: para establecerlos debidamente, se requiere una inteligencia poderosa». Todas esas borraduras son un precio bajo por un templo propio... ¿no te parece?

A pesar de sus temores y aprensiones, mi amigo asistía siempre a las reuniones y seminarios. Recuerdo que, en cierta ocasión, el profesor le pidió que comentara una doctrina que acababa de poner en vigencia el partido. Mi amigo se levantó, pálido y

sudoroso, pero tratando de aparentar que estaba sereno y sería objetivo: respondió que ciertos aspectos de la doctrina parecían reflejar perfectamente los muchos aspectos oprimentes del Estado totalitario y, por ese motivo, la misma carecía de humanidad. Se hizo el silencio. Sin ningún comentario, el profesor le indicó que se sentara. Hubo un alboroto entre los estudiantes: varios miembros del partido se levantaron y salieron ruidosamente del aula. Comprendimos que mi amigo estaba condenado.

Seguimos nuestros estudios juntos hasta el fin del semestre y luego perdí contacto con El Filósofo. Lo habían eliminado de la Universidad por su conducta antisocial. Uno de los funcionarios de la casa nos dijo más tarde que ya no estaba vivo. Casi reía al narrar los sucios detalles de su suicidio en el retrete. Guardé silencio.

El partido les ofreció una recepción espectacular a dignatarios políticos, militares y científicos locales y a delegados de otros países. Me sorprendió ver entre los invitados a un hombre de ciencia a quien había conocido en la Universidad. Era el único sobreviviente de una familia antaño destacada que exterminaran durante las depuraciones. Después de haber pasado muchos años en un campo de trabajo, acababa de ser rehabilitado por el partido.

Tras de muchos brindis y discursos, la recepción languideció. Los invitados abandonaron la mesa y los camareros se movieron dificultosamente entre la concurrencia, sirviendo bebidas de las bandejas que sostenían a buena altura sobre sus hombros. Los fotógrafos le seguían los pasos al maestro de ceremonias, quien se encargaba de presentar entre sí a los huéspedes más destacados.

Luego, los invitados comenzaron a canjearse sus medallas y distintivos nacionales y políticos, un ritual del partido que simbolizaba comprensión mutua.

Uno de los invitados se acercaba a otro y luego, inclinándose, sacaba una medalla del bolsillo y la sujetaba sobre la solapa de su flamante camarada. Observé un hombre de ciencia que se movía entre la multitud y les sujetaba al pecho a los funcionarios del partido medallas de oro redondas, que se distinguían claramente junto a las medallas del Estado, de la máxima jerarquía, que tanto los enorgullecían. Me disponía a partir cuando le vi abrazar a uno de los mariscales con más altas condecoraciones del país. Inclinándose sobre el resplandeciente pecho del mariscal, le sujetó al uniforme la medalla de oro, perforando la tela con el broche que sostenía en la diestra.

Me acerqué al mariscal para mirar más de cerca y de inmediato debí dominarme: la medalla era un preservativo de fabricación extranjera. El preservativo estaba comprimido en una reluciente envoltura de papel dorado y el nombre de la fábrica se destacaba nítidamente en pequeñas letras estampadas sobre sus bordes.

Cuando salía de allí, vi el fruto de la actividad de aquel hombre de ciencia: casi

todos los altos funcionarios del partido y del gobierno tenían sujetos a sus solapas esos anticonceptivos envueltos en papel dorado. Cuando me retiré de la recepción, se me ocurrió que sólo al volver a sus casas y al quitarse sus medallas pesadas, descubrirían la liviana. Me pregunté si recordarían quién los había condecorado así, y, si lo recordaban, cavilé cuál sería su reacción.

El sindicato de los estudiantes había decidido castigarme porque no quería comprometerme con el partido. El partido y la Universidad habían aprobado la recomendación; me ordenaron que pasara cuatro meses como disertante adjunto en una nueva comunidad agrícola.

El viaje era largo y en el tren yo ocupaba un compartimiento con otros tres hombres. Todos ellos se habían licenciado en los institutos de planificación económica, que esperaban ansiosamente su nueva vida, en la cual tendrían que administrar proyectos de tierra virgen.

La comunidad estaba formada por varias granjas colectivas y dos criaderos experimentales, unidos por una carretera recién terminada. La administraba una célula única del partido. Los obreros se pasaban seis días en el campo, usando las máquinas más modernas; los domingos eran consagrados a disertaciones en clase sobre temas sociales y políticos.

Comprendí que no me aceptarían. Me miraban con desconfianza y me preguntaban a menudo el nombre de la autoridad para la cual yo investigaba o espiaba. La gente concurría a mis disertaciones porque el programa de estudios lo exigía; pero los obreros me escuchaban con hostil curiosidad o estudiada indiferencia: mis exhortaciones a que me formularan preguntas eran acogidas con un silencio absoluto. Yo sabía que lo que estaba haciendo no tenía objeto; se trataba, simplemente, de pasar el resto de los cuatro meses en la comunidad y de hacer lo que me exigían. No me había creado amistades y, al parecer, no había nadie a quien pudiera considerar un camarada. Terminé por dedicar mi tiempo libre a estudiar para los exámenes y a preparar un informe sobre el ciclo de disertaciones.

Durante esas semanas, un solo hecho pareció suscitar el interés general. Fue la visita del circo estatal, que debía quedarse en nuestra comunidad varios días para que pudiesen traer a los obreros de las poblaciones vecinas a presenciar sus funciones. El programa era impresionante: había bailarines, payasos, trapevistas, jinetes que montaban a pelo, malabaristas, acróbatas que caminaban por la cuerda tensa y números con fieras. Los obreros, llenos de admiración por la compañía, estallaban sin cesar en exuberantes aplausos, exigiendo un bis tras otro.

Había un número que me resultaba particularmente excitante: una joven acróbata que ejecutaba sus pruebas, en el trapecio, con asombrosa destreza y gracia. Realizó una serie de movimientos rutinarios sobre la cuerda tensa antes de terminar su labor

con un alarde gimnástico que reveló una flexibilidad incomparable. Todo su cuerpo parecía hecho de una sola fibra flexible, tan fluidas eran las complejas actitudes que adoptaba: todas sus partes irradiaban ligereza y fuerza. Mientras la observaba, me sentía hinchado y lento.

Culminó su trabajo enfrentando al público, con las piernas separadas y las manos sobre las caderas, mientras los reflectores jugaban sobre su blusa. Luego, al compás de un acompañamiento cada vez más veloz de la orquesta, alzó las manos por encima de su cabeza, se puso de puntillas y se curvó hacia atrás como un tenso elástico de acero. Los reflectores seguían el arco perfectamente equilibrado de su cabeza, que bajaba cada vez más; pronto, sólo su cabello bermejo, muy apretado, reflejó la luz, mientras su cabeza emergía de entre sus rodillas. Todo el público, adivinando su contenida energía, la observaba sin aliento, esperando que volviese a su posición primitiva. Pero, casi milagrosamente, la muchacha enroscó su cuerpo más aún y las luces arrancaron fulgores de sus ojos y dientes mientras erguía y adelantaba más la cabeza, hasta que ésta protegió su cuerpo. Permaneció en esa actitud durante un instante.

La orquesta tocó un único y vibrante acorde en armonía con el estado de trance que avasallaba a todos, y mientras resonaba, la acróbata pareció estirar sus piernas hacia adelante: su rostro desapareció y, en el segundo que necesitamos para advertir que sus piernas ocultaban su cabeza, volvió a saltar a su posición primitiva, con los brazos en alto y tendidos como si abrazara los aplausos que llenaban el aire. Se quedó allí, poseída por la tensión y la energía que lograra momentos antes. Un inusitado deseo creció en mí.

Observé su actuación durante tres noches consecutivas; el programa expresaba que la muchacha se había pasado la vida en el circo y había sido adiestrada como trapecista y gimnasta por sus padres, talentosos artistas del trapecio.

El circo debía dar tres funciones más: decidí tratar de conocerla. Sabía que esto sería difícil porque esos artistas vivían reclusos y yo no tenía ninguna razón convincente para inmiscuirme en su vida. Ni el circo ni los administradores de la granja estimulaban ninguna clase de fraternización.

Al día siguiente, organizaron un almuerzo para los artistas del circo y los dirigentes seccionales de las unidades, a fin de que ambos grupos pudieran agasajarse mutuamente con discursos de elogio por su aporte a la vida nacional bajo la dirección del partido y del gobierno. Mientras llegaban los invitados, logré saludar a la muchacha e inmediatamente la conduje a un asiento de mi mesa. A su izquierda había una pared y me senté junto a ella, haciéndole seña a un granjero de edad madura de que se sentara a mi derecha.

La muchacha se colocó a mi lado, olvidando aparentemente la hora y el lugar donde se hallaba, con los ojos fijos en su regazo, donde enlazaba y desenlazaba sus dedos como un enfermo de paraplejia que ejecuta un ejercicio terapéutico. Al cabo de un instante, separó sus manos y se las llevó al pecho. Las puso sobre sus senos y

luego se las llevó a las caderas, echando atrás los codos e inclinando hacia adelante la cabeza y el busto.

Miré el salón. Los artistas parecían impacientes y se movían inquietos en sus duras sillas de madera. Los representantes de las diversas granjas colectivas, habituados a esas reuniones, se habían dejado caer apáticamente sobre sus asientos. Me volví, cautelosamente, hacia la muchacha.

Mientras me movía, también ella debió de moverse, porque sentí la presión de su muslo contra el mío. Miré fijamente por encima de la mesa al orador, simulando un gran interés. La presión ejercida por el muslo de la muchacha contra mí se había trocado en una sucesión de lentos empujones. La miré de soslayo: estaba muy enhiesta sobre su asiento, separando y juntando alternativamente las piernas, mientras sus rodillas se unían y tornaban blancas con la presión.

Lentamente, puse mi mano sobre el respaldo de su silla, con los dedos un poco doblados y los nudillos extendidos hacia su espalda. No pude adivinar si ella lo había notado o no. Cuando se movió, la tela de su vestido me rozó los nudillos. Cada uno de sus movimientos era, ahora, más pronunciado. Me pareció que intentaba fundir su espina dorsal con mis nudillos, para hacer permanente el fugaz contacto. Volví a mirarla con cautela: sus labios estaban tensos y un leve rubor acentuaba el color de su semblante.

El almuerzo concluyó al promediar la tarde. Los invitados se dirigieron a sus dormitorios, situados en los claros que flanqueaban la arbolada carretera. La muchacha y yo también nos fuimos, pero penetramos rápidamente en el refugio del bosque.

Le hablé de la emoción que me causara observar su número, describiéndole mi fantasía de poseerla en el momento de gran tensión en que su cabeza surgía de entre sus muslos. No se detuvo ni dijo nada: seguimos andando.

Ahora, ya casi no había luz. A las ramas bajas de los abedules no llegaba el más leve soplo de viento y el follaje de los arbustos pendía inerte, como aplastado. De pronto, la muchacha se volvió y se desnudó, dejando su vestido sobre las hojas amontonadas a nuestros pies.

Me enfrentó, obligándome suavemente a tenderme de espaldas. Mientras se arrodillaba sobre mí parecía rolliza, casi de piernas cortas. Su frente se apoyó sobre mi pecho, sus manos sobre la tierra, debajo de mis hombros; luego, en un solo movimiento flexible, alzó las piernas a buena altura. Cuando sus piernas pasaron por el arco más alto formado por su espalda, parecieron cobrar la mimbrenña flexibilidad de unas ramas de abedul joven sobre las cuales pesaba la nieve que caía. Sus talones, lentamente, pasaron por sobre su cabeza; con el rostro enmarcado por sus muslos y las rodillas dobladas, frotó contra mi rostro su boca y su útero.

Nadie podía reclamar el privilegio de ser su amigo y galán; se negaba a tener un acompañante estable. Admirada, nunca era poseída.

Al empezar el período de estudios, me eligieron director del periódico de la Universidad. La invité a colaborar semanalmente con una sección sobre teatro y le dije que podía escribir sobre cualquier pieza teatral o suceso literario que le interesara. Aquel cargo era muy codiciado y ella lo aceptó en seguida.

Como director del periódico, yo recibía muchas invitaciones y concertaba cuando era posible que ambos asistiéramos a esas veladas juntos. Algunos de mis colegas me envidiaban, pero ninguno de ellos sabía qué relaciones existían exactamente entre aquella muchacha y yo.

Cuando concluyó el período, noté su preocupación por su cuerpo. Nos encontrábamos en su apartamento antes de salir. Desde su pequeña sala, yo observaba a menudo cómo se miraba en el espejo de su tocador, examinando su perfil, inclinando el cuello, pasándose las manos por las caderas. Su vestido, negligentemente echado sobre los hombros, no siempre estaba cerrado. Ocasionalmente, yo arriesgaba una observación sugestiva o tocaba como por casualidad su cintura al tenderle un cepillo, un vestido o un par de medias. Ella se comportaba como si no hubiese notado nada. Después de haber fracasado dos o tres insinuaciones mías, admití que se retraía.

Cierto día, mientras ella se vestía para asistir a un concierto, yo estaba sentado a medio metro de un escritorio. Su gaveta inferior estaba abierta y cuando miré fugazmente unos viejos cuadernos y unas joyas de fantasía para vestidos de disfraz, vi una pila de fotografías de la muchacha, ocultas a medias por la carpeta en que se hallaban. Miré el dormitorio, pero ella no estaba junto a su tocador. Un momento después, al oír que el agua fluía en el cuarto de baño, me incliné, saqué un manojo de fotografías y me las metí en el bolsillo. Después del concierto, llevé a la muchacha a casa y volví a mi habitación, donde las examiné a mis anchas. La mostraban desnuda. Las actitudes, la iluminación, las imperfecciones del enfoque sugerían que había estado ante una cámara fotográfica equipada con una exposición de tiempo. Todas eran bastante recientes: el papel no había perdido su tersura. Recordé que, en varias ocasiones, ella se había quedado después de las horas de trabajo en el pequeño cuarto usado para revelar, diciendo que quería examinar las ilustraciones para el periódico. Cabía suponer, pues, que había revelado entonces esas fotografías.

No le mencioné mi descubrimiento ni le devolví las fotografías. Nada cambió en su actitud durante los días siguientes y supuse que no había notado su desaparición.

Siempre que yo esperaba una visita de amigos míos, elegía dos o tres de esas fotografías y las ponía cuidadosamente entre mis papeles y libros. Estaba segurísimo de que las examinarían cuando yo saliera de la habitación para preparar bebidas o

alimentos. A las pocas semanas, descubrí que todos aquellos que nos conocían nos creían amantes y algunos de mis amigos más íntimos solían preguntar por nuestros planes matrimoniales.

Poco antes de terminar el período de estudios, a la muchacha y a mí nos invitaron a una fiesta que se ofrecía en un hotel de un lugar de veraneo próximo. A todos nos habían pedido que pasáramos la noche allí y dedicáramos el otro día a nadar. Como yo tenía exámenes a la semana siguiente, me negué. La muchacha se quedó, feliz de estar entre admiradores.

Ese día, al terminar mis exámenes, el celador me entregó un memorándum. En respuesta, fui a la oficina del profesor. Se puso de pie cuando me presenté, me ofreció un cigarrillo y, con aire bastante desolado, me dijo que me preparara para soportar una fuerte conmoción. Habían hallado muerta a la muchacha en el cuarto de baño de la habitación que ocupaba en el hotel: la luz piloto del calentador estaba encendida, pero no ardía.

Al día siguiente, la noticia de su muerte se divulgó por la Universidad. A donde quiera iba yo, me miraban fijamente o me señalaban. Dos de mis amigos más íntimos me dijeron cuál era la opinión predominante: la muchacha se había suicidado. Más tarde, comprendí que esta conclusión se basaba más en la imaginación que en los hechos, porque cuando entré en el aula para la clase de la tarde encontré muchos anónimos sobre mi pupitre. En todos ellos, el autor me acusaba de haber seducido a la muchacha, de haberla obligado a excesos sexuales, de haberla fotografiado en situaciones de depravación y, finalmente, de haberla abandonado cuando estaba grávida.

En los días siguientes, me vi en el ostracismo. Comía solo en el café y, cuando me sentaba en las aulas, a mi lado no había vecinos. El día de los funerales de la muchacha, casi todo el curso asistió al servicio religioso.

En el cementerio, las plañideras rodearon la tumba, de un metro de profundidad, formando lo que habría sido un círculo de no mediar los evidentes vacíos que se notaban a mi derecha e izquierda. Yo sentía más intensamente aún este repentino aislamiento porque mis amigos más íntimos se mantenían de pie enfrente de mí y me dirigían miradas rápidas e intranquilas. La tumba estaba abierta: la tierra, apilada a un lado; del otro lado, el ataúd, cubierto de flores, descansaba sobre el césped. El capellán de la Universidad estaba junto a la cabecera del ataúd y los padres de la muchacha esperaban en silencio al pie.

Probablemente, eran agricultores o pequeños comerciantes y advertí de pronto que ella nunca me había hablado de su hogar ni de su familia. Miré furtivamente el traje ajado del hombre, su rostro pálido y angustiado. Sus pocos cabellos canosos oscilaban a impulsos de la fría brisa. Las piernas de su esposa estaban grotescamente combadas. Costaba, creer que ella y el hombre gastado que se hallaba a su lado habían concebido a la muchacha que yo conociera. Alguien se inclinó hacia ellos, murmurando. Ambos levantaron la cabeza y me miraron. Cuando lo hicieron, todos

los presentes, que los estaban observando, me miraron a su vez. A donde quiera volví la mirada, vi ojos inexorables. Por error, observé directamente al padre.

Durante un momento, me miró fijamente. Luego, apartó a su esposa, quien tropezó y a la cual debieron sujetar ambos sepultureros para que no cayera. Con frenesí, él se abrió paso entre la multitud. Yo sabía que iba a suceder algo violento, que el viejo me golpearía o me insultaría. La muchedumbre parecía amenazante, como un peso en equilibrio próximo a caer ante el menor de mis movimientos. Yo no podía moverme.

La muchedumbre miraba, boquiabierta. El viejo avanzó hacia mí, dando grandes pasos, con la respiración entrecortada, resoplando, los labios contraídos en una mueca sin labios. Se detuvo ante mí y, levantando con esfuerzo la cabeza, me escupió en la cara. Sus ojos parecieron hundirse en sus cuencas, sus manos cayeron a sus costados con aire de impotencia. Se alejó de mí, silencioso, cansado, viejo.

Cuando yo era una colegiala, mis padres, los maestros y nuestro sacerdote me pusieron siempre en guardia contra eso.

¿Te enseñaron a no hacerlo?

Me enseñaron que, si una mujer lo hacía, sufría algún horrendo castigo, una enfermedad inmundada o una deformidad; algunas de mis amigas afirmaban que el sabor de eso era horrible, aceitoso, viscoso, terroso... y que, además, era algo degradante, casi como comer carne humana.

Al parecer, has pensado mucho en eso.

Sí, a menudo. Pero el sacerdote me absolvió.

¿Fuiste a confesarte?

Sí; voy aún. Como comprenderás, durante la confesión uno no separa la intención del acto; se limita a confesar su culpabilidad.

¿Obtuviste siempre la absolución?

Hasta ahora, sí. Pero sólo por mis pensamientos. Me molestaría decir que yo, realmente... Como comprenderás, tener eso en la boca es una sensación fantástica. Es como si todo el cuerpo del hombre, todo, se hubiese contraído repentinamente en esa sola cosa. Y luego, eso crece y llena la boca. Se vuelve imperioso, pero, al propio tiempo, sigue siendo frágil y vulnerable. Eso me asfixiaría... salvo que pueda escupirlo. Y cuando crece, soy yo quien le da vida; mi aliento lo sostiene y se desarrolla como una lengua enorme. Amé lo que expelías: como cera caliente, se derretía de pronto sobre mí, sobre mi cuello y mis senos y mi vientre. Sentía como si me bautizaran: era tan blanco y puro...

Examiné el mapa, pero no pude identificar el camino por el cual viajaba. Decidí doblar en el primer recodo que llevaba al valle, donde esperaba encontrar un pueblecito o por lo menos una aldea de ciertas proporciones.

Cinco o seis kilómetros más allá, pasé junto a henares sin cercar existentes en los accesos de un poblado, donde la iglesia daba sobre una plaza andrajosa, polvorienta.

Las granjas y los establos se hallaban en terreno llano. En todas partes reinaba el silencio. Era domingo y no había más señales de vida que los manojos de humo que surgían enroscándose perezosamente de algunas chimeneas. Oí una música de órgano que cobraba volumen y comprendí que era hora de celebrar una misa de media mañana. Detuve el auto. Bajé y, a los pocos segundos, había perros que ladraban y aullaban en todos los porches. Mientras me adelantaba, la intensidad de su coro pareció aumentar. No fui hacia la iglesia, sino que me alejé del automóvil y llegué hasta un solitario establo situado a pocos metros de la carretera. Me senté y contemplé el suelo, del cual brotaban vaharadas de vapor con aquel bochornoso calor, y el trébol y las poco familiares flores silvestres que crecían a lo largo de las cercas. Ahora, los perros ya no ladraban. La voz en sordina del órgano revoloteaba sobre las casas y los establos y se perdía en los campos.

Entonces, oí surgir de aquel establo un extraño sonido: podía ser el aullido de un perrito o el llanto de un niño. Di la vuelta al establo cautelosamente, deteniéndome frente a la puerta, cerrada con candado. Empujé, tiré del candado, pero, aunque la puerta era vieja, no cedió. Volví a tirar del candado: la podrida madera se astilló y cayó.

Abrí la puerta y me detuve en el umbral, entre la luz y la sombra, escuchando y atisbando en el interior en sombras. Ni un solo sonido. Cuando entré, olí heno seco, barro de trilladora y madera mohosa. Durante un momento, no pude ver nada.

Gradualmente, mis ojos distinguieron dos pequeños arados de manceras rotas apoyados contra una pared, junto a un viejo arnés y azadas, rastrillos y horquillas de púas estiradas y retorcidas. En un rincón vi, apilados, unos oxidados y quemados caños de chimenea, montículos de chatarra, garfios, atizadores retorcidos, palas. A lo largo de la otra pared se veían pequeños cubos llenos de clavos de diverso grosor y tamaño, grandes llaves, piezas de viejas planchas, braseros rotos, fragmentos de accesorios para ventanas, cerrojos y manijas de puertas, ollas y sartenes, trozos de loza de cocina. Más allá había ruedas sin llantas, puñados de herraduras, fustas, hebillas y cinturones colgados de clavos, y dos hachas hundidas en un tocón bajo y grueso.

Me volví. Una gallina sobresaltada salió revoloteando de debajo del heno. Desplegando las alas y cloqueando, cruzó la puerta entornada y entró en el cobertizo. Sólo el zumbido de una solitaria avispa interrumpió por un momento la quietud que

siguió.

Cuando me disponía a salir, oí de nuevo el grito: parecía proceder del espacio que se abría bajo el techo. Le siguió inmediatamente un penetrante gemido.

Retrocedí y abrí más ampliamente la puerta; luego empecé a examinar el tenue contorno de las vigas. Pero no se filtraba la luz del exterior. Volví al coche en busca de una linterna. Regresé al cobertizo.

Enfoqué la linterna hacia el punto de donde había partido el sonido. De las vigas pendía una gran jaula, hecha de enrejado de metal, colgaba de una gruesa cuerda enroscada a una anilla sujeta al techo. La cuerda caía a lo largo de la pared y estaba afianzada por una gran abrazadera.

Se oyó de nuevo el extraño chillido: la luz de mi linterna alumbró la jaula. Una mano blanca se extendía hacia mí a través de los barrotes; tras ella, la luz captó una cabeza, tenue pero claramente enmarcada por una desaliñada melena rubia. Permanecí indeciso, con una mano ya extendida hacia la cuerda. Durante un segundo pensé en ir a buscar ayuda, pero me venció la curiosidad. Descolgué la cuerda, y bajé la jaula centímetro a centímetro hasta que se balanceó justo encima del suelo. Entonces afiancé la soga. Una mujer desnuda estaba sentada detrás del enrejado, balbuceando palabras incomprensibles y mirándome fijamente con grandes ojos acuosos.

Me acerqué a ella. La mujer se movió, pero no parecía asustada. Me miró atentamente y luego empezó a arrastrarse hacia mí, frotándose el cuerpo, rascándose y extendiendo las piernas. Advertí su rostro picado de viruelas, las uñas roídas, sus demacrados muslos sembrados de cardenales azulados. Se me ocurrió que estábamos solos en el cobertizo y que ella se hallaba totalmente indefensa.

La miré de nuevo: era evidente que estaba loca, y ahora se puso a gesticular provocativamente, mostrando sus dientes desiguales con una sonrisa retorcida. Pensé que en la situación había algo verdaderamente tentador, se trataba de un momento en el que uno puede ser enteramente uno mismo ante otro ser humano. Pero para eso precisaba el acuerdo del otro: la mujer de la jaula no me lo concedería.

La mujer habló atropelladamente a través de los barrotes, mientras yo izaba la jaula, afianzaba la cuerda y abandonaba el cobertizo. Una vez fuera, decidí no hablar con la gente del pueblo. Una hora después llegué a la comisaría del distrito.

Un sargento me miró suspicazmente mientras otro policía tomaba nota de mi declaración sobre la mujer de la jaula. Poco después, tres policías me llevaban en coche al pueblo.

Llegamos después de misa, cuando las calles empezaban a rebosar de gente que salía de la iglesia. Todo el mundo vestía la ropa de los domingos; los niños caminaban obedientemente al lado de los adultos. Nos detuvimos ante el cobertizo, donde un granjero de elevada estatura se quitaba, sentado, sus prietas botas. Uno de los policías le hizo varias preguntas y después le empujó hasta el interior del cobertizo. Nuestra pequeña comitiva entró tras ellos. La multitud de ánimo festivo se

congregó en silencio alrededor de nuestros automóviles. Luego, como si comprendiera repentinamente la finalidad de nuestra visita, se dispersó rumbo a sus casas.

Ya en el establo, varias linternas convergieron sobre la jaula, ahora claramente visible. El granjero, sudoroso y trémulo, hizo descender con lentitud la jaula ante la policía que esperaba: la mujer cautiva se asía al enrejado.

El sargento ordenó, con tono áspero, que abrieran la cerradura. Los dedos del granjero forcejearon con la llave, pero no se atrevía a mirar a la mujer, que se había acurrucado, asustada, en un rincón de la jaula.

Los policías la agarraron de los brazos y las piernas y la sacaron a rastras. La mujer se resistía, pero ellos la amarraron, la llevaron al automóvil y la tendieron sobre el asiento trasero. Luego, al granjero lo esposaron y lo arrojaron allí, junto a su prisionera. Vi que las mujeres de la granja miraban, inmóviles, los automóviles que partían.

Transcurrieron meses. Finalmente, después de pensarlo mucho, decidí volver a la aldea. Salí de la ciudad de noche, para llegar al amanecer. Viajé lentamente, guiando con cuidado al automóvil por los baches del camino que serpenteaba entre las casas. Una brisa rasgó la creciente niebla y reveló los contornos de las cabañas y establos. Frené cerca de la rectoría, no muy seguro de lo que iba a hacer. La puerta se abrió y vi salir al sacerdote, que se encaminó hacia la verja del camposanto, desapareciendo entre las densas sombras proyectadas por los tejos próximos al breve sendero que llevaba al porche de la iglesia. Bajé del automóvil y lo seguí de prisa.

El sacerdote se había detenido y estaba inclinado sobre una lápida, como si procurara rastrear los vestigios de alguna inscripción desgastada por el viento y la lluvia. Su arrugada sotana estaba sucia y remendada y zurcida en algunos sitios. Se sobresaltó cuando me acerqué.

—Conque usted ha hecho todo este viaje para hablar conmigo... ¿Por qué conmigo? —dijo.

Se quitó los manojos de musgo pardusco de la sotana, mientras me seguía mirando a los ojos.

—Porque tengo que discutir un asunto con usted... algo importante —dije.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó.

—Estoy en la Universidad.

El sacerdote se quitó un poco de polvo de la manga y se alisó la sotana. Sorteando cuidadosamente las tumbas e inclinándose para eludir las ramas húmedas, me condujo hacia la verja del camposanto.

En el patio de la rectoría, nos separó una bandada de gansos que cruzaba con aire majestuoso nuestro sendero. El sacerdote esperaba en la puerta de la casa.

—¿Le gustaría tomar un poco de vino? —preguntó.

—Gracias.

Entramos. El sacerdote se soltó el cinturón de la sotana y sirvió dos vasos de vino. Nos sentamos el uno frente al otro, a ambos lados de la mesa.

—Bueno, joven... ¿Qué lo trae por aquí?

—He venido por la jaula.

Lo observé atentamente; un rubor se esparció lentamente por su rostro hinchado, los pliegues húmedos de su boca, sus mejillas llenas de hoyos, hasta sus ojos, muy hundidos debajo de la arrugada frente.

—¿Por la...? —repitió.

—La jaula —reiteré. La jaula con la mujer.

—No puedo decirle nada —respondió. Sólo sé lo que sabe usted, es decir, lo que han informado los periódicos.

Volvió a llenar mi vaso.

—Pero... ¿por qué le preocupa tanto eso? —dijo.

—En este momento, no me preocupa. Pero entonces me preocupaba mucho. Yo fui quien encontró a esa mujer. Me había extraviado y me detuve junto al establo.

—Conque fue usted... Desde luego, la información del periódico no lo mencionaba. Ahora recuerdo: la gente de la aldea habló de un desconocido que había traído a la policía.

El sacerdote bebió su vino.

—Una historia trágica —dijo. El granjero y su familia no querían pagar la atención médica en el hospital y por eso tenían a esa loca en una jaula.

—Algunas personas de la aldea sabían de esa mujer... y de su prisión, padre.

El sacerdote hizo caso omiso de mis palabras.

—O no querían pagar por el internamiento en un manicomio... Ese pobre ser ignoraba el mundo donde vivía —dijo y dejó el vaso sobre la mesa. Pero... ¿para qué recordar ese asunto? El caso está terminado. Los culpables han sido castigados. Ahora, esa mujer está en un hospital. ¿Ha venido usted aquí a escribir otro artículo difamatorio sobre ese escándalo? ¿No se ha dicho ya lo suficiente?

Las arrugadas manos del sacerdote emergieron de las profundidades de sus mangas negras; parecían manojos de cizañas quemadas cuando se posaron sobre la mesa iluminada por el sol.

—No tengo intenciones de escribir un artículo, padre: no soy periodista. Sólo vengo movido por mi conciencia, sólo por mí.

—¿Entonces qué quiere usted?

—Quería verlo, padre, y hablar con usted.

—Bueno. Me ha visto y hemos estado hablando. ¿En qué otra cosa puedo servirle?

—Estoy pensando en los años que pasó esa mujer en la jaula, padre.

—¿Qué puedo decirle que usted no sepa ya?

—Una cosa, padre. Una sola.

—¡Pregúntemela, pues, y terminemos!

Bebí el vino, mientras observaba los rayos de sol que se quebraban sobre el fondo redondeado de mi vaso.

—Usted ha vivido en la aldea durante más de treinta años, padre, inclusive los cinco en que decenas de hombres de la aldea han estado haciendo cosas en el establo donde se hallaba la mujer. A pesar de todas sus negativas, la policía ha probado que esos hombres la violaron muchas veces. ¿Quién podría creer en todas sus mentiras, que iban al establo a buscar herramientas, a almacenar semillas, a reparar implementos, etcétera? Y el granjero dueño del establo... ¿hizo su dinero vendiendo coles? Hasta algunas de las mujeres de la parroquia sabían que ese desdichado ser había estado grávido dos veces y que la curandera le había provocado el aborto. Esas cosas no se conservan en secreto durante mucho tiempo, padre.

—¿Por qué me dice usted eso? Lo he leído en el periódico.

—Sólo estoy pensando en voz alta, hablando de mis propios sentimientos al respecto. Eso trastorna mi paz. ¿No trastorna también la suya, padre?

—Mi paz espiritual es un asunto que sólo le concierne a mi conciencia.

—Si, en todos esos años, ni uno solo de los fieles que asistieron a las numerosas reuniones del establo le ha dicho algo sobre eso a usted en el secreto de la confesión... ¿qué valor tiene su guía espiritual para esta aldea, padre? ¿Qué valor tiene la religión que usted le recomienda tanto a la gente aquí?

—¡Usted no tiene derecho, ningún derecho, a hablar de esas cosas! —exclamó el sacerdote y su voz cobró un tono oratorio, pero pronto volvió a su nivel anterior y repitió—: Usted no tiene derecho a hablarme de eso.

—Sí que lo tengo: fui yo quien abrió la jaula; yo liberé a esa mujer. ¿Cómo sabe usted, padre, que no fue Dios mismo el que me llevó al establo esa mañana de domingo? ¿Hasta qué punto conocemos a Dios? Tengo el derecho de preguntárselo, padre, porque no puedo creer que usted supiera de esa mujer enjaulada y sus torturadores. Durante treinta años, usted ha sido el sacerdote amado por esa gente; hablaban de su guía espiritual con admiración y respeto: ¡de las confesiones, la comunión, las absoluciones y procesiones, la liturgia y todos esos aniversarios de los santos y los días de guardar tan queridos por todos ellos!

»Durante el juicio vi sus fisonomías, padre, y estaban convencidos de que la mujer de la jaula estaba maldita a causa de su origen bastardo, maldita, loca y enferma. Argüían que estaba fuera del alcance de la Iglesia: ¡después de todo, nunca la habían bautizado! Padre, creo que usted conocía la existencia de la jaula antes de que yo entrara en el establo. ¿Por qué no la abrió y dejó en libertad a esa mujer? Eso no habría significado revelar secretos confesionales; usted no hubiera tenido que llamar a las autoridades. ¿Por qué no fue alguna noche al establo, cuando sus fieles pecadores dormían y sacó de allí a esa mujer? ¿O temía las dificultades que le causaría en libertad?

El sacerdote se inclinó hacia mí con aire amenazador. Parecía que las venas de su garganta iban a estallar, que el cuello de su sotana, veteado de sudor, reventaría.

—¡No quiero escucharle! —gritó. Usted no comprende nada... ¡nada! Usted no ha vivido en esta aldea durante treinta años. ¿Qué sabe sobre los campesinos? Yo conozco a esa gente, a todos ellos. Los conozco bien... Son buenos padres, buenos ganapanes. Sí, oigo sus confesiones, me traen sus pecados como ofrendas; pero también los oigo sollozar cuando se confiesan. No me piden perdón, me suplican, como rezarían para que Dios les diese una buena cosecha. ¡Son mi grey y usted viene a atacarme y a insultarme con hipótesis tan absurdas!

El sacerdote se echó atrás en su silla y se arrancó el cuello de la sotana. Tiritaba y trató de dominarse. Llené de vino un segundo vaso y lo empujé hacia él, observándolo, mientras mi interlocutor miraba fijamente la enorme pintura que representaba a una santa. La santa estaba sentada al pie de una palma, con un par de tijeras en la mano; delante de ella, sobre una fuente, yacían sus pechos cercenados.

El sacerdote tendió la mano hacia el vaso de vino, en torpe gesto de rechazo. El vaso cayó al suelo, rebotó y rodó hacia la pared. El rojo intenso del vino, esparciéndose sobre la mesa, comenzó a teñir la graneada madera. El sacerdote se levantó y salió con pesados pasos de la habitación.

Entró una mujer de edad. Me saludó tímidamente y comenzó a limpiar la mesa con un trapo.

Entré en la iglesia y me senté sobre uno de los bancos, donde pronto me rodearon un fresco olor a musgo y a piedra mohosos. Había viejas de negro paradas y orando en la nave en sombras, cerca del confesonario. Una de ellas se acercó cojeando al sitial del coro y se arrodilló allí, aplicando la boca y luego la oreja al enrejado de madera. Cuando se levantó, por fin, una mano huesuda surgió de las sombras del confesonario. La mujer se inclinó y la besó; la mano hizo la señal de la cruz en el aire rancio y se retiró.

Los rostros atisbaban desde las cabañas mientras yo cruzaba la aldea en medio de una nube de polvo. Las gallinas asustadas se dispersaban, los perros ladraban. Pronto, llegué al camino principal.

La conducta del acusado predispuso en su contra al jurado. No admitió en ningún momento, ni siquiera pareció comprender, que lo que había hecho era un crimen brutal; en ningún momento arguyó que había perdido el dominio de sí mismo o que no sabía qué estaba haciendo o que nunca volvería a hacer algo parecido. Se limitó a describir su encuentro con su víctima sin exageración y en los términos más usuales.

Casi todos los miembros del jurado pudieron discutir e imaginar cómo había cometido aquel hombre el crimen y qué lo había impulsado a cometerlo. Para aclarar ciertos aspectos de su caso, algunos representaron el papel del acusado, en una

tentativa de hacernos comprender a los demás sus móviles. Pero después del juicio, comprendí que en la sala del jurado se cavilaba muy poco sobre la víctima del asesinato. Muchos de nosotros podíamos imaginarnos fácilmente en el acto de matar, pero pocos nos concebíamos en el momento en que nos mataban, en cualquier forma que fuese. Hacíamos todo lo posible por comprender el crimen: el asesino formaba parte de nuestras vidas; no así la víctima.

Después del trabajo, yo acostumbraba descansar un rato en una plaza próxima. Varias veces, observé a un hombre elegantemente vestido sentado en un banco y que leía un periódico. Debía de tener cuarenta y tantos años y era bastante gallardo; las mujeres lo miraban de soslayo a menudo y él solía hablarles con aplomo y jugar con sus hijos. Usaba ropa cara y a veces venía a buscarlo un automóvil conducido por un chófer. Cierta día, cuando se disponía a dejar de lado una revista ilustrada extranjera que estaba leyendo, me acerqué a él y le pregunté si podía prestármela. Empezamos a conversar.

Después, nos encontramos varias veces, siempre en la plaza, donde, sentados en la sombra, mirábamos pasar a la gente. Era evidente que a aquel hombre le interesaban las mujeres, dada su manera de mirarlas y de hablar de ellas. Me confió que vivía solo y que le gustaban más que nada las muchachas de los salones de baile y las coristas de los clubs nocturnos. Durante los veinte últimos años sus ingresos habían sido tan cuantiosos, manifestó, que estaba en condiciones de realizar a un tiempo las carreras de esas muchachas y sus propios deseos.

Un día, me preguntó si me gustaría conocer a sus amigos. Inmediatamente, acepté. Sugirió una reunión íntima de seis personas en su apartamento. Seríamos los únicos hombres presentes; los demás invitados, coristas. Las mujeres no serían jóvenes, me dijo, pero sí de buena voluntad y con experiencia. Naturalmente, agregó, no nos divertirían en forma espontánea; notó mi sorpresa y explicó que nada importaba con tal de que contribuyera a realizar a alguien. Esto, dijo, había formado parte de su filosofía durante mucho tiempo; siempre había localizado la verdad esencial de su vida en sus necesidades y coacciones. Me invitó a venir a su apartamento al cabo de una semana.

Cuando lo visité, me condujo por un largo corredor flanqueado por puertas cerradas. Nos sentamos ante sendos vasos de whisky en la silenciosa sala, provista de objetos antiguos y valiosos. Él notó mi curiosidad y me explicó que sus invitados ya estaban allí, cada cual en una habitación distinta, en el otro extremo del corredor. Me los describió brevemente y me aconsejó que me reuniera con la mujer que ocupaba la habitación contigua. Después de beber otro whisky, nos levantamos; él desapareció sin tardanza en un cuarto situado a la derecha del corredor, mientras yo me detenía, con aire aprensivo, ante la puerta que me había indicado.

Llamé dos veces, pero no obtuve respuesta. Abrí la puerta: los cobertores estaban dados vuelta; una lámpara de brillante luz, sobre la mesa de noche, iluminaba las paredes y el cielo raso cubiertos por centenares de fotografías de la misma mujer, todas tomadas aparentemente a lo largo de su carrera escénica. No seguían ningún orden cronológico: algunas subrayaban su cuerpo joven y liso, su desnudez exudaba sensualidad; en otras, se la veía gorda y arrugada; su cuerpo, a menudo vestido a medias, estaba fofo y torpe. Con una sola mirada, la examiné cien veces: voluptuosamente equilibrada sobre el escenario, a sus anchas en la intimidad de su habitación, petrificada en todos los gestos imaginables. Adondequiera miraba, me llamaba la atención el televisor colocado sobre la mesa, con la pantalla vacía, como si fuese extrañamente incapaz de soportar una imagen.

Salí del apartamento sin despedirme de mi anfitrión. En algún lugar del edificio, tocaban el violín. Mientras yo bajaba lentamente la escalera, la música parecía perseguir las motas de polvo que flotaban en la luz grisácea.

A los pocos días, volví a ver a aquel hombre. Me preguntó si me había divertido y me exhortó a volver pronto para conocer a sus demás amigos.

Ella nunca supo que yo era su amante aunque habíamos trabajado juntos durante largo tiempo en la misma oficina. Nuestros escritorios estaban en la misma habitación y a menudo, a la hora de almorzar, nos sentábamos el uno junto al otro en el bar.

Desde hacía cerca de un año, yo no la invitaba ya a cenar o a ir al teatro o a los demás espectáculos, a los cuales ella nunca quería asistir. Procuré obtener alguna información sobre ella de mis compañeros de trabajo, pero sabían menos que yo. Esa mujer nunca había tenido una amistad íntima con nadie en la oficina. Uno de mis compañeros afirmó haber oído decir que se había divorciado pocos años antes y que su único hijo vivía con su padre en el sur.

Comencé a seguirla. En cierta oportunidad, me pasé un sábado íntegro acechándola desde el vano de una puerta situada enfrente del edificio donde vivía. Esa tarde, salió de su apartamento y volvió alrededor de las siete. Antes de las ocho, volvió a salir y se encaminó hacia la calle principal. La seguí hasta que llegó a la plaza, donde llamó a un taxi. Volví a mi puesto de observación.

Esperé en el poco profundo vano de la puerta, hasta que la llovizna se trocó en persistente lluvia, empapándome la chaqueta. Después de medianoche, un taxi se detuvo ante la puerta y ella bajó, sola.

Cavilé sobre mi obsesión y sobre las absurdas vigiliass a las cuales me había llevado. Como, al parecer, no tenía probabilidades de llegar a ser su amante, decidí forjar un vínculo indirecto que me permitiera descubrir algo más sobre ella. Le hablé a uno de mis amigos, quien, supuse, podría establecer contacto con ella y deposité mi confianza en él. Mi amigo se mostró dispuesto a abordar la empresa y comenzamos

inmediatamente a urdir un plan factible.

Él empezaría por realizar negociaciones comerciales entre su empresa y la nuestra. Luego, haría investigaciones sobre ciertos productos que manejaba la sección donde trabajaba esa mujer. Dos días después, me comunicó que había concertado una cita de negocios para el día siguiente y que, según todas las probabilidades, negociaría directamente con ella.

Al verlo entrar en la oficina, me sentí en tensión. Sin mirarme, se dirigió hacia el jefe. Luego, le oí hablar con la muchacha.

Esa tarde, me anunció que todo marchaba bien y que había concertado una nueva cita. Después de esa segunda cita, ella aceptó su invitación a cenar.

Al cabo de una semana, la muchacha ya era su amante. Mi amigo me dijo que le era devota y estaba pronta a hacer cualquier cosa por él: se había trocado en su instrumento y, si yo estaba dispuesto a poseerla, podría arreglar el asunto. Agregó que ya le había exigido a la muchacha que se entregara algún día a otro hombre en prueba de su amor y lealtad a él. Le aseguró que ella nunca sabría la identidad del desconocido, porque sus ojos estarían vendados. Al principio, la muchacha se mostró indignada, asegurando que la humillaban e insultaban. Luego, me dijo mi amigo, consintió.

A la noche siguiente, fui en taxi a casa de mi amigo. Llegué demasiado temprano y tuve que caminar lentamente por la vecindad. Por fin, esperé en silencio junto a su puerta, escuchando. No oí nada y toqué el timbre: la puerta se abrió y mi amigo me indicó tranquilamente que entrara.

El centro del dormitorio estaba cubierto por una alfombra circular de lana blanca. Una lámpara proyectaba su luz, resguardada por una pantalla, sobre la mujer desnuda tendida allí: una ancha venda negra le cubría la mitad del rostro, desde la frente hasta la base de la nariz. Mi amigo se arrodilló junto a ella, acariciándola. Me hizo una seña. Me acerqué. De un fonógrafo, surgía una balada melancólica; la muchacha yacía inmóvil, sin adivinar aparentemente la presencia de un tercero en la habitación.

Miré los dedos de mi amigo, que se deslizaban laxamente sobre la piel de la muchacha. Mientras ésta se incorporaba a medias, buscándolo con las manos, él le murmuró algo. Ella, abatida, volvió a dejarse caer sobre la alfombra, ocultándole el rostro, arqueando la espalda y cruzando las manos como en procura de protección. Vacilé.

Pacientemente, él volvió a acariciarla. Las cuerdas del cuello de la muchacha se suavizaron y sus dedos se relajaron, pero no cedía. Mi amigo se levantó y, tomando su bata, fue hacia la puerta. Oí que hacía funcionar el televisor en la biblioteca.

Recordando que yo no debía hablar, miré el cabello revuelto de la muchacha, sus muslos nítidamente curvados, la redondeada carne de sus hombros. Sabía que, para ella, yo no era más que un capricho del hombre a quien amaba, una mera prolongación de su cuerpo, de su contacto, de su amor, de su desdén. Sentí que mi deseo crecía mientras estaba de pie junto a ella, pero la conciencia del papel que

desempeñaba prevalecía sobre mi deseo de poseerla. Para superar esto, traté de recordar las imágenes de aquella mujer que me habían excitado con tanta frecuencia en la oficina: una axila vislumbrada por la abertura de su blusa sin mangas, el movimiento de sus caderas dentro de los límites de su falda.

Me acerqué más a ella: se resistió, pero no se apartó. Comencé a tocarle la boca, el cabello, los senos, el vientre y acaricié sus carnes hasta que gimió y alzó los brazos en un gesto que podía ser de rechazo o de invitación. Me dispuse a tomarla, con los ojos cerrados para borrar su desnudez, rozándole con la cara la lisa venda.

La penetré bruscamente: no se resistió. Con un movimiento al principio tímido y luego casi apasionado, sus manos me atrajeron, oprimiendo mi cabeza contra su pecho. Su cabellera suelta se esparció alrededor de su cabeza, su cuerpo se puso en tensión, sus labios se entreabrieron en un asombro sin voz. Nuestros cuerpos se estremecieron: me dejé caer a su lado.

Quedó rígida, con las manos entrelazadas piadosamente sobre el pecho como la efigie medieval de una santa. Estaba fría y envarada e inmóvil: sólo su crispado semblante no se había rendido aún a la calma que reinaba ahora en su cuerpo. El sudor que cayera entre sus contraídas cejas le manchaba la venda.

Entré en el cuarto de baño, haciéndole al pasar una señal a mi amigo. Me vestí y salí del apartamento. Cuando llegué a casa, me arrojé sobre la cama. Instantáneamente, mi imagen de ella se dividió en dos: la mujer de la oficina, vestida, indiferente, que iba de aquí para allá, y la muchacha desnuda y de ojos vendados, que se entregaba por orden de otro hombre. Ambas imágenes eran nítidas y rotundas... pero se negaban a fundirse entre sí. Durante horas, se desalojaron y sustituyeron mutuamente.

Durante la noche, me desperté varias veces, sin poder recordar la forma o el movimiento de su cuerpo, pero recordando vívidamente los menores detalles de su ropa. Me parecía que la desnudaba eternamente, dificultado siempre por montañas de blusas, faldas, cinturones, medias, abrigos y zapatos.

Poco después de la guerra, lo recuerdo, yo acostumbraba cazar mariposas. Un sector de la ciudad había sido destruido por los bombardeos y la gente ya no vivía allí. Entre las ruinas, en zanjas malolientes atestadas de objetos amorfos que habían sido utensilios domésticos, bandas de gatos libraban una guerra contra hordas de ratas famélicas. Aquí y allá, entre pilas de madera que se pudría y de escombros, entre cenizas de casas desventradas, las cizañas y las flores pugnaban por liberarse de los mohosos montones de barro y ladrillo, estallando en repentinas puñaladas de verdor. Como jirones rebeldes de un arco iris, las mariposas volaban en enjambre, a buena altura, junto a las paredes ennegrecidas. Mis amigos y yo las capturábamos, por docenas, con nuestras redes caseras. Eran más fáciles de atrapar que los gatos

extraviados, los pájaros y aun las ratas feroces, hambrientas.

Cierto día, pusimos algunas mariposas en una gran jarra de vidrio e invertimos ésta, con el ancho gollete sobre el borde de una vieja mesa destartalada. Dejamos un espacio libre suficiente para que entrara el aire, pero hartito pequeño para que huyeran las mariposas. Limpiamos cuidadosamente el vidrio. Al principio, sin notar su encierro, las mariposas trataron de atravesarlo. Chocando, revoloteaban dentro de la jarra como flores recién cortadas que la mano de un mago acababa de desprender de sus tallos y que empezaban a vivir una vida propia. Pero la invisible barrera las mantenía a raya, como si el aire se hubiese vuelto rígido a su alrededor.

Cuando habíamos llenado casi la jarra de mariposas, pusimos fósforos encendidos debajo del borde. La llama azul se elevó lentamente en torno de aquellos vibrantes capullos vivos que se movían dentro. Al principio, pareció que cada fósforo nuevo no añadía muerte sino vida a la masa de pétalos vivientes, porque los insectos volaron con creciente rapidez, chocando entre sí, haciendo caer el polvillo de color de sus alas. Cada vez que el humo empañaba el vidrio, las mariposas volvían a girar en frenéticos remolinos. Apostamos acerca de cuál de ellas podría luchar durante más tiempo contra el humo, acerca de cuál podría sobrevivir a mis fósforos. El ramillete que estaba debajo del vidrio palidecía cada vez más y cuando el último de los pétalos hubo caído sobre la pila de cadáveres, levantamos la jarra y quedó al descubierto una paleta de manojos sin vida. La brisa disipó el humo... Algunos de los cadáveres parecían temblar, prontos a volar de nuevo.

En los alrededores de la ciudad había una vieja fábrica abandonada. Estaba cerrada desde hacía años; no le quedaba un solo cristal intacto. En ninguno de sus pisos quedaba ya equipo; hasta los cables eléctricos habían sido arrancados. Yo dormía en el edificio sin que me molestara nadie. La fábrica era custodiada de noche por un viejo sereno que ignoraba que yo vivía allí: su hábito de patrullar el patio desde el anochecer hasta las primeras horas de la mañana lo inducía a no entrar al edificio. A pesar de la escasa atención que le dispensaba a todo lo que había a su alrededor, su presencia me molestaba.

El sereno no tenía otro sitio para dormir que el ancho vano de una puerta, donde ponía a menudo su silla y se mecía. Adiviné que ni siquiera pensaba en la fábrica. Era muy posible que estuviese allí simplemente porque no tenía un lugar mejor adonde ir...

Una noche, yo no podía dormir y observé cómo caminaba por el patio, deteniéndose por momentos para encender su pipa. Me pregunté si se le había ocurrido alguna vez que acaso no estuviese solo.

Sobre el piso y la escalera había muchas botellas de cerveza vacías abandonadas. Alineé silenciosamente varias junto a la ventana, observando cuidadosamente el patio

y al sereno.

La primera botella se hizo añicos a pocos pasos de él; el viejo dio un salto y, gritando, huyó al vano de la puerta. De los bidones de aceite vacíos surgían saltando gatos asustados. Luego, volvió a reinar el silencio.

¿Qué podía hacer el viejo, ahora? Podía quedarse en el vano de la puerta, oculto a mi vista y pronto a defenderse de nuevas agresiones y esperar allí la mañana. O bien abandonar de inmediato la fábrica. En vez de hacerlo, salió de allí y comenzó cautelosamente a caminar en zigzag, como si tratara de desorientar a mi puntería. Luego, se inclinó con rapidez para examinar los vidrios rotos que yacían en el suelo. Escudriñó las sombras que lo rodeaban, asustado o acaso comprendiendo la posibilidad de un nuevo ataque, pero no pudo precisar de dónde provenía la botella. Luego, pareció serenarse y, volviendo a cargar la pipa, reanudó su recorrido.

Volví a apuntar cuidadosamente, haciendo caer la segunda botella a sus pies. Al romperse, ésta ahogó su grito. El viejo corrió hacia el vano de la puerta, pero esta vez regresó con la misma rapidez, moviendo espasmódicamente la cabeza.

Era evidente que no se ocultaría. Sin duda, había comprendido que el hecho de estar parado en el centro del patio lo convertía en un blanco perfecto. Cuando otra botella se rompió a pocos pasos de él, saltó hacia atrás, pero logré ubicar la siguiente detrás mismo de sus talones. Se escurrió al refugio de la puerta. Allí, bien oculto, esperó otro movimiento mío. Sólo su pipa brillaba en la oscuridad.

¿Qué había pensado sobre su enemigo? Seguramente, adivinaba que su vida estaba amenazada y que su torturador lo observaba desde una de las altas y sombrías ventanas que daban sobre el patio. Sabía que una de esas botellas lo podía matar.

Las tinieblas reinaron en el vano de la puerta hasta que su fósforo volvió a brillar. Lenta, casi imperceptiblemente, el sereno comenzó a avanzar a lo largo de la pared hacia el centro del sector sembrado de escombros.

Apunté y tiré tres botellas a un tiempo. Una de ellas debió de acertarle en la espalda, porque profirió una sonora blasfemia, retirándose a una callejuela que estaba fuera de mi alcance. Le oí pasearse, golpeando el suelo con su bastón, irritado. Inesperadamente, volvió a ponerse al alcance de la batería. Esperé, mientras él apartaba los fragmentos de vidrio con el bastón y les asestaba displicentes puntapiés, silbando una vieja marcha de los soldados de caballería.

Disparé dos botellas a un tiempo. El viejo no se retiró: saltó a un lado con los ágiles movimientos de un esgrimista. Las botellas siguientes ni siquiera se le acercaron: agitó su bastón en burlón saludo. Hice otro ensayo, pero marré el blanco. A esta altura, el sereno ya hacía caso omiso de mis ataques. Sólo las chispas que brotaban de su pipa revelaban su posición. Mientras disponía las botellas restantes como si fueran granadas, calculé muy cuidadosamente la distancia.

Al día siguiente, los periódicos informaron que un viejo había sido alcanzado por una botella de cerveza arrojada por un agresor desconocido, muriendo en el acto. Se había empleado como sereno cuando la fábrica funcionaba aún, negándose a retirarse

después de la clausura. Antes, había cumplido una larga condena en la cárcel por haber desertado del ejército durante la guerra.

El taxi avanzó con rapidez por las calles de la capital, dejó atrás los edificios del partido, la Universidad con su históricas estatuas, los museos y los rascacielos modernos y franqueó el puente tendido sobre el río. Yo me dirigía al aeropuerto. Comprendí que veía por última vez lo que estaba viendo.

Dispersos en torno de esos edificios, suspendidos como avispas entre esos monumentos, había veinticuatro años de mi vida. El saberlo no me causaba emoción: lo mismo podían haber sido veinticuatro días o veinticuatro siglos. Mi memoria, desgarrada y desapareja, parecía un viejo camino sembrado de guijarros.

El aeropuerto. Fiscalización del pasaporte. El asiento de pana del avión. El despegue. Seguí meditando que mi cuarto de siglo había estado esperando esa partida, que el tiempo en el cual yo penetraba ahora era inconcebible. Ahora, llevado por el aire, me inquietó la idea de que yo no había hecho nada, en los últimos años, para tornar más real mi inminente llegada a otro continente. Sólo la partida tenía realidad. Me sentía engañado y robado: tantos años sólo me habían llevado a un asiento de avión.

Si yo hubiese podido mantener a aquel aparato permanentemente en el cielo, desafiar a los vientos y a las nubes y a todas las fuerzas que lo empujaban hacia arriba y lo arrastraban hacia la tierra, lo habría hecho de buena gana. Me hubiera quedado en mi asiento con los ojos cerrados, esfumadas toda mi fuerza y mi pasión, mi espíritu sereno como una percha debajo de un sombrero olvidado y me hubiera quedado allí, intemporal, indimenso, no juzgado, sin molestar a nadie, suspendido eternamente entre mi pasado y mi futuro.

El avión aterrizó y se deslizó hasta detenerse frente al edificio de la terminal. Me puse el sobretodo de piel. Aunque estábamos en invierno, seguía cayendo una tibia lluvia primaveral.

El sobretodo era espléndido, de piel de lobo siberiano, suave y plateado, con un enorme cuello y grandes mangas colgantes. Yo lo había comprado en un pueblecito situado en plena estepa. Recordaba que el hombre que me lo vendió había intentado convencerme de que sólo con un abrigo semejante se podía atrever uno a cruzar el polo norte, que sólo en los países occidentales podía uno permitirse algo semejante.

Para llegar del avión al edificio, había que cruzar un trecho al aire libre: con cada paso, mi sobretodo se volvía más pesado, la lluvia lo empapaba cada vez más.

Recorrí el largo corredor que llevaba hasta el «control» aduanero, dejando detrás

de mí una estela de agua. Los demás pasajeros me miraban absortos, con curiosidad. Ningún otro usaba un sobretodo de piel y se me ocurrió que el vendedor de la estepa había exagerado considerablemente las riquezas de Occidente. Tomé mi maleta, cargada de diccionarios y me disponía a cruzar la sala de espera principal cuando la manija se desprendió repentinamente y la maleta cayó al suelo, reventando como una almeja gigantesca, vomitando su contenido. La gente irguió bruscamente la cabeza, los niños se echaron a reír.

La hostería para gente joven estaba atestada. El gerente, cuando lo hube sobornado con varios rollos de películas, me dejó dormir en un taller sin ventanas contiguo al cuarto de la caldera. De noche, cuando los mecanismos automáticos hacían funcionar la caldera, el agua caliente comenzaba a fluir impetuosamente por las cañerías y a rezumar por las paredes, llenando el aire de un calor radiante. Mi abrigo, pesado aún a causa de la lluvia del día, despedía vaharadas de vapor, como si lo oprimieran con una plancha. Al principio, se secó el cuello, luego los hombros, después la espalda y, finalmente, los puños y la parte delantera. Al desaparecer el último indicio de humedad, encogió y se tornó rígido, endurecida la piel por los manojos apelotonados y adheridos entre sí. Casi simultáneamente, pareció que ya no quedaba aire en la habitación. Mi boca y mi nariz estaban resacas: me revolvía sobre mi jergón.

Cada mañana, yo confiaba en que la nieve y la escarcha vendrían para salvar a mi sobretodo de la muerte, para insuflar nueva vida a sus caídos hombros, para estirar sus mangas y dar nuevo brillo a su antaño reluciente espalda.

Yo no tenía otro sobretodo que ponerme cuando salía a buscar trabajo. Durante los días siguientes, llovió: la piel se estaba apelotonando poco a poco.

Yo me pasaba el día ofreciendo mis servicios en el barrio, pero, como apenas sabía hablar el idioma, no me ofrecían ninguno. Había vendido mi último rollo de película para permitirme una cena. Caminaba por las calles, cada vez más fascinado por los escaparates llenos de alimentos. Estaba famélico.

La comida abundaba en todos los almacenes y supermercados, pero ninguno estaba lo bastante atestado de gente pura dar cabida a un ladrón hambriento con un sobretodo de piel. Además de los vendedores, había espejos panorámicos colgados estratégicamente de los cielos rasos, donde yo me veía grotescamente ampliado o aplastado como una fuente sobre un fondo de frutas exóticas. Me sentía muy inclinado a robar una manzana o un panecillo, pero no me animaba a hacerlo. Renunciaba a ello y salía de los almacenes, mientras los compradores, divertidos, me miraban.

De noche, en las tiendas se agolpaba más gente. Yo me sentía cada vez más hambriento y más audaz. Vagabundé por un gran supermercado, husmeando sus olores, tratando de no rozar a los demás clientes con mi húmedo sobretodo, al acecho de algún alimento nutritivo lo bastante pequeño para ocultarlo. Se me ocurrió que unos botes que tenía delante podían ser escondidos en la palma de la mano y

arrojados luego rápidamente al bolsillo delantero superior de mi abrigo. Recorrí con los dedos uno de esos fríos objetos, levanté la mano hasta mi mentón y dejé caer el bote directamente al bolsillo por entre mis dedos doblados. Salí del almacén con aire muy sereno. En los días siguientes, visité muchos almacenes. Conociendo su valor para restaurar energías, sólo robaba caviar negro.

Me reclutaron para desprender la pintura y la herrumbre de un barco que iban a calafatear. El que me contrató dijo que debíamos hacerlo de noche, porque era ilegal que hombres que no pertenecían al sindicato trabajaran en el barco. Explicó que el sindicato no se quejaba mientras les asignaran a sus cuadrillas de trabajo las tareas menos exigentes y mejor remuneradas. No se podía empezar a pintar antes de haber quitado las viejas capas de pintura y raspar la pintura era algo que estaba muy por debajo de la dignidad de los obreros del sindicato cuando se podían conseguir trabajos mejores.

De noche, nos llevaban al barco en grandes cuadrillas. Los reclutas eran siempre inmigrantes recién llegados, siempre pobres, a menudo indigentes. Muchos de ellos habían entrado en el país ilegalmente o tenían otros motivos para eludir a las autoridades. Nos pagaban un tercio de la tarifa usual, pero yo sentía alivio al recibir dinero con regularidad.

Aunque el barco estaba amarrado en el muelle, se balanceaba cuando tironeaban de él las corrientes marítimas propias del invierno. No nos daban botas ni ropa de trabajo. Sólo recibíamos formones anchos y martillos. Teníamos que desprender la pintura de modo que las escamas no cayeran sobre nuestros compañeros de tarea. Mientras yo trabajaba, los trocitos caían sobre mi rostro y mi ropa.

Suspendidos en nuestros balsos, nos balanceábamos a buena altura sobre las aguas, oscilando al soplar los helados vientos del mar. Los ojos de buey del barco estaban oscuros; cada vez que yo atisbaba en uno de ellos, ansiaba estar en aquel camarote. Quería ser el único pasajero del barco desierto, protegido por todos lados por muros de acero, y poder dormir y luego despertar en algún mar lejano, mi identidad desaparecida, mi lugar de destino inexistente.

Trabajaba con mi sobretodo de piel puesto y pronto esa prenda ostentó muchas partículas viscosas de pintura, tornándose cada vez más rígida y pesada. Por la mañana, temprano, yo volvía a mi cuarto recalentado. El calor, que se mezclaba con el olor de la pintura, me dejaba débil y con náuseas. Yo desprendía del sobretodo las escamas de pintura antes de dormirme, confiando en quitarlas mientras no se habían endurecido. Pero siempre estaba hartado agotado y no me alcanzaba el tiempo.

Más tarde, cuando quería salir, encontraba más oposición en mi sobretodo. Sus mangas se resistían a que entrasen mis brazos, sus bolsillos parecían sellados contra mis manos. Cuando cruzaba el sobretodo encima de mi pecho, la parte delantera

crujía, en señal de protesta.

El reclutador me pidió que le entregara un sobre a uno de mis compañeros de trabajo. El nombre y la dirección estaban escritos con caracteres extranjeros. Yo no conocía ese idioma, pero sí su alfabeto y sabía leer palabras sueltas. Subí a bordo y grité el nombre, tratando de pronunciarlo correctamente.

Un hombre vino a reclamar el sobre, hablándome en un idioma desconocido para mí. Hice gestos de que no comprendía. Volvió a hablar. No sé qué dijo. Se fue y volvió a los pocos minutos con tres hombres; todos ellos me rodearon, hablando con excitación. Traté de explicarles que no los comprendía, pero no me quisieron creer. Advertí que me creían uno de ellos, pero hartos avergonzados de serlo para admitirlo.

Me empujaron de aquí para allá. Aunque el sobretodo me protegía de sus golpes, temí que me arrojaran al mar y que mi pesado abrigo me ahogase. Ya me veía en el fondo de las aguas, cubierto por mi sobretodo a modo de mortaja. Mientras ellos me seguían golpeando, los botones saltaron y mi abrigo se abrió en las costuras. En ese momento, apareció el reclutador y mis atacantes retrocedieron. Me levanté, oprimiendo contra mi cuerpo los colgantes jirones de mi sobretodo. El reclutador dijo que yo era un perturbador que estaba causando dificultades: tuve que bajar del barco y no volver más allí.

Trabajé en un *parking* de estacionamiento largo y angosto y viví de las propinas que recibía. Cierta día, un hombre volvió para retirar su lujoso automóvil extranjero. Cuando se lo traje, me preguntó cuál era mi país de origen. Luego, me indicó que subiera al automóvil con él y preguntó sin ambages si me gustaría ganar un poco de dinero. Me mostró un rollo de billetes y dijo que, si yo era despierto, podía ganar ese dinero, para comprarme un automóvil como el suyo y me sobraría lo suficiente para tener durante una semana a una muchacha en el mejor hotel de la ciudad.

Después de haberme interrogado sobre mi vida, dijo que también él había sido en otros tiempos un recién llegado a aquel país. La mayoría de las personas sabían ahí dónde estaba el dinero, pero ignoraban la manera de conseguir su parte. A unos pocos, como él, les sobraba el dinero. Agregó que, en el mundo de hoy, resultaba difícil gastar mucho dinero, a menos que uno pudiera justificarles su origen a las autoridades impositivas. Tenía que tratarse de un negocio legítimo, subrayó, a través del cual se pudiera hacer pasar el dinero para que pareciese limpio.

Sacó del bolsillo un billete de banco: era lo suficiente para que yo viviera tres meses. Lo rasgó en dos mitades y me dio una, diciéndome que recibiría la otra si entregaba un mensaje. Me explicó que cerca del *parking* había un restaurante, cuyo dueño era un viejo con dos hijas. Al viejo lo habían abordado varias veces personas interesadas en comprarle el restaurante o en ser sus socios. Pero él no quería aceptar sus ofertas.

Como el viejo provenía del mismo país que yo, mi patrón en ciernes confiaba en que su oferta sería más convincente si yo la transmitía. Le parecía que mi aspecto era muy persuasivo. El mensaje consistía simplemente en pedirle al viejo que se asociara a un primo de mi patrón. Si el viejo consentía, obtendría una parte cómoda de las utilidades. Le bastaría con llamar por teléfono al número que yo le daría y todo quedaría arreglado. Si se negaba, yo le diría que no tenía otra alternativa... si amaba a sus hijas. Comprendí inmediatamente que la finalidad de aquella sociedad era lograr que el restaurante pareciese más lucrativo de lo que era en realidad, permitiendo así que pasara a través de los libros un dinero ganado ilegalmente.

Fui a ver al viejo. En el restaurante, sólo vi a una mujer que lavaba el suelo y le dije que quería hablar con el propietario. Lo llamó. Cuando lo saludé, reconoció inmediatamente mi acento y observó que, sin duda, proveníamos de la misma región.

En primer lugar, le dije que traía un mensaje de alguien que trataba de ayudarlo. Me respondió que no necesitaba ayuda de desconocidos. Durante la última guerra, a su esposa, paralítica, la habían ayudado a subir a un tren que partía con destino a un campo de concentración. Los que la ayudaban eran hombres jóvenes y bien dispuestos y de pulcros uniformes, dijo. No quería ayuda de desconocidos, repitió. Entonces, de acuerdo con mis instrucciones, le pregunté por sus hijas. Sus labios perdieron el color.

—¿Por qué habla de mis hijas? —preguntó. Nada tienen que ver con mi negocio. ¿Cómo está enterado de su existencia?

—El hombre que me ha mandado no distingue entre su familia y su negocio —dije. Me habló de sus hijas: la más joven va a la escuela todas las mañanas y la mayor cruza la avenida para tomar sus lecciones de piano. Él hasta sabe qué dentista las atiende.

El viejo se levantó, temblando.

—¡Llamaré a la policía! —gritó, pero no se apartó de la mesa.

—No hará semejante cosa —dije. La policía está formada por gente joven y bien dispuesta y de pulcros uniformes. ¿Cree usted que esa gente acompañará todos los días a sus hijas a la escuela, al consultorio del dentista, a casa del profesor de música? Dígamelo.

Él seguía sentado, inmóvil, con el rostro oculto entre las manos.

—El hombre que me ha enviado ama también la música —continué. Me dijo que sería una lástima si su hija se estropeara las manos y no llegara a ser una concertista. También dijo que un viejo que ha perdido a todos sus parientes no debe anteponer un restaurante a sus hijas.

El viejo callaba. Mientras esperaba, oí la música de un piano en el piso alto. Él notó mi atención.

—Mi hija será algún día una gran pianista —dijo. Para ella, la música significa más que las palabras.

Meditó y continuó:

—Deme el número telefónico de ese hombre. Lo llamaré. Tendré que aceptar a ese socio.

Por la mañana, como de costumbre, yo estaba en el *parking*. A mediodía, llegó mi flamante patrón.

—Ha hecho usted un buen trabajo —dijo. Algún día será abogado o dueño de un restaurante, también.

Entre sus dedos tenía la mitad restante del billete de banco.

Un año después, poco más o menos, fui a ver a mi peluquero favorito. Acababa de llegar al país y de instalar su negocio. Era un establecimiento alegre y limpio y se podía ver su interior por la gran ventana que daba a la calle. Mi peluquero parecía en tensión y perplejo: no quería afeitarme, dijo, porque estaba demasiado nervioso. Sospeché que sucedía algo y le sugerí que fuéramos a un café y conversáramos.

Mientras almorzábamos, me reveló lo ocurrido. Pocos días antes, un visitante le había traído un mensaje: el escaparate de su negocio necesitaba protección. Si se negaba a pagar, lo destrozarían los bribones del barrio. El peluquero dijo que trabajaba desde hacía más de un año y que nunca había tenido la menor dificultad... ¿Por qué querrían ellos destrozarle el escaparate, ahora? De todos modos, tenía un seguro que le pagaría todo lo roto. Pero el visitante insistió en que conocía a algunos jóvenes que recorrían el barrio de noche en motocicletas tirando ladrillos contra los escaparates de ciertos establecimientos; naturalmente, hasta la más generosa de las compañías de seguros no pagaría una y otra vez las vitrinas destrazadas; además, la reparación de los daños causados haría más lenta la marcha de los negocios. Por lo tanto, el visitante le propuso al peluquero que se suscribiera al servicio de protección extraoficial del barrio, como ya lo habían hecho muchas pequeñas empresas. La cuota mensual que debía pagar se basaba en la estimación de los beneficios de su negocio. Su protección le costaría más de la mitad de sus ingresos netos. Tenía una semana para decidirse.

—¿Qué se propone hacer? —le pregunté.

—No puedo pagar. Mi esposa está embarazada. Sé que la policía no podrá protegerme durante mucho tiempo. Perderé la batalla. Tendré que vender mi negocio.

Comprendí, inmediatamente, que el peluquero no sabía cómo luchar y le dije que yo le podría solucionar el asunto si me asociaba a su negocio. Al principio, no quiso creerme, pero le seguí explicando. Luego, lo llevé al banco y al estudio de un abogado para que redactara el contrato de sociedad. A fines de semana, yo era su socio legalmente. Entonces, el peluquero le dijo al hombre que se ocupaba de la protección de negocios que hablara conmigo.

Éste me habló por teléfono y se presentó. Cuando le pregunté desde dónde me llamaba, dijo que estaba en su automóvil, frente a mi casa de apartamentos. Miré por la ventana: un hombre con un receptor telefónico en la mano me hacía gestos desde un coche deportivo. Volví al teléfono y lo invité a subir. Subió.

—¿Le gusta mi automóvil? —preguntó. Es hermoso... ¿verdad?

Le respondí que admiraba el auto.

—Da una gran sensación de poder —dijo. Uno sube a él con una hermosa mujer a su lado y hace funcionar el motor; cuando suelta el embrague, el automóvil se pone en marcha con tanta rapidez que, si uno tiene la mano sobre la rodilla de la muchacha, ella siente de pronto esa mano mucho más adentro.

Mi visitante paseó la mirada a su alrededor, se sentó y apartó los libros que estaban sobre la mesa.

¿A qué vienen todos estos libros? —preguntó. Yo tenía entendido que usted mejoraba la cabeza de la gente por fuera.

Le contesté que la peluquería sólo era un «hobby» mío reciente, así como los autos deportivos, probablemente, eran un nuevo «hobby» suyo. Le comuniqué que yo no tenía intenciones de pagar por la protección y que confiaba en que el escaparate de mi peluquería se conservaría intacto.

Luego, en su presencia, le hablé por teléfono al hombre que había usado mis servicios en el asunto del restaurante. Reconocí inmediatamente su voz cuando atendió el teléfono, pero debí recordarle cuándo y cómo nos habíamos conocido. Le dije que me había dedicado a los negocios, que no me había hecho abogado o siquiera dueño de restaurante, tal como él me lo sugiriera, sino, simplemente, socio de una pequeña peluquería que se veía amenazada. Le pedí que me ayudara como le había ayudado yo antaño. No sabía si él estaba en contacto con los que les imponían su protección a las peluquerías. Si no quería ayudarme, agregué, y me destrozaban la vitrina, yo les haría a él o a su primo o a las familias de ambos lo que proyectara hacerles él antaño a las hijas del viejo dueño del restaurante. Yo no tenía hijos ni familia, continué, pero había sido francotirador en el ejército. Conocía muy bien la ciudad y aunque perdiera la partida eventualmente, sería una víctima muy costosa.

No esperé su comentario y le indiqué a mi visitante que se acercara al teléfono. Un poco desconcertado, aquél tomó el receptor. Los dos hombres hablaron un rato en un idioma extranjero. No sé qué dijeron, pero mi visitante se marchó al cabo de un minuto, sin decirme una sola palabra.

Vi al día siguiente a mi socio y le conté lo ocurrido. El peluquero estaba, aún, perplejo y asustado. Transcurrieron las semanas. En el barrio destrozaron varios escaparates, pero el nuestro quedó intacto. Al cabo de algún tiempo, disolvimos silenciosamente nuestra sociedad.

Aquel hombre tocaba la batería en la pequeña orquesta que era la atracción principal del restaurante vecino. Yo iba allí a menudo y él debió de notar que yo estaba solo, porque una noche, en un intervalo entre dos piezas musicales, se me acercó y me preguntó si podía hablar conmigo. Dijo que sabía que yo buscaba trabajo y él tenía algo que ofrecerme. Explicó que tocar la batería sólo era un «hobby» suyo y

que, durante el día, guiaba un camión. Después de tocar la batería durante toda la noche, prosiguió, estaba demasiado fatigado para guiar el camión bien despierto. No quería perder su empleo estable y adecuadamente remunerado de conductor, pero tampoco el de la orquesta. Me preguntó si yo estaba dispuesto a guiar de vez en cuando el camión por él y dijo que me pagaría bien.

Vino a buscarme a la mañana siguiente, temprano, para enseñarme a guiar el camión. Era un vehículo enorme, con una cabina de seis ruedas y un remolque con cuatro juegos de ruedas. Cuando yo hacía virar el camión, el remolque se resistía como si tuviese vida propia, aferrándose implacablemente a su camino como el cuerpo rígido de una enorme serpiente. El aprendizaje para guiar el camión me llevó todo el fin de semana.

El lunes, ya trabajé solo. La estación de servicio del camión estaba en los alrededores de la ciudad. Tenía mi propia población fluctuante de mecánicos, cargadores, despachantes y chóferes. Fui directamente hacia el camión, verifiqué los neumáticos y los frenos, calenté el motor y, después de haber estudiado mis planos, salí con él a la calle.

Yo debía transportar sombreros de una fábrica a tiendas dispersas por toda la ciudad. Me aterrorizaban no sólo las dimensiones del vehículo, sino también las avenidas que se salían repentinamente de los límites del tráfico comercial, las calles que se volvían demasiado angostas o congestionadas para cruzarlas, las plazas temporalmente clausuradas, los niños, los solares con construcciones, todo.

Cada vez que me detenía a verificar mi plano o a pedir instrucciones, el tráfico se detenía también detrás de mí; cualquier tentativa de retroceder podía paralizarlo a lo largo de kilómetros y atraer a una patrulla policial.

Guié el camión a través de las densas calles; mi atención se concentraba alternativamente en lo que tenía delante y en lo que sucedía en la retaguardia. Tenía que calcular las distancias por adelantado y apreciar los espacios disponibles para hacer virar la cabina y el ancho arco del remolque. No podía confiar en nadie: y menos que nada, ciertamente, en los escorzos de los paseantes que veía en los espejos laterales o en los transeúntes que cruzaban las calles o bajaban de las aceras delante mismo de mi camión.

Por fuerza, el camión y yo nos convertimos en un solo ser. Comencé a sentir con mi cuerpo el espacio existente entre los neumáticos traseros y el borde de la acera y el que mediaba entre el camión y las bicicletas precariamente estacionadas. Sabía qué rueda aplastaría una lata de cerveza vacía y podía calcular la pulgada que mediaba entre el guardabarros delantero y el uniforme de un policía que dirigía el tráfico. Descubrí que guiar el camión tenía algo en común con lo que experimentara yo con los esquíes. Tuve que proyectarme a mí mismo más allá de mi cuerpo en un movimiento que no había empezado aún, pero ya era inminente e irreversible.

Una mañana, antes de cruzar el distrito comercial, noté un automóvil que me seguía sin cesar. Temí que me vigilara la policía o un empleado del sindicato. Cuando

disminuía la velocidad, pasó el automóvil, y el que lo guiaba, un negro, me indicó que me detuviera. Cuando lo hice, se me acercó y me dijo que le gustaba mi manera de guiar: lo impresionaban mi confianza en mí mismo, mi velocidad y mi dominio del volante. Quería que yo fuese su conductor y estaba dispuesto a pagarme el doble de lo que yo ganaba en ese momento. Miré su rostro franco y el mullido interior de su automóvil.

Lo único que quería de mí, continuó, era que yo guiara el automóvil con tanta rapidez y habilidad como el camión. Pero tenía otro motivo para contratarme. Explicó que eso no se debía al hecho de que yo fuese blanco y él negro, sino, más bien, a la circunstancia de que él y sus socios se reunían con regularidad en el auto para discutir sobre negocios importantes. Era necesario mantener en movimiento el coche durante esas reuniones para impedir que espíaran otros a quienes él llamaba «los demás individuos». Explicó que su negocio era de tal carácter que ningún extraño debía tratar de comprenderlo. No sólo quería que yo mantuviera el automóvil en marcha durante esas reuniones, sino también que lo guiara a gran velocidad y muy cerca de los demás vehículos, dándoles a sus socios la impresión de un choque inminente. Esto, confiaba él, los asustaría, obligándolos a prestarle menos atención que de costumbre. Sin duda, arguyó, su orgullo no les permitiría dejarle vislumbrar su temor a un hombre blanco.

Acepté la oferta. El automóvil respondía a mis movimientos de una manera espléndida y pronto me habitué a su poder y a su comodidad. Mientras viajaba por la ciudad con mi nuevo patrón, éste hacía comentarios sobre mi modo de conducir, alentándome a aumentar la velocidad y a correr más riesgos aún, dejando atrás a los demás automóviles.

Después de horas de práctica, mi velocidad y la proximidad de mis maniobras al pasar a los demás vehículos ya no suscitaban críticas de mi patrón. Varias veces hasta perdió la serenidad, levantando las manos como para protegerse de un choque seguro. No podía creer que el automóvil saliese intacto.

Una mañana, pasamos a buscar a sus socios. Cuando se hubieron sentado atrás, mi patrón me dio sus instrucciones y la orden de emprender la marcha.

Guié a gran velocidad. Los pasajeros se aferraban al asiento delantero y miraban con incrédulo horror, fijamente, por las ventanillas. Mi patrón estaba sentado a mi lado, relajado y mirando de soslayo a los demás, mientras dejaba descansar con toda despreocupación el brazo sobre el tablero de los instrumentos. Luego, empezó la discusión. A juzgar por las repentinas interrupciones y las largas pausas, sus invitados estaban harto asombrados por su difícil situación para concentrarse en los negocios. Yo esperaba que me pidiesen que disminuyera la velocidad o me dieran instrucciones de guiar con más cuidado, pero cada vez que miraba el espejo retrovisor advertía muecas de fingida serenidad.

Cuando concluyó la conferencia, mi patrón me ordenó que detuviera el automóvil. Bajé y abrí la portezuela. Los pasajeros salieron, sudorosos e

impresionados. Ninguno de ellos me miraba.

Dijo que estaba seguro de que yo podría ganar dinero y me siguió explicando la diversión que eso implicaba. Era algo que se llamaba «hacer caer los libros». Las exigencias del certamen eran simples: los conductores debían ponerse de acuerdo sobre la ruta. Por lo general, se elegía una calle de un solo sentido, con automóviles estacionados a un lado o a ambos lados. Los jueces ataban libros escogidos por su peso a los flancos de los coches estacionados en la calle prefijada. Eran de dos o tres pulgadas de ancho y los sujetaban a la altura del parachoques; ninguno de los competidores sabía por adelantado a qué automóviles ataban los libros. Luego, los conductores esperaban en sus coches a dos esquinas de la ruta, se ponían en marcha uno tras otro, obedeciendo a la señal del juez. Cuando les hacían esa señal, debían guiar por la ruta a una velocidad mínima de ochenta kilómetros por hora y mantenerse lo bastante cerca de los automóviles que tenían libros sujetos para que el parachoques de su coche desalojara a todos los competidores posibles.

El cronometrador le tomaba el tiempo a cada volante y el juez contaba los libros caídos. Al conductor que hacía caer más libros lo declaraban ganador.

Los propietarios de los coches que intervenían en la competencia aportaban un premio en efectivo. Esto, junto con las sumas reunidas con las apuestas, se repartía entre el ganador y el propietario del automóvil.

Mi patrón me dijo que confiaba suficientemente en mi destreza para patrocinarme como conductor de su nuevo y costoso coche. Estaba seguro de que éste provocaría apuestas más altas en su contra, ya que los demás confiarían en que el conductor obraría con más cautela para evitarle daños a un vehículo tan caro. Me garantizó el tercio usual de la apuesta, pero me previno que, si yo perdía tres veces, dejaría de patrocinarme.

Dada la velocidad de los automóviles y los daños que causaban, esas carreras eran ilegales. Se realizaban furtivamente de noche, en calles mal iluminadas de poco tráfico y que rara vez patrullaba la policía.

Al llegar con mi patrón para nuestra primera carrera, vi la calle llena de espectadores. El juez y sus ayudantes habían sujetado ya libros a los automóviles estacionados, parachoques contra parachoques, a lo largo de la misma.

Los conductores allí reunidos se estrechaban la mano y saludaban al juez. Los espectadores examinaban los coches que nos disponíamos a conducir y hacían sus apuestas finales. El juez arrojó una moneda al aire para decidir en qué lado de la calle correría cada conductor. A mí, me tocó guiar en el lado derecho, el más alejado de mi línea visual.

El primer conductor partió: oí el chirriar de los neumáticos y el ruido sordo de los libros cuando su auto los hizo caer. El juez los contó y los ayudantes los volvieron a

sujetar a distintos coches. Entonces, me tocó el turno.

Mis focos proyectaban su luz sobre los relucientes parachoques de los automóviles estacionados. Yo no podía ver los libros desde detrás del volante, pero sabía que estaban ahí, esperando inmóviles como lapas, que los desprendieran, las arrugadas páginas muy apretadas entre el duro cuero de la encuadernación dorada. Me lancé por el tramo final, bien a la derecha, mirando fijamente el haz de luz de mi foco para distinguir lo mejor posible mis objetivos, tratando de oír caer a los libros y cobrando fuerzas contra el chirrido casi esperado del acero contra el acero. Me guiaba más el instinto que la vista. Como había terminado mi carrera, ansiaba saber el resultado y me acerqué al juez. Mi velocidad había sido igual a la de los demás competidores, pero había hecho caer doble número de libros. Mi patrón se me acercó, corriendo y me abrazó con excitación. Cobramos dos veces el dinero del premio; me pagó mi parte en el acto.

El segundo grupo de conductores estaba preparado ahora para competir. Como ganador de la primera ronda, yo podía volver a correr. El juez tiró al aire una moneda. Volvió a tocarme como ruta el lado derecho. El primer conductor inició su carrera. Momentos después, oímos el golpe neto del contacto: aquel hombre había seguido una trayectoria harto rígida y su guardabarros golpeó a un automóvil estacionado: al disminuir la velocidad, había perdido la carrera. Me volvió a tocar el turno.

Recordé a un hombre que había perdido ambos brazos durante la guerra. Afirmaba que, a pesar de esa pérdida, no había dejado de sentir sus manos y las yemas de sus dedos; decía que sus miembros ausentes se habían convertido en órganos que sentían a través de ecos, cuyo efecto era prolongar las otras partes de su cuerpo hasta objetos y lugares que no podían alcanzar de otro modo. También yo sentía esos ecos.

Deslicé una cinta estereofónica en la radiocasete del automóvil y cuando la música acrecentó mi tensión, aceleré; mis nervios evaluaron el volante, la velocidad y la distancia. Adiviné que estaba haciendo caer un libro tras otro. Gané.

Transcurrieron semanas. El juego continuó en distintas zonas de la ciudad. Llegué a ser muy conocido y corrí contra muchos volantes, sin perder jamás. Una noche, esos juegos concluyeron.

En uno de los automóviles estacionados había una pareja. Seguramente, el bramido de los coches que pasaban y el airado zumbido de sus motores los trastornaron. De pronto, uno de ellos abrió la puerta, bajó y se quedó parado allí, aturdido, protegido momentáneamente por ella. En ese momento, un coche competidor la golpeó y la cerró con violencia. El cuerpo desapareció. Sólo la cabeza quedó fuera, como en equilibrio sobre el filo de la puerta; luego, cayó y golpeó el asfalto, como un libro caído más.

La multitud y los conductores, poseídos por el pánico, se dispersaron. En los días siguientes, hubo una intensa investigación policial.

¿Cómo la conociste?

Vivía en el mismo edificio que yo.

¿Conque fue algo accidental?

No fue precisamente accidental. En el edificio, vivían varios centenares de inquilinos —abarca toda una manzana de la ciudad, como sabes— y yo escuchaba las voces de muchísimos de ellos. Su voz figuraba entre las voces.

¿Qué quieres decir con eso de «entre las voces»?

Me refiero a sus voces: verás, firmé mi contrato de alquiler cuando el edificio estaba en construcción aún y podía vagabundear por los apartamentos inconclusos. En esa época, me interesaba la electrónica. En todos los apartamentos de mi piso y en los dos pisos que estaban más abajo, oculté micrófonos en miniatura, que servían también de transmisores. Esos mecanismos apenas tenían el tamaño de un botón, pero captaban cualquier sonido y podían transmitir una señal a lo largo de medio kilómetro. Instalé un aparato radiotelefónico especialmente diseñado en mi apartamento, con lo cual podía recibir transmisiones cuando se me antojara... y así, escuchaba sus voces.

¡Pero eso es increíble! ¿Cómo conseguiste esos micrófonos?

Como los consiguen todos: los anuncian en las revistas y los venden por correo.

¿Durante cuánto tiempo escuchaste esas voces, a esa gente?

Durante meses. Naturalmente, al principio me costaba identificar las voces. En mi aparato de radio, podía captar una sola por vez, pero no lograba identificar el apartamento del cual provenía. Yo debía obrar con mucho cuidado. Por ejemplo, no podía caminar por los corredores durante demasiado tiempo, para ver quién salía de los apartamentos donde tenía micrófonos ocultos. Al tratar de identificar a los sospechosos, debía hacerlo con mucha displicencia, iniciando conversaciones en los ascensores y saludando a la gente en los pasillos. Me pasé casi tres meses tratando de armonizar las voces con la gente a la cual, supuestamente, había estado escuchando.

Pero... ¿podías hacer eso?

Sí. Los he identificado a todos. Pero, desde luego, muy pocos de ellos me interesaban de verdad.

Supongo que esa mujer te interesaba.

Sí. Tenía un apartamento en mi piso. Reconocí su voz cuando saludaba a alguien en la sala de recepción. Figuraba entre las voces que yo escuchaba desde hacía largo tiempo.

¿Qué hiciste?

Me quedé en casa varios días y capté su apartamento. Vivía sola y no trabajaba. Yo podía escucharla durante toda la mañana, cuando las «otras voces» estaban ausentes.

¿Cómo te las compusiste para conocerla?

Empecé a reunir firmas para una queja por los pasillos sucios y lo mal que funcionaba el aire acondicionado. La visité entre otros inquilinos. Luego, comencé a darle citas.

¿No era eso desleal? Quiero decir... le llevabas tanta ventaja...

Hasta cierto punto, sí, le llevaba ventaja. Pero antes de conocerla, ignoraba aún muchas cosas sobre su vida. Por ejemplo, a menudo notaba largos silencios en su apartamento; oía ruidos que no podía identificar; hasta lo que reconocía como su voz solía cambiar repentinamente, como si la contuviera con toda intención. En otras ocasiones, había murmullos y conversaciones que solían ahogar la radiotelefonía, el tocadiscos o el televisor.

Cuando empezaste a darle citas... ¿le dijiste que la habías estado escuchando?

No.

¿Seguiste escuchando su apartamento?

Durante algún tiempo. Pero pronto dejé de hacerlo. Me sentí como un hombre de ciencia que ha terminado su estudio: el ejemplar que ha observado y registrado y analizado durante tanto tiempo ha dejado de ser un misterio. Ahora, yo podía manejarla: me amaba.

Se me ocurrió que, si yo le hacía conocer ciertas drogas y ella se acostumbraba a ellas, podría liberarse de lo que había sido. Podía aparecer como una mujer muy distinta y aunque yo siguiera poseyéndola, mi conocimiento sobre lo que había sido ya no tendría valor. Empezaría una nueva relación.

Su afición a las drogas podría regenerar todo lo que se había vuelto flácido y moribundo en ella y al propio tiempo destruir lo envarado y rígido; adquiriría nuevos deseos y nuevos hábitos y se liberaría de lo que pensaba de mí, de lo que sentía por mí. Como un pólipo, se extendería y desarrollaría en direcciones imprevisibles.

Cuando estás dentro de mí... ¿por qué me incitas a acariciarme al propio tiempo? Te siento, de modo que... ¿por qué debo tocarme a mí misma?

Has reconocido que, al hacerte el amor, te obligo a tener más conciencia de tu cuerpo.

Así es, pero hacerme eso a mí misma parece perverso.

¿Sin duda, te estimula y excita más aún?

Sí, por cierto.

Entonces, simplemente, entrégate a lo que sientes: disfruta de ese conocimiento. Los amantes no son caracoles: no necesitan salir de su caparazón y encontrarse a mitad de camino. Encuéntrate conmigo dentro de tu propio yo.

Nunca pensé en eso como lo ves tú: eso, no se me ocurriría naturalmente. Pero, tú... ¿Qué sientes?

Te necesito a ti, a ti solamente. Pero más allá de ti y de mí juntos, me veo cuando nos hacemos el amor. Es esa visión de mí mismo como amante tuyo lo que quiero retener y hacer más real.

Pero tú me quieres tal como soy, aparte de ti... ¿no es eso?

No te conozco aparte de mí. Cuando estoy solo, cuando tú no estás aquí, ya no eres algo real: después, me limito a volver a imaginar.

Por lo tanto, sólo me necesitas para proporcionarte un escenario en el cual puedas proyectarte y verte y ver cómo tus experiencias desechadas vuelven a cobrar vida cuando me afectan. ¿Tengo razón? Tú no necesitas que yo te ame; sólo me necesitas para que me abandone a los sueños y fantasías que me inspiras. Lo único que te hace falta es prolongar ese impulso, ese momento.

Dormías, no oíste el timbre. ¿Quién era?

El proveedor, que traía las drogas.

¡Ah, sí! El rico. ¿Está ganando mucho dinero?

Está ganando dinero, ahora.

¿Qué quieres decir?

Empezó como mandadero, trabajando para un farmacéutico del barrio. Solía recoger las recetas de los clientes estables y llevarles luego los medicamentos. Un día, se le acercó un viejo bien vestido y próspero que le preguntó si quería ganar más dinero... cuatro o cinco veces más de lo que ganaba. El muchacho dijo que sí.

Lo único que le pidió el viejo, fue que copiara los nombres de todos los clientes que encargaban repetidas veces ciertos medicamentos y que se mostraban irritables cuando demoraba la entrega de las mercaderías.

Caminé por los distritos donde vivían rodeados por el hedor y la enfermedad. No tenían nada que poseer ni de qué enorgullecerse. Los unía solamente la tonalidad de su piel... y yo, les envidiaba.

Caminé por las calles con el calor del bochornoso día y atisbé en las habitaciones llenas de niños que chillaban y de colchones podridos apilados en el suelo. Los viejos y los enfermos yacían estirados sobre sus camas o muy inclinados en sus sillas. En los callejones ciegos, vi a las muchachas en grupos, riendo. Observé a los niños que vociferaban jugando a la pelota en los baldíos, vi a los paralíticos y a los drogados despatarrados sobre las aceras... obstáculos vivientes para los ciegos y los idiotas. Contemplé a los niños mugrientos que arrojaban botellas contra las latas de basuras

jamás vaciadas, que perseguían a los gatos y a los perros y se perseguían entre sí alrededor de los automóviles abandonados que insistentes rateros habían despojado de todo lo que tenía algún valor y de todo trozo de goma y tela.

Les envidiaba a los que vivían allí y parecían tan libres, no teniendo nada que lamentar ni esperar. En el mundo de las partidas de nacimiento, los exámenes médicos, las tarjetas perforadas y las computadoras, en el mundo de las guías telefónicas, los pasaportes, las cuentas bancarias, los planes de seguros, los testamentos, las cartas de crédito, las pensiones, las hipotecas y los préstamos, ellos vivían desligados, cada cual consciente solamente de sí mismo.

Si yo pudiera, por arte mágica, hablar su idioma y cambiar el color de mi piel, la forma de mi cráneo, la textura de mi cabello, me transformaría en uno de ellos. Así, expulsaría de mí la imagen de lo que había sido antaño y de lo que podía llegar a ser; ahuyentaría el temor a la ley que había aprendido, la idea de lo que significaba el fracaso, la vara que medía el éxito; desterraría el sueño de la posesión y los símbolos de la propiedad, las credenciales, los diplomas, los contratos. Este cambio no me dejaría otra alternativa que seguir vivo.

Así, el mundo empezaría y moriría conmigo. La ciudad me parecía una mutante entre las maravillas del mundo: sus chimeneas contaminarían el aire, sus raíces envenenarían la tierra, sus tentáculos opondrían un hombre a otro y estrangularían a ambos en su pugna sin esperanzas. Trazaría el mapa de los caminos y túneles y puentes de la ciudad, sus subterráneos y canales, su barrios adornados por hermosos hogares llenos de objetos inestimables, bibliotecas raras y hermosas habitaciones, sus inteligentes redes de cañerías y cables y alambres bajo las calles, sus departamentos de policía y estaciones de comunicaciones, sus hospitales, iglesias y templos, sus edificios administrativos atestados de computadoras sobrecargadas, sus teléfonos y empleados serviles. Luego, libraría la guerra contra esa ciudad como si se tratara de un cuerpo viviente.

Le daría la bienvenida a la noche, hermana de mi piel, prima de mi sombra y haría que me protegiera y me ayudara en la batalla. Levantaría las tapas de acero de las alcantarillas y dejaría caer explosivos en los negros fosos. Y entonces, echaría a correr y me ocultaría, esperando el trueno que atraparía en los mudos cables telefónicos millones de palabras no oídas, que ensombrecería habitaciones llenas de luz blanca y gente temerosa.

Esperaría la tempestad de la medianoche que azota las calles y hace borrosos todos los contornos y usaría mi cuchillo contra la espalda de un conserje que bosteza en su uniforme con alamares de oro y lo obligaría a guiarme escaleras arriba, donde le hundiría el cuchillo en el cuerpo. Visitaría al rico y al cómodo y al negligente y sofocaría sus últimos gemidos con sus ornamentadas cortinas, sus viejos tapices y sus inestimables alfombras. Sus cadáveres, sujetos al suelo por estatuas rotas, serán contemplados por retratos de familia rasgados a cuchilladas.

Luego, correría a las carreteras y autopistas que avanzan hacia la ciudad. Llevaría

conmigo bolsas llenas de clavos doblados para vaciarlas sobre el asfalto. Esperaría el alba para ver automóviles, camiones y autobuses que se acercaran a gran velocidad y para oír reventar sus neumáticos, rechinar sus ruedas, atronar sus cuerpos de acero... debilitados repentinamente al golpearse los unos contra los otros como vasos de vino arrojados de la mesa.

Y, por la mañana, me dormiría, sonriendo ante el día, el hermano de mi enemigo.

Si yo pudiera convertirme en uno de ellos, si lograra desprenderme de mi idioma, mis costumbres, las cosas que me pertenecen...

Yo estaba en un bar, en un sector en decadencia de la ciudad, más allá del mercado cubierto. Sin vacilar, me acerqué al mozo de la barra. Mientras éste se inclinaba hacia adelante, empecé mi acertijo de sordomudo, haciéndole señas de que me diera un vaso de agua. Me indicó que lo dejara en paz con un gesto de impaciencia, pero insistí y repetí mi pantomima. Sentía las miradas de la gente del bar. Cuando erguí los hombros y me golpeé la oreja como lo hace un espástico, me observaron detenidamente y adiviné que, para algunos de ellos, yo me había convertido de pronto en un objeto de interés. Sabía que debía tener mucho cuidado con sus sospechas, con cualquier tentativa de descubrir quién era yo o de dónde provenía.

Dos hombres y una mujer se me acercaron y me tocaron. Al principio, hice caso omiso de sus insinuaciones, dándole una oportunidad a la mujer, la más audaz y silenciosa, de apartar con el codo a los otros.

Seguí pidiendo agua con gestos. Un hombre se adelantó a fin de encargarme una bebida para mí, pero la rechacé, dando a entender con una mueca que me desagradaban las bebidas con alcohol y disculpándome con gestos por mi negativa. Una pareja se acercó más. Ambos me hicieron señas de que me marchara con ellos. No comprendí qué decían y aparentando que me atraían sus relucientes joyas, me volví y miré lentamente sus rostros. Los ojos de ambos me observaron fijamente.

Había un establecimiento en el cual entré varias veces. Nada lo distinguía de los demás del barrio. La mayoría de las tiendas y bares de la vecindad tenían alguna vinculación con las actividades ilegales: el mercado negro, las mercaderías robadas o la venta de jóvenes campesinas. A menudo, yo rondaba esa tienda hasta la hora de cerrar y veía salir a los clientes al patio por la puerta trasera, que daba al cobertizo. Por ser un espástico silencioso y gesticulante, yo no era una amenaza para los clientes: me podían dar una tarea y algunas monedas y luego despacharme. Eventualmente, los seguí, pero volvieron a empujarme dentro y después a la calle. La última vez, me quedé hasta tarde y traté de unirme a los hombres. Nadie me detuvo,

pero en la puerta del cobertizo una mujer me indicó que montara guardia.

Desde mi sitio, atisé el interior del cobertizo. Vi a un gran círculo de hombres desnudos tendidos boca arriba, con los pies unidos en el centro como los radios de una rueda. Junto a sus pies estaba una mujer, quitándose el andrajoso vestido. Era gorda y pesada, de piel húmeda y velluda. Se echaba agua, con un balde de madera, sobre el vientre y las piernas. Y mientras se lavaba y el agua caía al suelo, los hombres se movían nerviosamente: sus manos jugaban con sus muslos o sus brazos se movían detrás de sus cabezas. Parecía que la mujer se había convertido en el curador de aquellos hombres desgarrados, y al oír el agua, un momentáneo impulso recorría a esos rateros y cansados alcahuetes. Ella se acercó trabajosamente a uno de los hombres y se puso en cuclillas sobre él. Por un momento, el hombre gruñó, lanzó un ronco grito, se levantó a medias y luego cayó pesadamente hacia atrás. La mujer se apartó de él y pasó a su vecino, sorteando su camino como un sapo hinchado sobre las gastadas piedras de un hoyo lleno de fango. Los fue sirviendo uno por uno: aquéllos hasta los cuales no había llegado aún, se estremecían en sus esfuerzos por contener la energía que convulsionaba sus ijares. Uno tras otro, caían hacia atrás, como cadáveres tendidos en ataúdes poco profundos. Ahora, el cobertizo parecía haber sido puesto en servicio para los muertos y los moribundos causados por un descarrilamiento. Cuando se levantó y caminó entre los hombres silenciosos, la mujer parecía una enfermera que contaba a las víctimas. Se lavó y el agua volvió a fluir al suelo. Ahora, no le respondió ningún sonido, ningún movimiento.

En ocasiones, mi disfraz se convertía en un peligro. Un día, al vagabundear más tiempo que de costumbre, decidí comer antes de buscar un sitio donde dormir. Entré en un bar usualmente atestado de gente. Esa noche, estaba casi desierto. Pero reconocí a varios rostros familiares: un grupo de obreros cerca de la entrada y dos o tres de los caciques locales, con las cabezas muy próximas, junto a las mesas privadas del fondo.

Un hosco campesino se hallaba de pie ante el mostrador, murmurando algo mientras bebía. Junto a la pared, casi perdido en la sombra, un hombre estaba caído sobre su vaso.

De pronto, la puerta de la calle se abrió con violencia e irrumpió una docena de policías. Varios de ellos se apostaron entre la puerta y la concurrencia; otros, siguieron a un ayudante de cocina y se acercaron al hombre caído sobre su vaso.

La policía lo incorporó y luego lo levantó del taburete. Cuando su cuerpo giró, noté el cuchillo que sobresalía de sus costillas. Sobre la pared, había una mancha de sangre. La gente rompió a hablar frenéticamente. Sólo entonces noté que yo era el más probable de todos los sospechosos. No había explicación posible para mi ropa, mis actos o mi presencia.

Si seguía siendo sordomudo, me acusarían de aquel crimen, el acto insensato de un retardado. Mi máscara me comprometería más aún. Pero si me veía obligado a correr a través del cordón policial, me arriesgaba a recibir un balazo. Comprendí que,

al cabo de unos segundos, me llevarían con los demás. Volviéndome hacia el mostrador, me hice con un trapo de camarero y, apoderándome de una bandeja con tazas de café sucias, corrí a la cocina.

A veces, yo trataba de conseguir tareas para parte del día. Una noche, cuando me habían contratado como hombre para todo trabajo en un restaurante del barrio, noté que el propietario estaba sentado, conversando, con los últimos clientes, tres hombres y una mujer.

En el piso bajo, había tenido lugar un cortocircuito: me acerqué a la mesa y le hice señas al propietario. Mi mirada se encontró con los ojos sobresaltados, indecisos, de la mujer y en el acto exageré mi papel: me golpeé varias veces la oreja derecha, mientras los hombres reían. Ella se sonrojó, como avergonzada de sus acompañantes, pero siguió observándome.

La mujer volvió, varios días después, acompañada por un hombre al cual yo no había visto aún. Era tarde y la mayoría de las mesas se hallaba desocupada. Como el propietario del restaurante no estaba, me acerqué a ambos apenas se sentaron. La palma de la mano izquierda de la mujer estaba apoyada sobre el mantel y se frotaba cuidadosamente las cutículas con el índice derecho. Vacíé el cenicero y acomodé bien las servilletas y los cubiertos. El hombre pidió algo y cuando me encogí de hombros dócilmente, la mujer habló, acaso explicando que ya me había visto antes y que yo no podía oír ni hablar. Él me escudriñó con frialdad y luego se relajó, mientras yo quitaba una visible mota de polvo del mantel. La mujer estrujó nerviosamente su pañuelo, consciente a todas luces de mi proximidad. Me retiré sin volverme y me golpeé de nuevo las orejas.

Al día siguiente, me llamó el propietario, quien me explicó con ademanes que yo debía hacer un trabajo distinto. Al cabo de una hora, uno de los camareros me llevó a una elevada casa de apartamentos, donde subimos en un ascensor al piso más alto. Me abrió la puerta la mujer a quien había visto en el restaurante.

Me contrató para que le limpiara el apartamento después de las grandes fiestas que daba periódicamente. A esas fiestas, cuyo servicio estaba a cargo del restaurante donde yo trabajaba, asistía a menudo gente del hampa. Yo cuidaba de no vagabundear demasiado cerca de las habitaciones cuyas puertas estaban cerradas con llave. Conocía a mucha gente que había desaparecido en aquel distrito a causa de su curiosidad. Después de unos días, mi presencia y el zumbido de mi aspiradora pasaban ya tan inadvertidos como el crujido familiar de los listones del suelo o el repiqueteo intermitente de las cañerías de la calefacción.

Mientras les quitaba el polvo a los muebles, yo observaba a hurtadillas el reflejo del semblante de esa mujer en los espejos: su imagen se dividía en fragmentos

cuando se componía el cabello. Yo sonreía tímidamente al sorprender su mirada vacilante.

Yo trabajaba sin ser molestado porque mis deberes eran simples y no necesitaban enseñanza. Noté que, cuando mi nueva patrona quería decirme algo, se mostraba afectada y la contrariaban mis violentos golpes en la oreja.

Me puso a prueba varias veces. En cierta ocasión, cuando yo estaba quitando el polvo, se acercó silenciosamente al piano y tocó un acorde. Otra vez, mientras yo guardaba los vasos de vino, se me acercó por detrás y gritó repentinamente. Logré dominar hasta el más leve estremecimiento. Una noche, sin mirarme, me hizo seña de que la siguiera.

Se olvidó por completo de sí misma al tenderse debajo de mí, los ojos fijos en la cabecera de la cama. Todo su cuerpo parecía consagrado a la tarea de tomar aliento, arrastrado por olas y corrientes que fluían y refluían en rápidas embestidas. Balanceándose como un gran manojo de algas en el mar, temblaba, mientras de sus labios brotaba un impetuoso torrente de palabras como una espuma. Se diría que yo era el dueño de toda aquella fluida pasión y sus palabras, que surgían a remezones, su oleada final.

En su última avalancha, se expresó en un idioma que yo comprendía y habló de sí misma como lo haría una fanática que entra en una iglesia construida en tiempos remotos con ruinas de templos paganos, una novicia en el santuario de la iglesia, sin saber ante qué altar se arrodilla, a qué dios le reza.

Su voz se volvía más áspera y ronca mientras se retorció sobre la cama. La sujeté por los brazos y la zamarreé, penetrando en ella con todo mi peso. Como una yegua gozosa en su solitario pesebre, gritó una y otra vez, como si tratara de desahogar en las palabras lo que estaba fundido con sus carnes. Murmuró que se volvía hacia el sol, que la derretiría con su calor. Sus frases brotaban en avalancha y desfallecían y murmuró que el sol dejaba solamente el brillo de las estrellas que se rozaban entre sí. Lentamente, sus labios se volvieron resecos... Se durmió.

Circulaban rumores de que iba a estallar una revolución en otro país. Su gobierno central se desintegraba. El país estaba dividido en dos bandos: por un lado, los estudiantes y los agricultores opositores al presidente; por otro, los obreros que consideraban llegada la hora de que su partido provocara un golpe de Estado. El presidente, según esos rumores, hacía causa común con el partido, convencido de que éste recibiría ayuda de un país vecino, donde había detentado el poder durante cerca de dos décadas.

Para mí, aquélla era una oportunidad. Nunca había visto una revolución ni había estado complicado en uno de esos movimientos: lo único que había hecho, era leer cosas al respecto o verlas en los noticiarios de televisión.

Dejé mi empleo y al día siguiente viajaba en un avión. Después de nuestro aterrizaje en un aeropuerto orlado de palmas, dejé mi maleta en un pequeño hotel y me confundí con los grandes grupos de hombres que vagabundeaban por la ciudad. Ahora, un número creciente de ellos llevaba armas y banderas. Como yo no comprendía su idioma, me fingí sordomudo y representé muy bien mi papel.

Cada uno de los grupos a los cuales me unía me reclamaba como suyo, entregándome armas e insignias como si estuviese convencido de que para un espástico, era lo más natural del mundo luchar por el futuro que ellos concebían para su país.

Un día, en las primeras horas de la noche, una sucesión de explosiones conmovió la capital. Cuando me ordenaron que subiera a un gran camión cargado de diversas armas, comprendí que había comenzado el golpe de Estado. Mientras viajábamos por la ciudad en sombras, nuestros focos nos mostraron a otras unidades armadas que nos cerraban el paso y se habían atrincherado detrás de autobuses volcados y barricadas improvisadas. Pronto, vimos a muertos que yacían en charcos de sangre sobre las aceras, como bolsas de trigo abandonadas. Otras bandas de hombres armados se nos unieron y corrimos hacia los alrededores de la ciudad. Los camiones se detuvieron y nos apeamos de un salto, con nuestros fusiles y largos cuchillos. A los pocos instantes, habíamos rodeado un grupo de edificios. Algunos de los hombres entraron en las casas; los demás, nos quedamos parados, expectantes, más atrás.

Trajeron a la calle a los cautivos, uno por uno, muchos de ellos semidesnudos. Sin saber qué había sucedido, algunos de ellos trataron de formular preguntas o de decir algo, pero los hicieron callar rápidamente. Dentro del edificio, las mujeres gritaban y los niños lloraban. El número de prisioneros que teníamos delante aumentaba: pronto fueron varias docenas.

El comandante de nuestro grupo les ordenó que se volvieran de cara a la pared. Tuve la convicción de que se disponían a fusilarlos. No queriendo participar en la ejecución, le hice un gesto al hombre que estaba a mi lado, ofreciéndole canjear mi fusil por su largo cuchillo. Consintió. Me disponía a ocultarme detrás de uno de los camiones cuando me empujaron brutalmente hacia adelante hombres también provistos de cuchillos. A cada uno de nosotros, le ordenaron que se parara detrás de uno de los prisioneros.

Miré a mi alrededor: los hombres armados, en tensión y prontos, estaban de pie a mis costados y detrás de mí. Sólo entonces comprendí que iban a decapitar a los prisioneros. Mi negativa a obedecer las órdenes significaría que me ejecutarían con los que estaban delante de mí. Yo no podía ver ya sus rostros, pero sus camisas estaban a pocas pulgadas del filo de mi cuchillo.

Era inconcebible, pensé, que yo tuviera que cortarle el cuello a otro hombre simplemente porque los acontecimientos me habían colocado a su espalda. Lo que me disponía a hacer era inevitable, pero tan irreal que perdía todo sentido: debía creer que yo ya no era el mismo y que todo lo que sucedía era imaginario. Me pareció que

yo era otro hombre que no sentía nada, que estaba tranquilo y sosegado, lo bastante resuelto para endurecer sus brazos, para asir y alzar el arma, para cortar el obstáculo que se le cruzaba en el camino. Sabía que era lo bastante fuerte para hacerlo. Podía recordar la precisión con que había abatido árboles jóvenes: me parecía oír sus gemidos y crujidos y verlos temblar y sabía que podría apartarme de un salto cuando crujieran y cayesen, rozándome los pies con sus hojas.

Cuando yo haya muerto, sólo seré para ti un recuerdo más que bajará sobre ti sin ser invitado, removiendo tus pensamientos, llevando la perplejidad a tus sentimientos. Y, entonces, te reconocerás en esa mujer.

Ella miró la habitación. La cama de él estaba hecha y las cortinas descorridas. Se volvió y bajó lentamente por la escalera.

El conserje estaba sentado detrás de su escritorio. Sintió malestar cuando ella se acercó y la saludó apenas con un movimiento de cabeza. Ella fingió mirar las postales del bastidor giratorio y observó de soslayo el escritorio. Sobre una esquina del estante, vio varios sobres cuyas direcciones había escrito él. El conserje advirtió su mirada y tomó las cartas.

—Todas son certificadas —dijo. Por eso, no las han echado aún al correo. El chico tiene que llevarlas.

La miró, esperando algún comentario. Al ver que ella no decía nada, hizo correr las cartas entre sus manos y ella advirtió que algunas estaban dirigidas a los bancos y otras a estudios de abogados. El conserje dejó a un lado los sobres.

—El caballero se marchó esta mañana —dijo. Sólo dejó estas cartas, el dinero e instrucciones. Dijo que no volvería.

Vaciló y agregó:

—¿Se quedará usted sola?

Ella miró su frente cubierta de sudor.

—No lo sé —dijo. No lo sé, todavía.

Ella se desnudó, entró al océano y empezó a nadar. Sentía el movimiento de su cuerpo y el frío del agua. Una hojita pardusca rozó sus labios. Tomando aliento profundamente, se sumergió bajo la superficie. En el fondo, una sombra se deslizó sobre las algas, dándole vida y movimiento al suelo oceánico. Ella miró a través del agua para buscar su origen y advirtió la diminuta hoja que la rozara antes.



JERZY KOSINSKI (Lodz, Polonia, 1933 - Nueva York, USA, 1991). Jerzy Kosinski fue un novelista, guionista y escritor estadounidense de origen judío-polaco, nacido con el nombre de Josek Lewinkopf. Fue hijo de un profesor de lenguas clásicas y de una pianista.

Kosinski era un niño cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial. Sobrevivió a las matanzas al cambiarse el nombre y hacerse pasar por católico, siendo acogido por una familia campesina de la Polonia Oriental gracias a las gestiones de su padre, que incluso logró para él una partida de bautismo falsa.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Kosinski se reunió de nuevo con sus padres y estudió historia y ciencias políticas en la Universidad de Lodz, trabajando como asistente en la Academia Polaca de Ciencias. En 1957 emigró a los Estados Unidos. Se graduó en la Universidad de Columbia y fue profesor en Yale, Princeton y otras universidades. En 1965 obtuvo la ciudadanía estadounidense. La vida y obra de Kosinski está tan llena de zonas oscuras como sus obras, hasta el punto de que el propio Kosinski parece en ocasiones un personaje de ficción.

Sus obras más conocidas son *El Pájaro Pintado* (1965), *Pasos* (1968) y *Desde el jardín* (1971) apareciendo sus novelas habitualmente en la lista de libros más vendidos del *New York Times*. Ha sido traducido a más de 30 lenguas y el total de sus ventas se estimaba en unos 70 millones de ejemplares en 1991.

Kosinski se suicidó en 3 de mayo de 1991, tomando una dosis mortal de barbitúricos, asegurándose del resultado introduciendo su cabeza en una bolsa de plástico. Dejó

una nota: «Me he ido a dormir por un rato mayor de lo habitual. Llamando Eternidad a ese rato».